

168

EL ESPAÑOL

3 ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 23 - 29 marzo 1958 - Dirección y Administración: Pinar, -5 - II Época - Número 4

CON LA MAQUINA, EL HOMBRE



"GESTOS" AUTOMATICOS,
 FATIGA NERVIOSA,
 TEMPERATURA Y LUZ:
 FACTORES HUMANOS
 EN EL TRABAJO

LOS PSICOLOGOS
 ENTRAN EN LA FABRICA

El pregonero de la primavera



La "Sal de Fruta" ENO es un producto consagrado con más de tres cuartos de siglo de uso en el mundo entero. Depura la sangre y estimula las funciones orgánicas. En forma concentrada y conveniente posee muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

Con sus dos jorobas, sus colorines y sus cascabeles, versátil y alocado, Polichinela pudiera ser el pregonero de la Primavera.

Su bronca voz gangosa canta las excelencias del buen tiempo.

Pero, a la vez se ríe de la ingenuidad de los incautos.

La Primavera es, como Polichinela, luz, color, cascabeles...

Y, de cuando en cuando, también burla, frío, tormentas, viento...

Unicamente entonando el cuerpo, adaptando la fisiología a los cambios climatológicos con la exquisita "Sal de Fruta" ENO, combatiremos los trastornos primaverales, versátiles como su pregonero.

ENO se vende en dos tamaños.

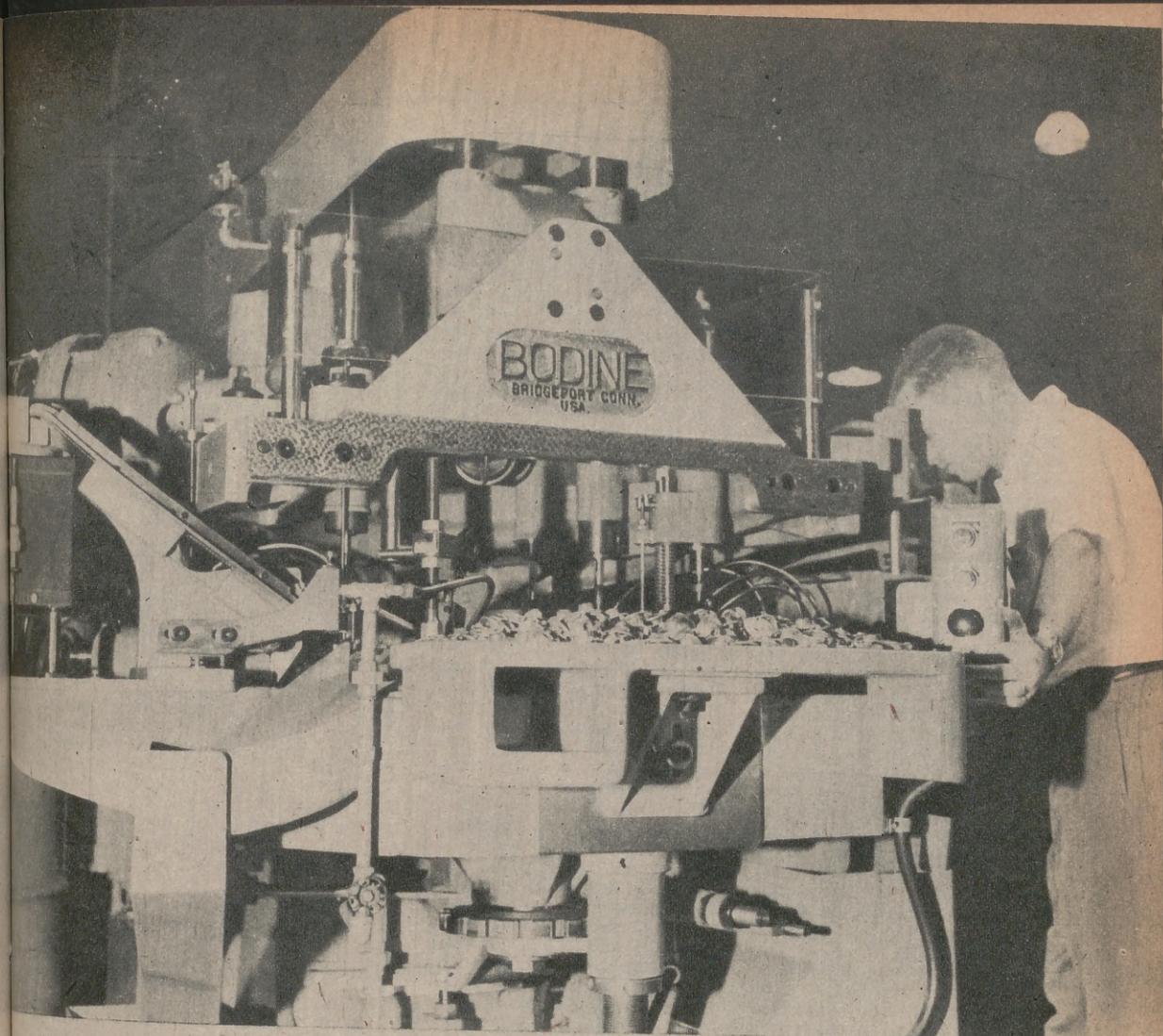
El grande resulta más económico.

"SAL DE FRUTA" ENO
REG. MARCAS

**REGULA LAS
FUNCIONES ORGANICAS**



Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid



CON LA MAQUINA, EL HOMBRE

“GESTOS” AUTOMATICOS, FATIGA NERVIOSA, TEMPERATURA Y LUZ: FACTORES HUMANOS

LOS PSICOLOGOS ENTRAN EN LA FABRICA

El progreso de la técnica crea el peligro de formar un mundo de seres despersonalizados en el cual la persona sea considerada como una máquina más. Esto puede darse únicamente si el hombre, deslumbrado por sus descubrimientos, se olvida de sí mismo.

Para remediar esto la Psicología Industrial considera al ser humano como ente supremo entre los distintos órdenes valorativos que intervienen en el trabajo. Esta modernísima rama científica tiene una gran esfera de actuación en la vida moderna, tanto en orden al bienestar de la sociedad como en orden a un aumento de la productividad. La psicología industrial ha probado sobradamente que el secreto no está en trabajar muchas horas, sino en trabajar según las condiciones más favorables para el hombre.

Organizado por la Delegación Nacional de Sindicatos, se va a celebrar en Madrid, desde los días 24 a 28 de marzo, un cursillo de Psicología Industrial, en el que intervendrán las principales personalidades extranjeras destacadas en esta especialidad. Los temas elegidos por dichos profesores abarcarán los puntos centrales sobre los que gira la Psicología Industrial: la fatiga y su transformación de acuerdo con las técnicas industriales; las condiciones psicológicas en el ambiente del trabajo y la selección en las empresas con vistas a evitar los accidentes de trabajo. Asimismo se tratará el tema del «surmenage» de los directores de empresa y el fenómeno de la desadaptación de los productores en el trabajo.

Entre los especialistas españoles de esta modalidad científica destaca el doctor Celso R. Aran-

go, que ha reflejado las experiencias recogidas personalmente en diferentes países a través de muchos años de estudio en su obra «Psicología Industrial». El doctor Celso R. Arango tiene una gran base para esta especialización. La especialidad esencial del doctor Arango es la neuropsiquiatría. En este terreno ha estudiado con Egas Moniz Premio Nóbel de Medicina; Delay y Kretschmer. Esta profunda formación científica del doctor Arango, a cuya obtención ha dedicado la parte más fundamental de su profesión, ha encontrado también aplicación en estos problemas de Psicología Industrial. Dotado así de la extensa cultura que aleja todo sectarismo científico, estaba idealmente preparado para especializarse en las cuestiones de psicología del trabajo y las ha profundizado en importantes centros extranjeros. En su obra esta nueva cien-

LA CONFIANZA DE TODOS

La bondad, espiritual y técnica, de un sistema fiscal viene medida, en cierto grado, por la confianza y correspondencia que pueda existir entre el contribuyente y la Hacienda Pública. La vigente ley fiscal, aprobada en la última sesión plenaria de las Cortes Españolas, responde eficaz y plenamente a este principio.

Desde 1.º de enero de 1958 hasta las presentes fechas, las etapas de desarrollo de tan importante ley han sido felizmente realizadas. En el orden técnico fiscal estamos en lo que se denomina período de ejecución, el cual se presenta bajo un signo de confianza y optimismo, ya que el contribuyente español ha captado con agudeza el sentido y alcance de la reforma, que no es otro que el propósito de desmontar situaciones basadas en el fraude, utilizando para esta labor la colaboración directa de los propios contribuyentes en aquellos impuestos que a ello se prestan, así como reducir molestias y gastos como consecuencia de la disminución de la prestación fiscal indirecta.

La colaboración auténtica, la confianza de todos para todos, es el hilo invisible que une la ley fiscal española.

Así, por ejemplo, uno de los conceptos más representativos de esta correspondencia estriba en los convenios con agrupaciones de contribuyentes y en las evaluaciones globales. A estos dos sistemas, tan distintos a los anteriores conciertos, les preside, fundamentalmente, la posibilidad de diálogo. La simple solicitud por parte del contribuyente, efectuada dentro del plazo reglamentario, no supone la inclusión, por ello, dentro del régimen fiscal que se insta, ya que vi en las conversaciones previas el contribuyente estima que resulta para él más beneficioso o más conveniente tributar individualmente, la Administración, al punto, le reconoce esa preferencia.

Otro concepto novísimo, sobre el que en estos días, precisamente, se han hecho

públicas las normas por las que ha de regirse, es el de la constitución en las empresas de Fondos de Inversiones, exentos de impuestos. Las empresas económicamente sanas, aquellas que repartan como mínimo un 6 por 100 de beneficios, pueden establecer estos fondos, los cuales están destinados concretamente a la renovación del utillaje, a la mejora de la productividad y, en suma, a la autofinanciación de las empresas como medio idóneo y preciso para el aumento de la producción. Por otra parte, sin contar el extraordinario beneficio que para el régimen económico de las mismas supone la constitución de tales fondos, ello supone ocasión inigualable para que aquellas empresas que por cualquier causa hubieran sufrido alguna anomalía en sus contabilidades puedan acogerse a los beneficios legales mediante el pago de un reducidísimo gravamen.

La moderación y la prudencia de la nueva ley fiscal que se está llevando a la práctica en España viene también acentuada en los impuestos sobre el lujo. Es cierto que el concepto de lujo es tan subjetivo que es casi imposible encontrar dos opiniones iguales. Pero no menos cierto es que los impuestos sobre el lujo son eminentemente sociales y que a través de ellos las personas bien acomodadas aportan fondos al Tesoro, que sirven para sufragar gastos de la Nación y efectuar obras públicas creadoras de riqueza haciéndose así una política de redistribución de la renta.

En estos específicos conceptos, pues, tal vez más que en ninguno de los restantes de la ley, la existencia de una confianza entre el contribuyente y la Administración es patente y clara. Confianza que, naturalmente, no puede ser adulterada, tergiversada o, en definitiva, conductora del fraude. Porque entonces el peso de la ley; el justo, el implacable, el efectivo peso de la ley dejará sentir toda su potencia.

cia aparece al día adaptada a las necesidades y al ambiente español. El doctor Arango, pues, con todos merecimientos, es el asesor técnico de estos cursos de Psicología Industrial que para empresarios, técnicos y productores desarrollará en Madrid la Organización Sindical, cuya apertura correrá a cargo del doctor Marañón.

Capítulos fundamentales de la Psicología Industrial son los de la adaptación del hombre al trabajo y del trabajo al hombre; la

empresa, así como los factores psicológicos en los accidentes del trabajo y la psicopatología en el medio laboral.

Es fundamental el problema de la adaptación del trabajo al hombre. En éste, el ambiente físico desempeña un importante papel. Probado es que la comodidad en el trabajo disminuye la fatiga y los accidentes y aumenta el rendimiento.

Teniendo en cuenta el acondicionamiento climático se ha pro-

bado que una temperatura extremadamente caliente o extremadamente fría no es favorable, porque dificulta la labor e incluso puede engendrar trastornos patológicos, como congelaciones, golpes de calor, etc. Se ha sabido y estudiado recientemente que una diferencia en algunos grados de temperatura ejerce una influencia notable. Según el doctor H. Dessoillé—que también asistirá a los cursillos y dará una conferencia sobre la «Evolución del problema de la fatiga siguiendo las técnicas industriales», en las minas, si trabajando a una temperatura de 17 grados el rendimiento es del 100 por 100, cuando se alcanzan los 18 grados de temperatura el rendimiento cae ya al 94 por 100. La frecuencia de accidentes mortales en la mina de Morro Vello, en Brasil, referida a un período de dieciséis meses, pasó de 20 accidentes a 6, una vez que se bajó la temperatura resultante de 31 grados a 28 grados aproximadamente.

La iluminación posee asimismo una gran importancia. Con un alumbrado de 40 lux, una mecánografa tiene un tiempo medio de golpeo de una línea equivalente a 16 segundos. Con 100 lux desciende a 14 segundos y con 300 lux baja a 13.

En una gran fábrica americana, la mejora de la iluminación redujo los accidentes anuales de una media de 425 a otra media de 170.

LAS VENTAJAS DE LOS «GESTOS» AUTOMATIZADOS

El instrumental que se emplea en el trabajo debe ser adaptado convenientemente, según normas que estudia la Psicología Industrial, para su más eficaz rendimiento. Se ha comprobado que un hombre moviendo mineral con palas de 38 libras, llega a manipular 25 toneladas por día. Si la pala es solamente 34 libras, ese mismo hombre puede desplazar 30 toneladas diarias. Una investigación sistemática ha dado por resultado probar que el peso óptimo habría de ser de 21 libras y media, es decir, unos 10 kilogramos. Así se llegó a fabricar distintos tipos de pala según los materiales que habrían de moverse: pequeñas para los más pesados, como el mineral, y muy grandes para las materias ligeras como las cenizas. Pronto se pusieron en uso diez tipos de palas distintas. El resultado fué que el tonelaje medio movido por cada hombre pasó de 16 toneladas por día a 59 toneladas, lo que permitió, además, mejorar los salarios con una prima del 60 por 100 por disminuir simultáneamente el costo de la operación.

De la misma manera que el instrumental debe ser cuidadosamente adaptado a las condiciones del individuo y del trabajo, igual sucede con los «gestos profesionales», o «movimientos» que ha de realizar el trabajador en su tarea. Estos «gestos» son minuciosamente estudiados, tendiendo a hacerlos en forma simétrica y rítmica.

Se cita el caso de un obrero encargado de comprobar la longitud de pequeñas piezas. Si éste toma una de ellas con una mano y la regla con la otra, no puede medir



Uno de los mayores peligros para el trabajador es el de la «fatiga nerviosa». Los psicólogos han establecido nuevos métodos técnicos para evitarla

más que una pieza cada vez, dejando después colocada aquella delante de él. Si por el contrario son fijadas sobre la mesa de trabajo dos reglas simétricas a distancia cómoda, el obrero puede tomar una pieza en cada mano, aplicarla sobre las reglas y colocarla después simultáneamente con la evidente mejora de la producción.

Ese ejemplo anterior indica cómo ha de tenderse a que el trabajo sea ritmado y repetitivo para crear una costumbre. Los técnicos han probado que cuando se realizan operaciones semejantes, a la descrita, de comprobación, un ciclo inferior a 20 segundos produce automatismo.

Otro ejemplo viene a demostrar las ventajas de realizar esos «gestos» automáticos. Si un montador debe servirse a menudo de un destornillador, conviene que este instrumento esté fijado en un resorte

al alcance de la mano del operario. Cuando éste lo ha utilizado, se limitará a soltar el instrumento que retornará por sí solo a su lugar adecuado. El obrero adquiere así la costumbre de cogerlo, cada vez que lo necesita, automáticamente y en el mismo sitio.

Pero estos descubrimientos y experiencias llevan a grandes mejoras si no se olvidan otros aspectos psicológicos. Si se descuidan éstos, se corre el riesgo de perder por un lado lo que se ganó por el otro.

LA NECESARIA ELIMINACIÓN DE LA MONOTONÍA

Uno de los riesgos principales que pueden sobrevenir es el de la monotonía. Sucedió que la formación del obrero sin especialización en operario técnico condujo a una división de funciones que

en muchos casos ha sido llevada demasiado lejos. El trabajo así se vuelve parcelario, monótono e impersonal. No posee atractivo alguno técnico ni produce aquella satisfacción profesional que experimentaba el artesano al realizar su obra. El artesano se interesaba profundamente en la tarea que realizaba y según los métodos modernos puede suceder que el «aburrimiento» sea sentido penosamente.

Es conocido el caso de un obrero que estaba dedicado exclusivamente a colocar la rueda trasera izquierda de automóviles, en una cadena de montaje. La aspiración de este operario era simplemente que le permitieran colocar de tiempo en tiempo la rueda derecha.

Para evitar el riesgo de la monotonía, la Psicología Industrial ofrece dos posibles soluciones. Una



La adecuada iluminación es decisiva para rendimiento de las mecanógrafas



Para la mujer en la industria, los especialistas en psicología han puesto en práctica nuevas técnicas en orden a una mayor productividad en el trabajo

de ellas es el «ensanchamiento» de los cometidos de cada obrera para comprender una gama amplia de movimientos variados. La otra solución es lo que se denomina facilitar la «rotación».

En bastantes grandes fábricas el personal permuta sistemáticamente todas las horas, pasando de puestos donde lo que se exige es el esfuerzo muscular a otros en los que el trabajo puede ser fundamentalmente de tipo visual. No sólo se consigue así por esta rotación evitar la monotonía, sino que se estimula al obrero haciéndole participar en las distintas fases de la fabricación, por lo que conoce, de tal forma, el proceso del productor final fabricado.

Con esta «rotación» se consigue eliminar a veces cuestiones de

validad o de competencia entre los obreros, que pueden reclamar contra los que ocupan puestos diferentes. Sin embargo, no resulta fácil aplicar este principio de «rotación», que ha de ser adoptado con elasticidad y teniendo en cuenta importantes normas psicológicas. Sucede en efecto, muchas veces, que el personal se encuentra tan ligado a sus máquinas que se producen reacciones emotivas cuando se intenta hacerle cambiar de las mismas. Este fenómeno se da aún con mayor frecuencia si el personal es femenino.

LA FATIGA NERVIOSA

Si bien el desarrollo del maquinismo tiende a disminuir la fatiga muscular, también es cierto que puede engendrar una fatiga nerviosa de perniciosos efectos, tanto para el trabajador como para la producción.

Queda dicho ya que mejorando la iluminación, la temperatura, la disposición del trabajo y reglando los «gestos» se puede mejorar sensiblemente el rendimiento. El obrero que trabaja según esas modernas normas lo hace en condiciones óptimas y puede producir más, fatigándose menos. No obstante, puede surgir el peligro del exceso, que, en otras palabras, significa hacer trabajar demasiado de prisa. Este riesgo es grande y de importantes consecuencias.

La fatiga nerviosa es más difícil de reconocer que la fatiga muscular. Esta última repercute rápidamente sobre el rendimiento, con lo que se pone to frenándolo, con lo que se pone a la facilidad de manifiesto que el esfuerzo muscular fué demasiado grande y puede ser corregido. Por el contrario, cuando se trata de procesos nerviosos, el diagnóstico es difícil. De un lado,

la sensación de fatiga puede estar enmascarada por muchas motivaciones. De otro lado, cuando aparece la fatiga nerviosa no se materializa ésta con frecuencia nada más que por signos de interpretación compleja y delicada. Así, por ejemplo, la irritabilidad puede traducirse en disgustos familiares y el obrero verá en éstos la causa principal de su «nerviosismo». Puede suceder también que aquella fatiga nerviosa sea causa de ansiedad y que ésta se presente bajo la forma de fenómenos de opresión, de dispepsias, etcétera. Estos trastornos funcionales podrían ser atribuidos equivocadamente a una constitución neuropática del individuo.

Con independencia del trabajo propiamente dicho, existen muchos otros factores que desempeñan importante papel, tanto disminuyendo la sensación de fatiga como aumentándola. El doc-

tor Celso R. Arango describe con gran precisión las emociones en estos aspectos.

Según este doctor la fatiga es el fenómeno axial del trabajo. La fatiga, como el dolor y la muerte, está ligada a la condición del ser vivo, no teniendo carácter patológico nada más que sus desviaciones o excesos. La sana fatiga, según el doctor Arango, que induce al placentero reposo, es tan fisiológica como el trabajo que la motiva. Contra lo que hay que luchar, pues, es únicamente contra la fatiga excesiva. Esta es susceptible de ser evitada o de ser tratada una vez producida.

Entre los medios preventivos del exceso de fatiga cabe citar la regulación de la jornada laboral, las pausas en el trabajo, el ritmo en el mismo y las condiciones psicofísicas en que se desenvuelve la tarea, así como el evitar la monotonía.

En todos los tipos de fatiga existe una exacerbación de la misma si va acompañado de un estado de tensión anímica. Ejemplo claro de la influencia de la emoción en la génesis de la fatiga lo tenemos en lo experimentado en ciertos espectadores de un partido de fútbol, ya que, acabado éste, se encuentran más cansados que si ellos hubiesen jugado, siendo así que no se movieron de su asiento. «Son miles de hipotálamos los que presencian un partido de fútbol...», y son los mismos hipotálamos los que arrastraron a esa masa de público al Estadio.»

FATIGA Y RENDIMIENTO

Trabajar muchas horas no equivale siempre a producir más. Más

SIRVASE USTED MISMO

PARA los tradicionales ultramarinos han llegado vientos nuevos. Unos vientos insertos en el gran huracán de la renovación y la mejora de todos los días. Para las tiendas de comestibles, para los diferentes comercios del ramo de la alimentación, un dependiente sin cuerpo, sin guardapolvo, sin manos y sin pies va a entrar en su nómina. Este dependiente, cuya sigla tiene dos letras, la A y la S, es el más barato y el más rentable, porque sólo sólo funciona con la cabeza: su nombre es «Autoservicio».

En el mes de abril próximo, mes de primavera, mes de propósitos, mes tradicional para enamorarse de las cosas nuevas, la Cámara de Comercio de Madrid va a instalar una Exposición denominada «Sirvase usted mismo». Las más completas y modernas técnicas del autoservicio estarán allí, presentes al público, al alcance de la mano de clientes y empresarios, mostrando sus ventajas en orden a reducción de precios para unos y aumento de ventas para otros.

El procedimiento del autoservicio—carrito de ruedas, cesta personal, artículos envasados—establece un vínculo moral de confianza entre comprador y vendedor. Allí está todo, presente, debidamente empacutado, pesado y ordenado como en una auténtica Exposición artística. El orden, la pulcritud y el esmero invitan a la compra. A una compra más veloz y más barata. Dos economías: tiempo y dinero. Y por encima mejora también de condiciones higiénicas en los artículos alimenticios que se expenden.

Hace algunos años, apenas quince, veinte, los marchamos de garantía, de solvencia, de prestigio para un establecimiento comercial era poner en visibles rótulos, al lado de su marca mercantil, un gran rótulo donde figurase la fecha de su fundación: fecha, cuanto más antigua, mejor. Parecía que la tradición inalterada en procedimientos e invariables instalaciones suponía un gran margen de seguridad y de garantía. Así, la resistencia a variar de métodos, de estanterías, de dependencia incluso era poco menos que insalvable.

Este sentido institucional de los comercios ha variado; más aún, ha desaparecido. El mejor comercio hoy no es aquel que cuenta con más años de vida, sino el que se ha modernizado más, el que presenta un local, unos procedimientos y unas decoraciones con arreglo a los mejores y más recientes estudios y avances de su particular técnica. Frente al vetusto «Fundado en 1870» se alza el «Inaugurado con los métodos de hoy». Son, evidentemente, dos concepciones distintas; la última, desde luego, la justa, la acertada.

A ésta pertenece por derecho propio A. S.: el autoservicio. Dentro de muy poco tiempo, ya se verá, los establecimientos del ramo de la alimentación en toda España habrán adoptado el sistema, y los clientes, por comparación, habrán también comprobado sus ventajas. Entonces este dependiente sin piernas, sin brazos, sin corazón, pero con cabeza, podrá decir tranquilamente que ha cumplido su misión.

claramente expresado esto: disminuyendo las horas de trabajo, la productividad, paradójicamente, puede aumentar.

Unos ejemplos lo confirman. En Francia, durante la guerra de 1914, el Gobierno, con el fin de aumentar la producción, amplió la jornada de trabajo. En 1918 se reconoció ya la necesidad de volver al horario antiguo, no sólo en bien de la salud de los trabajadores, sino también en beneficio de la productividad. En Inglaterra se comprobó que la reducción del trabajo de las mujeres, pasando de setenta y cinco horas por semana a cincuenta y seis horas y media, origina una disminución en la producción calculada en un 13 por 100. Pero en cuanto a los hombres, bajando la duración de la jornada semanal de sesenta y siete horas a cincuenta y tres horas y media, aumenta la producción en un 19

por 100. En la factoría Zeiss se logró un rendimiento mayor de un 16 por 100 al pasar la jornada de nueve horas a ocho horas, si bien este principio de la reducción de la jornada laboral no tiene validez en todas las actividades, sino en algunas muy especificadas y de muy singulares características.

Técnicamente es muy difícil saber cuál es el ritmo de trabajo que no hay que sobrepasar. Sabido es que las sensaciones subjetivas pueden ser engañosas y cualquiera que sea el método empleado entraña una parte arbitraria, pues es muy complicado definir «a priori» la velocidad no fatigante. El cronometraje puede medir la velocidad, pero no indica si ésta es conveniente fisiológicamente o no.

Ante esas dificultades surgió la tendencia de asimilar el problema de la fatiga al del rendi-

miento. Y se pensó que si la cadencia puede ser seguida por el trabajador es que aquélla es soportable. Pero el problema no resulta tan simple si se trata de fatigas nerviosas y no musculares. Sucede igualmente (lo que prueba la complejidad de este problema) que cierta «nerviosidad» permite precipitar el ritmo, pero se hace exponiéndose algunas veces al desarrollo ulterior de una neurosis. El hecho cierto de que las neurosis aumentan actualmente cada día puede atribuirse al ritmo demasiado rápido de la vida, tanto durante el trabajo como fuera de él.

Para examinar la existencia y las causas de la fatiga se utilizan unos tests especiales, que si en muchas ocasiones se acercan a la perfección, no pueden, sin embargo, alcanzarla totalmente. El diagnóstico de la fatiga hay que plantearlo en realidad desde el punto de vista médico. Es una síntesis que ha de ser hecha por el médico de empresa.

EL METODO DE LOS TESTS

Problema igualmente de suma importancia es el relativo a la adaptación del hombre al trabajo. Sucede que los oficios son distintos unos de otros y los individuos tampoco son semejantes. Se trata, pues, de saber qué trabajador tendrá las cualidades requeridas para adaptarse sin dificultad a una labor determinada.

Los rasgos que diferencian un hombre de otro son de orden diverso: morfología y fuerza muscular, caracteres psicológicos, etc. No obstante, el hombre constituye un todo y se han podido deducir ciertos nexos entre el tipo morfológico y el carácter psicológico. El doctor Arango ha estudiado particularmente estas concordancias entre lo físico y lo mental.

Para clasificar psicológicamente a un individuo, el psicólogo no debe despreciar ningún método. Sin embargo, no debe utilizarlos sino con un gran espíritu crítico, pues todo dogmatismo sería una fuente de errores. Así sucede señaladamente con la fisionomía, la grafología e incluso con los tests empleados por los psicólogos.

El método de los tests tiene un aspecto científico indiscutible. Los tests se prestan para el análisis matemático y el cálculo de correlaciones permite definir la sensibilidad y la validez. Sin embargo, no pueden considerarse como una receta infalible para ser aplicada sin discernimiento.

A este respecto es conocida la anécdota de un individuo que fue sometido a un test llamado de «inteligencia». Se le preguntaba cuáles eran las cuatro partes del cuerpo humano. De acuerdo con la guía del examinador la respuesta correcta habría de ser la siguiente: la cabeza, el tronco, los brazos y las piernas. El examinando dió esta respuesta: la cabeza, el tórax, el abdomen y los miembros. Al no coincidir la respuesta de éste con la guía del examinador, el resultado fue un juicio desfavorable. Es requisito, pues, al utilizar los tests, que el examinador sea por lo menos tan instruido en el tema específico co-

mo el individuo al que se le somete la cuestión.

La finalidad principal de los tests es buscar la personalidad del individuo. Es ante todo de ésta, de lo que dependerá la aptitud para un oficio u otro, lo que tiene gran importancia para evitar los accidentes de trabajo.

Si bien es cierto que existen torpes o distraídos, también lo es que no existen una predisposición inmutable y fatal para los accidentes. No es ésta una cuestión puramente constitucional. Numerosos casos hay en que una pretendida predisposición es en realidad provocada por el juego de factores sociales y sociológicos: disgusto, fatiga, emoción, edad o formación profesional.

Una entrevista prolongada por el sujeto examinado es impredecible si se quiere saber quién es él. Por otra parte, cuando se quiere buscar la causa de un accidente de trabajo se comprueba que han sido varias las que se han conjugado. Si por ejemplo se produce una caída, puede ser ocasionada por un descuido, pero éste, a su vez, puede ser debido a la fatiga o a preocupaciones. Una mala iluminación pudo hacer más difícil el «gesto» a realizar y provocan el accidente.

Al clasificarse los individuos, cuando se estudian sus reacciones, se encuentran entre ellos gente normal y también casos patológicos. Estos últimos hay que diagnosticarlos para evitar que sean destinados a puestos que faciliten las posibilidades de accidentes.

La enorme divulgación de los tests por aficionados, como hace constar el doctor Arango, ha perjudicado indudablemente a esta parte de la Psicología. Se trata de un fenómeno observado en la trayectoria histórica del psicoanálisis. Igual sucedió recientemente, aparte otras razones, con la doctora existencialista que fué desterrada por aquellos seguidores que creyeron que ser existencialistas consistía únicamente en pasearse con la barba y la camisa por encima del pantalón por Saint Germain-des-Près.

LAS «RELACIONES HUMANAS»

La adaptación de los hombres entre ellos es lo que se llama ahora el problema de «las relaciones humanas». Este capítulo es la última contribución de los psicólogos a la moderna organización del trabajo. Se busca crear un clima mejor y una comprensión recíproca. El productor debe sentirse feliz en la empresa e integrarse en ella.

Es muy importante integrar el obrero en la empresa, a lo que puede contribuir un mando más eficaz, que es mejor soportado que una vigilancia minuciosa y suspicaz. Para esto es imprescindible que el productor se de cuenta que ese cambio en el trato significa un esfuerzo sincero para mejorar el destino de todos los que colaboran en la empresa y no de un artificio destinado a ocultar la situación verdadera.

Por lo que respecta al jefe de empresa, sus condiciones más idóneas para ejercer un mando eficaz y con sentido moderno, han de ser: comprensión, conocimiento de



La mesa presidencial de la sección de Psicología Industrial del III Congreso Nacional de Medicina y Seguridad del Trabajo. El tercero, por la derecha, el doctor Arango

los empleados, objetividad, equidad, sentido de la responsabilidad, iniciativa, intuición, eficiencia y ética. Todas estas cualidades están reunidas ya en las palabras que Schiller decía a Wallenstein: «Es un placer ver cómo él «despierta», reanima todo a su alrededor; cómo, en su vecindad, toda fuerza se manifiesta, toda facultad tiene más neta conciencia de ella misma. El obtiene de cada uno la virtud propia y la desarrolla, deja a todo hombre permanecer enteramente lo que es, se contenta en vigilar que sea siempre adecuado. De tal suerte sabe hacer de los medios de todos sus propios medios»

La Psicología Industrial tiene en definitiva, como finalidad la condición del hombre como ente supremo entre los distintos órdenes valorativos que intervienen en el trabajo.

He aquí, pues, en síntesis, el contenido de este curso que para todos los elementos de la producción se va a desarrollar en Madrid, en la Casa Sindical, paseo del Prado, 14.



El doctor Celso R. Arango, asesor técnico de los Cursos de Psicología Industrial que se van a celebrar en Madrid



Los «gestos» automáticos son decisivos en el trabajo en cadena



El jefe del Gobierno portugués visita a doña Carmen Polo de Franco. Abajo, la señora de Craveiro con la esposa del Jefe del Estado español



FLORES PORTUGUESAS PARA LA PRIMERA DAMA ESPAÑOLA

HOSPITALIDAD CORDIAL DE UN PAIS AMIGO

EN el periódico lisboeta "Diario da Manhã" del día 13 de marzo, en primera página, se leía este párrafo: "No es la primera vez que doña Carmen Polo de Franco visita nuestro país y pudo ya entonces apreciar el respeto, la simpatía y el aplauso que nos parece, ya' que cuando la triunfal

visita del Generalísimo Franco a Portugal fueron para ella una gran parte de los aplausos entusiastas del pueblo y todas las manifestaciones de cariño de las señoras portuguesas que la acompañaron en aquella jornada memorable. Esta visita tiene ahora un carácter estrictamente parti-

cular, pero será huésped del Gobierno portugués mientras permanezca en nuestra tierra". "Diario da Manhã", como todos los periódicos de Portugal, acompañan estas o parecidas frases como numerosas ilustraciones y fotografías de la primera dama española.



Doña Carmen Polo de Franco acompañada del Presidente del Estado portugués

En la tarde del 13 de marzo, una comitiva de cinco coches salía de Madrid, vía Portugal, por la carretera de Extremadura adelante. Acompañan a doña Carmen Polo de Franco, esposa de nuestro Jefe de Estado, su hija, la marquesa de Villaverde; el Ministro español de Asuntos Exteriores y su esposa; la esposa del Ministro de la Gobernación, señora de Alonso Vega; embajador de Portugal en Madrid, señor Nosolini y esposa. A las tres menos cuarto de la tarde la comitiva llega a Badajoz. Sólo unos minutos de parada. Los suficientes para conversar un momento con las autoridades de la capital y recibir, como ofrenda cariñosa, unos ramos de flores. La frontera está ya muy cerca. La próxima parada, en Caia. Allí espera nuestro embajador en Portugal,

don José Ibáñez Martín con su esposa y esperan también las personalidades portuguesas que han acudido a dar su bienvenida a la huésped de honor. Al día siguiente, otro periódico portugués "Diario Ilustrado" decía que "muy sonriente, la señora del Jefe del Estado español entregó su documentación al jefe de los funcionarios portugueses".

Tras el requisito de pura cortesía, nuevos ramos de flores con cintas rojigualda. Y ya, a dos pasos, el solar de los duques de Braganza, parada y fonda portuguesa para los invitados españoles.

En la misma frontera y junto a las autoridades españolas y portuguesas, estaban los periodistas, enviados especiales de todos los periódicos de Portugal, de las emisoras de radio y

de la televisión. Al notar su presencia, doña Carmen Polo de Franco pronunció unas palabras que, sin cambiar un ápice, recogerían todos los periódicos portugueses:

—Para o que necessitem estes senhores, a vossa disposicao.

Gentileza con gentileza se paga. Invitada, como huésped de honor del Gobierno portugués, doña Carmen Polo de Franco, camino de la isla de Madera, se ha detenido en Lisboa y en otros puntos de Portugal. La acogida cariñosa, amable, profundamente hospitalaria del Gobierno y del pueblo de Portugal para la primera dama española es la primera nota que no podemos dejar de señalar.

FLORES PORTUGUESAS

Después de una marcha vertiginosa, la comitiva recorrió los

cinco kilómetros que separan a Caia de Villaviciosa. En el palacio ducal, la excelentísima señora fué cumplimentada por el jefe de Protocolo del Estado, coronel Esmeraldo de Carvalhi y por don Manuel de Braganza en representación de la Fundación de dicha Real Casa. Ondeaba al aire en la baranda principal de palacio la bandera del duque de Braganza, blanca, con cruz, aspa y en cada brazo las armas de Portugal. Doña Carmen y su séquito visitan detenidamente las dependencias del viejo palacio, deteniéndose sobre todo en la sala de lectura del Rey don Manuel II, último Monarca portugués. Se detienen también en el museo-biblioteca. Allí están las decoraciones evocativas del Rey don Carlos y doña Amelia de Orleans. Y están las flores de lis. Como figura central un busto de mármol, salido del cincel de Tomás Costa, de aquel gran Monarca de Portugal. Hay elogios para las colecciones de armas, viejos bronceos, medallas gloriosas, preciosas porcelanas francesas, italianas y portuguesas de los siglos XVI y XVII y las riquísimas alfombras persas que cubren el suelo. Más tarde, tiene lugar un almuerzo al que se suman el conservador del palacio, el alcalde de Villaviciosa y otras personalidades. Tras el almuerzo, una visita al histórico castillo de la villa y a la Santa Casa de la Misericordia.

La caravana se vuelve a poner en marcha, camino de Lisboa por las tierras fértiles y ubérrimas del Alemtejo. En Bencaitei y Redondo, la población espera, como a todo lo largo del viaje, para presenciar el paso de la comitiva, dar la bienvenida a la esposa del Jefe del Estado español y dar vivas a Portugal y a España. En Evora, el cortejo entra en la ciudad y sube desde San Francisco hasta el templo de Diana. Se detienen los automóviles y descienden los visitantes para admirar el templo romano y su fachada monumental. Después pasan Montemor—tierra de San Juan de Dios—y Vendas Novas. El cortejo pasa ya por Villafranca de Xira.

Y Cintra a la vista. Aquí se encuentra el suntuoso hotel de Setais—"Siete Ayes"—sin duda la residencia de más prosapia y rango de todo el país que albergará a los huéspedes durante sus dos jornadas antes de partir hacia Madera.

Mientras tanto, en el avión de la línea de la Iberia, ha llegado a Lisboa, a filo del mediodía, el marqués de Villaverde, que se unirá a la comitiva. A la diez de la noche llegó al palacio de Setais doña Carmen Polo de Franco. Es cumplimentada por el alto personal diplomático de la Embajada de España y Consulado. El embajador presenta a la egregia dama a todos los diplomáticos. Es ahora cuando doña Carmen expresa ante todos, su satisfacción por cuanto ha visto después de trece horas de viaje. Son altos sus elogios para Villaviciosa y Evora, dos de las más típicas ciudades portuguesas. Y es, sobre todo sentido y elevado su agradecimiento por las atenciones recibidas en todas partes tras su entrada en territorio portugués.

En el palacio-hotel, las banderas nacionales de España y de Portugal; en el "hall", ramos de flores, camelias, orquídeas y tulipanes. "Flores portuguesas llenaron el aposento de la esposa de Franco". Así titulaba, a tres columnas, uno de los más importantes rotativos portugueses la gran visita. Eran las flores enviadas por el Jefe del Estado y por el presidente del Consejo de Portugal.

POR LAS CALLES DE LISBOA

A las nueve de la mañana del segundo día de su estancia en Portugal, doña Carmen Polo de Franco salió del hotel de Steais acompañada por el Ministro español de Asuntos Exteriores y la esposa del embajador de Portugal en Madrid. Se dirigió a la capilla particular de la familia Ferreira Pinto Basto, en Cintra, donde oyó misa y comulgó. Seguidamente, después de desayunar en el hotel, y acompañada por su hija, la marquesa de Villaverde, de la que los diarios de la tarde ponían de relieve que su gentileza había impresionado vivamente a las mujeres lisboetas, se trasladó a Lisboa. Doña Carmen expresó su deseo de hacer algunas compras en la capital, algunas cerámicas portuguesas y porcelanas regionales. Como la mejor guía se ofreció para ello la esposa del doctor José Nosolini.

El gentío se detenía en la calle para aplaudir el paso de la ilustre dama española.

A las dos de la tarde doña Carmen y su séquito llegaron al Palacio Das Necesidades. Allí ofrecía en su honor un almuerzo el profesor Paulo Cunha, ministro portugués de Asuntos Exteriores. Presidió la mesa doña Carmen. A su derecha, el profesor Paulo Cunha; a su izquierda, el ministro del Interior, doctor Trigo Negreiros. Más de veinte ilustres personalidades eran comensales en el almuerzo ofrecido en honor de la dama española. Más tarde, y acompañada de la misma comitiva, volvió a recorrer algunas calles de Lisboa. La tarde estaba agradable, soleada. Del Palacio Das Necesidades el cortejo de automóviles siguió por la Riveira das Naus hasta el Torreiro, desde donde subió hasta el castillo de San Jorge. Más tarde recorrió las estrechas y típicas calles de Graça, avenida del Almirante Reis, Areiro, avenida de la República, para terminar en Palhava, en la Embajada de España.

A las seis y cuarto de la tarde, la esposa del Jefe del Estado español, que al llegar a la frontera había recibido un hermoso ramo de flores del conde de Barcelona, y una cariñosa carta de la infanta doña María de las Mercedes, en la que le invitaba a tomar una taza de té en su residencia de Estoril, acompañada de toda su comitiva, acudió a "Villa Girajda", residencia en Estoril de sus altezas reales los condes de Barcelona. Durante la entrevista, que fué plena de cordialidad y que duró cerca de una hora, se comentaron aspectos

del viaje y se habló del que iba a realizar por el Atlántico el conde de Barcelona, que había sido retrasado cuarenta y ocho horas, para recibir a la esposa de Su Excelencia el Jefe del Estado.

UNA ENTREVISTA SIN PROTOCOLO OFICIAL

No habla terminado aún la jornada. Es más, quedaba un jalón de suma importancia y de gran interés para portugueses y españoles: la visita que, ya caída la tarde, giró al palacio de Setais el presidente del Consejo, señor Oliveira Salazar. Llegaba el doctor Oliveira Salazar acompañado por el coronel Esmeraldo Carvalhai, el embajador de España y nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, junto al embajador portugués en Madrid, esperaban a la puerta.

La entrevista no pudo ser más cordial y más al margen de todo protocolo oficial. Mientras los fotógrafos disparaban una y otra vez sus máquinas, el doctor Oliveira Salazar preguntaba a la dama española sobre sus impresiones en Portugal, sus visitas, su recorrido por las calles, sus compras. Cuando le preguntó si se sentía cansada, doña Carmen respondió con toda rapidez que se sentía completamente bien y profundamente emocionada por las atenciones, cortesías y traos cariñosos recibidos por parte de las autoridades y del pueblo portugués.

El día terminó con una cena en la residencia presidencial. El Presidente del Estado portugués, general Craveiro Lopes, y su esposa ofrecieron una comida de gala en el histórico palacio de Belén a doña Carmen Polo de Franco y personalidades de su séquito. Era este día la fecha en que se inauguraba la temporada oficial de Opera en el teatro de San Carlos. En el cartel, la ópera "Falstaf", de Verdi. La invitación partió del Presidente Craveiro Lopes, y después de los postres en el palacio de Belem, la comitiva española y los miembros del Gobierno de Portugal se dirigieron al teatro. Una salva de aplausos interminables acogió la presencia de doña Carmen en la sala del teatro, aplausos que se repitieron en el entreacto y al finalizar la obra en representación.

Así terminaba el segundo y último día de estancia de doña Carmen Polo de Franco en la capital portuguesa. Dos días llenos de gentileza, de amable cordialidad y cariñosa simpatía de Portugal a España.

LA DESPEDIDA DE UNA VIJECITA DE LISBOA

A las doce y treinta minutos del día 15 el muelle lisboeta de la Rocha se vió muy frecuentado. Estaban presentes altas personalidades del Gobierno portugués y la comitiva española. Era la hora de la marcha. El "Vera-Cruz" levaba ya anclas. Estaban en el muelle para despedir a la ilustre dama la esposa del Presidente de la República, doña Berta Claveiro Lopes y su hija política; los ministros de Negocios Extranjeros, Marina, Interior y Comuni-



La esposa del Jefe del Estado español y su hija despidiéndose de las autoridades en los muelles de la Rocha de Obidos

caiones y la Embajada española en Lisboa en pleno. En el muelle, también una enorme y atenta multitud, el pueblo portugués, unido por entrañables lazos al pueblo español y que en estas dos jornadas ha mostrado a la esposa del Jefe del Estado de España, a sus hijos y a las personas que le acompañan, su rendido homenaje de profunda hospitalidad sincera.

En el muelle estaban también sus altezas reales los condes de Barcelona.

Cuando el trasatlántico, de 20.000 toneladas, comenzó a moverse, una nube de pañuelos blancos se alzó para decir sus adiós de despedida a la egregia dama española.

Los apartamentos de honor de doña Carmen Polo de Franco en el "Vera-Cruz" se encontraban repletos de flores. Flores del Presidente de la República, del ministro de Asuntos Exteriores y del pueblo. A doña Carmen Polo de Franco le conmovió aquel último homenaje. Pero le conmovió también, y profundamente, aquella tarjeta unida a un ramo de flores y enviada por una viejecita humilde y simpática de Lisboa. En aquella tarjeta había escritos unos versos, profundamente entrañables. Decían así:

*Con tres letrías apenas
se escribe a palabra Mae,
y e das palabras pequeñas
a maior que a mundo tem.*

Allí, en los apartamentos de honor, junto al simbólico home-

naje de flores ofrecido por las altas personalidades portuguesas, estaba también el homenaje sencillo, sincero del pueblo portugués, insuperable en delicada cortesía y cariño, a través de una viejecita de Lisboa.

Funchal es la capital de la isla de Madera y a su vez cabeza del archipiélago de su nombre. A ella arribó en la tarde del domingo 16 de marzo el trasatlántico "Vera-Cruz". En la bahía abierta frente a las tierras de un verde esmeralda, descendiendo en terrazas cuajadas de flores hasta el mar, el "Vera-Cruz" ancló entre los botes.

La isla paradisíaca parecía, con su hermosura primaveral, rendir también homenaje y pfeñestía a la dama que llegaba a visitarla. El traslado desde el "Vera-Cruz" al muelle de Funchal se hizo en la lancha motora y, seguidamente, en el espolón y en las calles principales de la capital, un pueblo gozoso, afable y endomingado, recibió a la excelentísima señora con aplausos y vivas a Franco y Salazar, Portugal y España.

Después, el traslado al hotel Reat's, que domina la bahía. La primera salida fué visitar la isla. El cortejo siguió camino del museo Das Cruces. En el museo, reliquia de primitivos y marmóreos blasones isleños, fué ofrecido por el gobernador de la isla un té.

La segunda jornada comenzó con una misa oída en la catedral de Funchal. Después paseo al plico Eira do Serrado, ensom-

breado de nubes. El pueblo maderense siguió aplaudiendo el paso y la presencia de la esposa del Jefe del Estado español por las calles y paseos de Funchal. En el segundo día de estancia, el alcalde de la ciudad hizo entrega a la excelentísima señora de un retrato moldurado en cobre labrado del Generalísimo Franco. Tiene la particularidad de ser un tapiz especie de "Gobelinos", fabricado por la artesanía local, en el que el Caudillo aparece rodeado de flechas y yugos estilizados sobre un horizonte de cielo y mar y abrigado con aquel capote de campaña que se hizo famoso en el mundo. Doña Carmen Polo de Franco no ocultó su alegría por aquella generosa oferta:

—Un retrato realmente precioso.

Las jornadas en la isla de Madera tienen la impronta de la sencillez, de la familiaridad y del descanso. La hospitalidad peninsular no tiene límites en la isla.

El día 21, a bordo del "Santa María", se efectuó el viaje de regreso. El desembarco se hará en Vigo el domingo día 23.

Unas jornadas emocionantes que han ratificado plena y rotundamente la fortaleza de unos lazos de amistad indestructibles entre los pueblos hermanos, que quedará hoy y para siempre como ejemplo para el mundo de lo que entendemos los españoles y los portugueses por comunidad de principios, de interés y por leal y sincera cooperación.

Ernesto SALCEDO

CACERES, UNIVERSIDAD

FORMACION, ESTUDIOS, ARTE Y LITERA- TURA FUERA DE LAS AULAS

LUZ, música, risas y comentarios se ven mezclados con bromas y chistes, saltando de grupo en grupo. Dos ajedrecistas con cuatro "mirones" a su lado; una Peña compuesta de alborotadores de ambos sexos; dos parejas de novios comentando la última película que mereció la pena; uno que entra preguntando al conserje que si le han dejado unos apuntes de Derecho Internacional; juventud, en suma, que disfruta y distrae unas horas.

En este Club, la presencia de ese señor de canas, que es el conserje, difícilmente encuentra su sitio exacto. La juventud se ha aferrado a las paredes, a los muebles, al aire; domina intensamente. Nadie se preocupa de quién entra o de quién sale. Los problemas están ausentes. Las preocupaciones se quedan fuera de este círculo juvenil, todo espontaneidad.

Al fondo, la pared recubierta de madera exhibe una afortunada colección de banderines, que dan una nota más de color al ambiente. Desde la falsa chimenea, una estufa eléctrica atrae al grupo más numeroso.

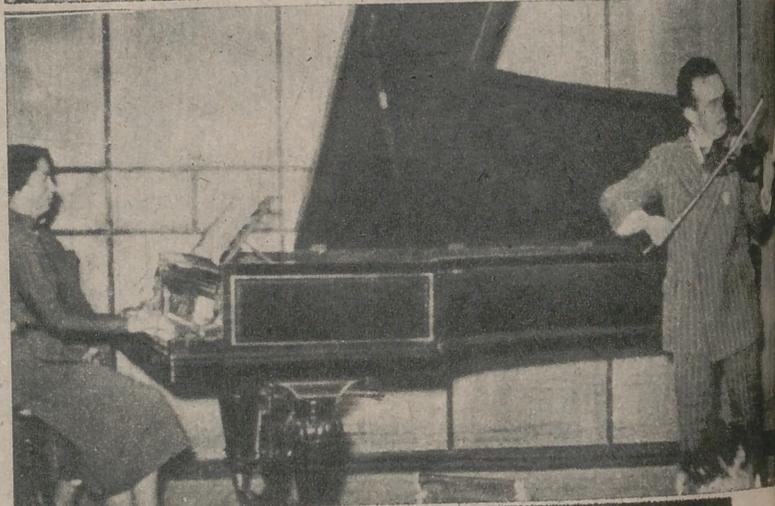
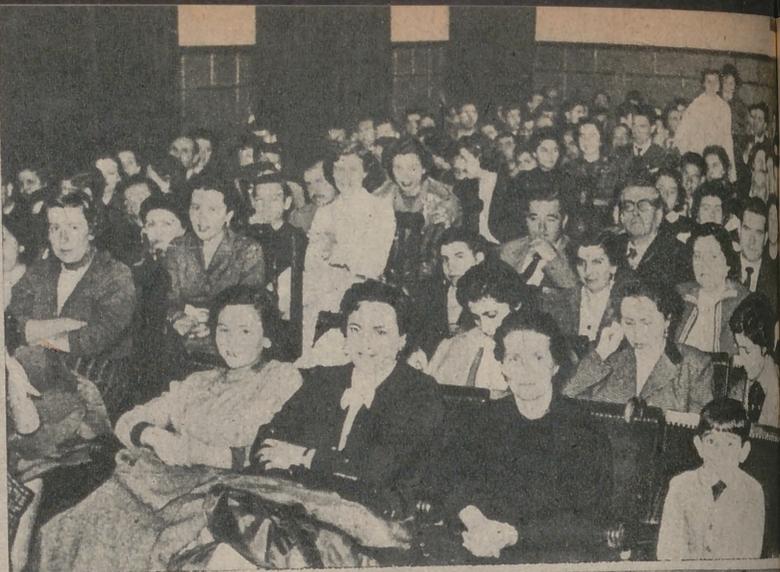
El salón del Club Universitario de la Jefatura Provincial del S. E. U. de Cáceres es el lugar de citas y reuniones, especie de cuartel general, desde el que irá volcándose a la calle ese alegre vivir y hacer del grupo de estudiantes universitarios cacereños.

AMBIENTE UNIVERSITARIO FUERA DE LA UNIVERSIDAD

Cuando expresamos nuestra curiosidad por saber cómo es posible que careciendo Cáceres de centros de Enseñanza Superior haya podido lograr esta realidad universitaria, se nos ha contestado:

"Teniendo problemas, la unión es necesaria. Por eso se buscan; los problemas proporcionan inquietudes, y las inquietudes, vida. Eso es todo."

Fueron, pues, necesarios los problemas; fué preciso que el hacer universitario encontrara dificultades para que surgiera la conciencia de unidad—y tras ella la de responsabilidad en todos y cada uno de los estudiantes que integran este S. E. U.



Arriba, un aspecto de la sala durante un acto del S. E. U. cacereño; abajo, los universitarios en un concierto de violín y piano

desde el cual se ha abordado el más ambicioso objetivo que pudiera imaginarse: *crear ambiente universitario lejos de la Universidad.*

—Lo que más vivamente nos interesó fué el problema del estudiante alejado de la Universidad, desprovisto de las orientaciones de cátedra, ausente del medio propicio para el desarrollo de sus aspiraciones. Por ello, la Jefatura del S. E. U. cacereña empezó siendo administrativamente una gestoría universitaria; su Centro, "Guía", se puso en movimiento inmediatamente.

El Jefe Provincial del S. E. U., Juan Díaz Moreno, sabe caminar siempre adelante, con el entusiasmo como motor. Es el suyo un ímpetu transmisible, bien encauzado.

Va mi primera pregunta:

—A parte de las preocupaciones puramente sindicales, nuestros objetivos han sido siempre dos: ser e inquietar.

—Ser.

—Un universitario en Cáceres antes no tenía otra personalidad y consideración que la que le viniera heredada de familia o la que él personalmente se hubiera forjado. Por eso nos preocupó mucho desde el principio "hacer ambiente" al universitario.

—Inquietar.

—Quienes conocen capitales como la nuestra, saben que

siempre es necesario que funcione el aguijón de las inquietudes, las inyecciones de ilusión, para evitar que el ambiente se haga aburrido e inoperante. Aquí el S. E. U. en Cáceres encontró la más bellas de sus tareas. Le aseguro que el S. E. U. de Cáceres ha llegado a ser, por la significación de sus realidades, una institución importantísima en los medios culturales de la vida cacereña, donde ha puesto —y quizá sea éste su único mérito— una inyección de juventud, de vitalidad, de entusiasmo, de iniciativas.

—Razones.

—Quiero que se las proporcionen los Jefes de los distintos Departamentos y Servicios. Les sobran argumentos.

—¿Buen cuadro de Mandos?

—A mi juicio, magnífico. Siempre hubo Mandos muy buenos: Diego Avila, hoy abogado y Lugarteniente de la Guardia de Franco, que fué Secretario Provincial hasta hace un año; Jacinto Berzosa, también abogado, que desde el Departamento de Actividades Culturales creó una línea de acción e imprimió un carácter definitivo al quehacer de nuestro S. E. U.; Joaquín Cabrera, otro abogado, que continuó la línea marcada por Berzosa, con una actuación muy inteligente, etc.



En la fotografía de arriba, el T. E. U. cacereño pone en escena «El mayor monstruo del mundo»; en la de abajo, el equipo de baloncesto del S. E. U., con el secretario provincial y el jefe de Deportes

UN CAMINO QUE TRAE- RA EL RELEVO

Cuando en instituciones juveniles los Cuadros de Mando pertenecen todos a una misma época se corre el peligro de que la vida de la institución pierda riqueza humana cuando la generación de turno se marche. Sin duda por eso no nos ha sorprendido encontrarnos con Angel Alvarez Núñez, que desde hace un año es Secretario Provincial del S. E. U. de Cáceres. Ahora estudia segundo curso de Derecho. Es muy joven y vino al S. E. U. desde el Frente de Juventudes para ser el camino por el que otros muchos muchachos jóvenes habían de incorporarse al quehacer inquieto de esta Jefatura.

—Antes me han hablado del relevo, ¿usted qué piensa?

—Aquí todos pensamos lo mismo. Hay que empezar a trabajar con los preuniversitarios. Es necesario que estos muchachos se den cuenta de que al curso próximo, ellos deben tener en sus manos la realización de las mismas actividades que ahora desarrollamos nosotros. Ese es el relevo que nos preocupa.

EL ALBUM Y SUS PAGINAS

Ha tenido que bajar bastante la cabeza para pasar la puerta de Secretaría. Ese joven alto, que con un grueso volumen bajo

el brazo nos saluda, es Pedro María Rodríguez Pérez, Jefe del Departamento de Actividades Universitarias.

Alumno de Derecho, colaborador de revistas, tiene Pedro María algo de distante, como si le fuera difícil no escaparse al momento en que vive.

Me enseña el archivo fotográfico y periodístico del S. E. U.

cacereño mientras hablamos.

—¿Tiene algún objetivo determinado el Departamento?

—Nuestra misión es inyectar, siempre que podamos algo de afanes, ilusiones e inquietudes al ambiente, que en Cáceres no es tan malo como por ahí se piensa.

—En esta tarea, ¿intervienen solamente universitarios?

—Es rara la actividad en que sólo se encuentran nombres de jóvenes estudiantes. Procuramos mezclar. Junto al prestigio bien labrado ponemos el prestigio en formación de los estudiantes.

—Este álbum se inicia con la revista hablada «SEU». Hábleme de ella.

—Se creó en tiempos de Berzosa, el primer Jefe del Departamento. Desde entonces vienen celebrándose siete u ocho números cada año con un desarrollo fácil, en que las páginas van sucediéndose mezclando lo más uniformemente posible la música con la palabra. Nuestra revista hablada es la única que ha existido y existe en Cáceres.

—Temas.

—De todo: la moda, la pintura, la música, el teatro, los toros, el cine, la economía, la poesía, el cuento, los problemas sociales... todo.

—¿A cargo de quién están las interpretaciones musicales?

—Ha pasado algún profesional o virtuoso de la música, pero con frecuencia, y como norma, las interpretaciones musicales están a cargo de alumnas de piano o graduadas; en canto se han logrado colaboraciones magníficas.

—¿Y los recitales de poesía?

—No pueden ser más frecuentes como sería nuestro deseo. Su montaje es difícil, ya que se busca no caer en una excesiva repetición de nombres. Son muy bien acogidos por el público.

—Creo que son enemigos de las conferencias.

—No es exacta la afirmación. Prueba de ello es que también organizamos conferencias; las queremos con tal que sean de tal naturaleza o estén de tal forma orientadas que lleguen al público. Ahora está en marcha un ciclo.

Me muestra ahora fotografías



El Teatro Leído Universitario, en «La mordaza»

de los Festivales de Verano.

—Estos Festivales, constituyen también algo muy querido por nosotros. Lo que nos preocupa es hacernos dignos del éxito que estos Festivales suponen de asistencia de público. Los comienzos el pasado año, yendo cuatro noches después a cenar a la Ciudad Deportiva de Educación y Descanso. En la primera noche nos acompañaron 400 personas; en la última, 600. Creo que es significativo el detalle.

—Aunque pueda ser prematuro, ¿hay algo planeado para el próximo verano?

—Como le decía anteriormente nos preocupa mucho hacernos dignos del éxito que los Festivales representan; por esto no le extrañe que tengamos casi ultimado el programa con un trimestre de adelanto. Su realización está presupuestada en 25.800 pesetas. Si le interesa ahí tiene el programa. Podrá ver cómo con nosotros colaboran otras instituciones. La Sección Femenina, con la generosidad que la caracteriza, ha sido la primera en comprometerse.

Copio:

Mes de julio.—Día 5: Música, poesía y pasillo de comedia. Día 12: La revista de la mujer. Día 17: Representación de "El Emperador Jhone", por el T. E. U. Día 19: El chiste. Día 24: Revista con el título "Compostela, ruta de España". Día 26: Actuación de Coros y Danzas de la Sección Femenina.

Mes de agosto.—Día 2: Lectura de teatro a cargo del T. L. U. Días 4 al 9: Semana de Cine. Día 14: Tribuna abierta al público. Día 16: Segunda lectura del T. L. U. Día 23: Actuación de la Orquesta Sinfónica Cacerense, y día 30: Representación de la obra "Esperando a Godot", a cargo del T. E. U.

—La última pregunta sobre Festivales, ¿son públicos y gratuitos?

—El verano pasado sí lo fueron. Luchamos porque este verano lo sean también.

—¿Y de cine?

—En cine nos lanzamos a pagar el documental y a inquietar a los aficionados al buen cine. Respondiendo a esto se organizó la I Semana Universitaria de Cine, bajo la dirección de Fernando Turégano, un auténtico intelectual del cine, constituyendo aquella Semana lo primero y más serio que en esta materia se ha hecho en Cáceres.

—¿Queda algo más en el tintero?

—Tal vez los concursos literarios. En el 55, Cabrera convocó uno en el cincuentenario de la muerte de Gabriel y Galán con 9.000 pesetas de premios. El pasado curso convocamos otro por Santo Tomás, pero más a lo pobre.

DE NUESTRO "LA CELESTINA" A "ESPERANDO A GODOT"

Manuel Ortiz Vadillo es otro abogado. El Derecho es el sino de este S. E. U. Es Jefe del Departamento de Formación Profesional, pero me aseguran que no tiene ganas de hablar de Academias.

—De eso le hablará Rosado, que es un Secretario magnífico del Departamento; es el héroe

de esta Casa. Hablemos de teatro, ¿quiere? El Jefe del Servicio está en Madrid por razones de estudios. Es Rafael Guerra, un entusiasta del escenario y magnífico actor.

—La Jefatura nació el 54, ¿y el T. E. U.?

—Nuestro T. E. U. nació en el 56, pero la primera preocupación teatral de esta Jefatura data del 55. Aquel año se abrió la Ciudad Vieja de Cáceres, nuestra Ciudad Monumental, al teatro. Fue don Antonio Rueda, entonces Gobernador Civil, quien aceptó la propuesta del S. E. U. que consistía en que el T. P. U. Nacional, dirigido por Salvador Salazar, nos representara "La Celestina", con que había triunfado en Parma. Después vinieron los Festivales de España, y nosotros nos quedamos en casa porque nuestro objetivo estaba logrado.

Nos habla del T. E. U. con entusiasmo fácilmente perceptible.

—El T. E. U. nació contra viento y marea, porque tenía que nacer. Nadie creía entonces en el éxito. Nos dirigimos nosotros solos y salimos con "Nuestra Ciudad" el 8 de septiembre del 56. El día antes habíamos sacado un prupo artístico formado por colaboradores y seuitas que puso "La canción del olvido". El año pasado, en Saratón, hicimos "El mayor monstruo del mundo", de Calderón, además de una Loa a la Virgen con motivos Misionales en el atrio del Ayuntamiento. Ultimamente hemos llevado a varios pueblos "La mordaza", de Sastre, pro Cena de Navidad de los mismos pueblos.

—El Teatro Leído también lo hemos introducido en Cáceres, y hasta este momento tenemos la exclusiva. Podía tener ya mucho tiempo de vida. El primer ensayo se hizo en el 54, bajo la dirección de Fernando Dobrito, ¡otro abogado!, que es una de las personas que más saben de teatro en Cáceres, pero algo falló y se aplazó el experimento "sine die". Hasta que el curso pasado dijo el Jefe "a por ello", y comenzamos. Como éxitos puedo citar las lecturas de "La mordaza", "Llama un inspector" y "Luz de gas".

Y hay otros títulos en cartera: "Esperando a Godot" y "El Emperador Jhones", para el T. E. U., y para el T. L. U., "Cuarto de estar" y "Un amante en la ciudad", amén de cosas cortas.

Adolfo Pozas tiene algo sencillo y llano. Es difícil definir a este muchacho que prepara Notarías y dirige el Servicio de Música del S. E. U., colaborando con la Casa de la Cultura en este mismo cometido. Es melómano, y no se recata de decirlo.

—La afición a la música buena entra por el oído. ¿Pero hasta que entra!

—Se comenzó haciendo música en las Revistas Habladas. La lucha estaba en conseguir que "Fulanita" perdiera el miedo al público y al Pleyer. El público pedía más. Entonces empezaron los recitales de canto y piano.

—Aquí descubrimos muy buenos elementos.

—¿Sólo piano?

—Desde la flauta al violín, pa-

sando por la guitarra, se han sucedido muchos instrumentos.

—¿Éxito?

—Creo que lo más significativo es que a las primeras audiciones en microsuroc asistimos unos diez o doce, y ahora asisten más de cien personas.

ABOGADOS ENTRE ABOGADOS

Este es el caso de Manuel Rosado García Martín, Secretario de Academias de la Jefatura. Estudiante de Medicina con matrícula libre, está considerado como el hombre que mejor ha comprendido la utilidad de la constancia.

—En Academias hay mucho que hacer y poco que decir. Tenemos en funcionamiento una Academia de Comercio, que en el momento presente tiene cincuenta y cuatro alumnos.

—¿Con eficacia?

—Los exámenes vienen dándonos satisfacciones.

—¿Objetivo?

—Lograr que en Cáceres se cree la Escuela Pericial de Comercio, que viene pidiéndose por los Organismos Provinciales año tras año. Mientras se crea la Escuela proporcionamos clases lo suficientemente idóneas para preparar al alumnado. Aquí hay que citar en son de agradecimiento a don José Villar, un profesor que sacrificó su academia particular para servir a este ideal cacereño.

TAMBIEN EL DEPORTE

Y así con la cartera llena de notas y con la seguridad de que estoy dentro de una casa donde se respira vida por todas partes, vuelvo a penetrar en el salón del Club. Junto al bar el Jefe del S. E. U. departe con unos amigos. Juan Jaime Milán-Corchado es el único Mando de este S. E. U., que me restaba por saludar de los que se encuentran presentes. Es también estudiante de Derecho. En el S. E. U. lleva Deportes y el Club.

Nos hemos ido acercando a la pequeña barra del bar. Vinos del país.

—Estas actividades, me refiero a las culturales, se celebran dentro de la casa?

—Como norma, sí. Es rara la vez que salimos fuera. El Jefe Provincial del Movimiento y Gobernador Civil, don Licinio de la Fuente, ha puesto a disposición del S. E. U. las instalaciones de la Jefatura P. del Movimiento. El es quien anda tras todos nuestros pasos. No puede olvidarse que es joven y universitario concienzudo. Nos quiere y nos ayuda, estimulando a cada paso nuestra inquietud. Supongo que ahora entenderá muchas cosas.

Son las diez de la noche y nos despedimos. Salgo del S. E. U. cacereño pensando que, efectivamente, sé muchas cosas.

Una: Un S. E. U. de "libres", que ha encontrado su perfil exacto, es el que tiene su sede en este entresuelo de la Jefatura Provincial del Movimiento. No me extraña que desde el primer puesto de mando y responsabilidad de la provincia se mime a este prieto haz de universitarios que ya llegaron a ser y ahora siguen inquietando, como era su propósito. Un bello y esperanzador propósito.

"BLANQUITO, PEON DE BREGA"

"Del toreo actual sólo se puede sacar un negocio, un argumento de película y mucha literatura para los folletos de turismo"

SOL Y SOMBRA EN LA NOVELA DE JORGE C. TRULOCK

I. SOMBRA.—Hay que salir. Hay que salir ahí en medio y esperar. Y ya está. Sale el maestro, salen los peones, salen los caballos, sale el toro. Se sale, se juega uno el tipo, se ganan los cuartos para comer, y vuelta a empezar. Una corrida, otra corrida, y otra, y otra, y otra. La gente impone un poco, sobre todo al principio; luego el maestro, el que manda, tiene sus cosas; es el que paga, pero tiene sus cosas, como todo el mundo. Pero cuando sale el toro, todo se olvida. Que el toro sale como una centella. Que el maestro ya lo coge trasteado. Que el peón lo coge con toda la furia del café. El toro sale ciego, con la mala sangre del que desconoce; entonces hay que echarse a temblar. Cuando sale el toro, la gente despierta, del sol, de la sombra, del sol-sombra, de arriba, de abajo, del comentario, del saludo, de las pequeñas cosas, y mira.

Así comienza «Blanquito, peón de brega», la novela de Jorge C. Trulock que obtuvo el Premio del Ateneo de Valladolid y Editorial Gerper, el libro de toros y toreros, de arena y vino, de sol y sombra, que es en estos momentos la máxima novedad editorial.

Jorge Cela vive con sus padres y algunos hermanos en la calle de Claudio Coello, de Madrid, y allí se le puede ver, a veces, si se ha avisado. También se le puede ver a veces, en el bar del Instituto de Cultura Hispánica, en la Ciudad Universitaria, porque tiene allí un trabajo de por las mañanas, en un departamento que se llama «cooperación intelectual» o «sección de ideas», no recuerdo bien. A veces se le puede ver, aun sin avisar, en el bar Castillo, que está cerca de la Escuela de Periodismo, que es donde entretiene sus tardes el joven escritor, en espera de la graduación y del carnet. Cuando su editor, Gerardo Perdiguero, que es



«No soy un espectador habitual, pero me interesan los toros y su fiesta como fuerza, como poema»

de Valladolid, está en Madrid, a Jorge C. Trulock no se le puede ver más que en un lugar: en un restaurante fino y bastante caro llamado Chipén, donde lo menos que se puede dar a la señora del guardarropas, para quedar bien, son dos duros.

Da lo mismo un lugar como otro, porque aquí de lo que se trata es de estar un momento tranquilos frente a frente y hablar de las cosas que ahora nos ocupan. Bueno, pero hay que decir que las cosas también varían a veces. Varían las cosas, por ejemplo, según se trate de un día o de otro, según ocurran en casa rica o en casa pobre. Jorge C. Trulock es un tipo llamado de ese modo, que tiene la cara así o así y se dedica a escribir. Pero depende de muchas cosas que le encuentre, digamos, en un sitio fino y fumando un buen puro, o le vea en un lugar barato y algo oscuro con un pitillo infame entre los dedos; también dependerá de algo que beba por la tarde, ginebra o vino tinto, o que se afeite un día con hojilla y otro con maquinilla eléctrica. De todos esos modos, en todos esos sitios y con todas esas afecciones le conozco y le veo a menudo, y por eso es natural que dé lo mismo el sitio. A él se le puede ver en muchas partes.

—La vida es la vida, y la vida no se puede inventar. Uno empieza una cosa, y la cosa sale como tiene que salir. Un argumento, por ejemplo, se desarrolla solo y como la vida, y ya te digo que lo que es inventado es cerebral, y lo que es cerebral es mentira.

Habla con tranquilidad y parsimoniosamente. Hoy ha tocado ginebra. Se inclina sobre la mesa, está apoyado en la mesa y hunde un poco la cabeza entre los hombros.

—Porque si yo estoy aquí en este momento, tendré que salir por la puerta, cuando quiera, se entiende, y no por la ventana. Únicamente que haya un incendio, claro, o algo así... Bueno, pues eso es lo que te quiero decir.

Hoy se ha afeitado con la eléctrica, porque tiene un pequeño sembrado de barba por los sitios donde él no debe verse en el espejo.

DESDE «EL VIAJE», EL PRIMER CUENTO, A «LAS HORAS», LA PRIMERA NOVELA

Me enteré de que Jorge Cela Trulock existía allá por el año 50. En un número de alguna de las épocas de la revista universitaria

ria «Haz», Camilo José Cela publicó una novela corta titulada «Santa Balbina, 37; gas en cada piso», que empezaba así, si no recuerdo mal: «A mi hermano Jorge, estudiante de Derecho y narrador extraordinario.» Como si fuera brujo el tío. Y menudo ha salido Jorge. Extraordinario, es cierto; originalísimo, alucinante narrador es el tal Jorge. Poco a poco me fui acercando a él. Debíamos tener la misma edad y queríamos seguir un camino más o menos similar. Y me fui enterando de cosas.

Jorge Cela Trulock nació en Madrid el día 23 de diciembre de 1932. Estudió el bachillerato y luego empezó Derecho en el viejo caserón de San Bernardo. Y entonces empieza a escribir.

—Yo tenía un amigo escritor que me decía que escribir era muy difícil. A mí, lo de escribir, me parecía la cosa más fácil y sencilla del mundo, y le dije: «Voy a escribir algo.» Pensaba, por ejemplo, que escribir era mirar por la ventana y decir todo lo que había alrededor de la ventana y dentro de ella.

—¿Qué pasó?

—Escribí un cuento titulado «El viaje». Era un viaje mío de Madrid a Galicia.

El cuento quedó inédito, naturalmente. Aparte de un amigo escritor, Jorge tenía ya entonces un hermano escritor. Camilo José Cela andaba por 1951 por entre «La colmena» y «Mrs. Caldwell», me parece. Vivía ya en su casa de Ríos Rosas.

—Muy ingenuo, muy gracioso —comentó el hermano mayor al leer el cuento del pequeño.

Está apurando el pitillo hasta el máximo y se quema los dedos. Cae una gota de ginebra sobre la mesa, y Jorge C. Trulock la limpia con una servilletita de papel. La arruga y la deja sobre el cenicero.

—Cuatro o cinco meses después escribí «La llegada», consecuencia lógica del viaje.

Se ríe. Tiene una gran memoria. Este segundo cuento lo publicó en la revista «Aula».

Fui a buscar un ejemplar de la revista y me temblaban las piernas. Lo pedí, y una mecanógrafa que estaba allí me miró mal y habló con alguien, su jefe, supongo, a través de una puerta que estaba abierta: «¡Oye —gritó—, que aquí hay uno que dice que tiene un cuento publicado! ¿Le damos un ejemplar?»

Más cuentos: «Una excursión de verano», «Doña Amelia, tafiadora de laúd» y otros más conocidos y verdaderamente categóricos. Cuentos como «Juan Cuenca Toro, niño demente», que se llevó el accésit de la revista «Juventud», y «El cuento del huído», premio de la misma revista al año siguiente, fueron el aviso de lo que iba a ocurrir, de lo que ha ocurrido y está ocurriendo.

Fueron viniendo poco a poco, sin prisa, sin atosigamientos, porque Jorge no es partidario de dejarse la piel de los dedos sobre las teclas de la máquina, los treinta o cuarenta cuentos que lleva escritos. Algunos artículos, algunas otras cosas. No se prodiga. Escribe poco. Esa es, al menos, la impresión que a mí me

da, lector corriente de cosas vulgares.

Escribía poco; sí, sí. A los veinticuatro años queda finalista —qué más da, en realidad, ser finalista primero, finalista segundo o finalista tercero en un concurso literario— en el «Nadal» con una novela que ahora está a punto de salir a los escaparates titulada «Las horas», y que ya veremos la que va a armar.

—Empecé «Las horas» el día 16 de enero de 1956 y la terminé el 10 de junio. Al principio escribía un folio diario, sólo un folio; luego hice dos, mañana y tarde, sin fallar ni un día.

Y ahora, a los veinticinco años, le certifican que «Blanquito, peón de brega», es una novela importante. Total, nada. Para los autores de seriales radiofónicos, la producción literaria de Jorge C. Trulock en estos dos últimos años puede parecer cosa de poca monta; los que sabemos lo que cuesta escribir, cuando se escribe bien, lo que Jorge C. Trulock acaba de hacer ronda los caracteres de la hazafia.

No sólo en el rostro, creo yo, sino también en el corazón, lleva Jorge grabada la marca de la casa Cela.

—A veces vienen —dice— y me preguntan: «Y de su hermano... ¡je, je!, ¿qué influencia hay en usted de su hermano? ¡je, je...!» Eso es lo que me preguntan. Y, claro, tú tienes los gestos, un ademán, la cara, la manera de tratar a los padres y seguramente, de momento, los recuerdos y las circunstancias comunes... Pero eso, ¿qué tiene que ver?

Se que no le gusta mucho, pero le hablo de esto.

—Camilo me dió un palo muy grande por un cuento que escribí en una ocasión: «Esa es una tontería, eso es una eme, ese no es ningún camino», me dijo. Pensé en dejar de escribir. Aquello estaba muy locamente escrito, muy tontamente escrito. Lo pensé mucho y me dije: «No voy a dejar de escribir. Lo que haré será escribir bien».

Hablamos de la familia de Jorge, que a mí me parece muy interesante, por la casta y otras cosas, y veo que el hombre tiene parientes que hacen cosas verdaderamente sensacionales. Tiene un tío en Padrón me parece que, de repente, cuando están a la mesa todos los invitados se levanta y se pone a gritar: «¡La gota! ¡La gota! ¡ESA GOTA!» porque una gota de vino resbala por el pie de la copa de alguno y va a hacer polvo el mantel. Casi todos los parientes, lejanos o cercanos, de Jorge hacen cosas que están fuera de lo común.

—¿Cómo te definirías literariamente?

—Si te refieres a la cosa de los géneros literarios yo soy escritor más que novelista. No sé, vamos... Decir que uno es novelista puramente es empezar por reducirse...

Cuando alguna vez alguien me ha preguntado por un cuento, por una novela, por alguna cosa de Jorge C. Trulock, yo he dicho: «Es una de esas locuras suyas...» Alguien de confianza, naturalmente, porque de otro modo no me hubiera entendido. Grandes, poéticas, tiernas, desconcer-

tantes, obsesivas, penetrantes, implacables y casi perfectas locuras son las cosas literarias de Jorge C. Trulock. El ha tenido y tiene la valentía de hacer en España lo que nadie hasta ahora ha hecho. Su manera literaria, su modo y manera de novelar, de narrar, anda unos veinticinco años por delante del paso que lleva la sociedad española.

Hay también una correspondencia entre su concepto de la literatura y su concepto de las cosas de la vida. Hay cierta correspondencia entre su manera de hacer literatura y su modo de ser personal. Habla bastante de prisa, toma la copa y la vuelve a dejar, acciona mucho con los brazos desde la punta de los dedos a los hombros, y de vez en cuando se limpia la sal y la humedad que dejan las cosas que tomamos en los dedos, a la parte de arriba de los calcetines.

—Vamos a echar un vistazo a lo que tenemos entre nosotros actualmente en literatura.

—Yo creo que hay muy poca cosa. La vida—y perdóname que hable así—es algo compacto que no admite disgregaciones. Y si no están a pleno rendimiento las cosas cotidianas de nuestra vida no es tampoco extraño que no marche a todo tren la literatura.

—Bueno, pero de todos modos hoy hemos llegado a un momento en que, si bien se escribe demasiado, también se escribe, por lo general, bien.

—Desde el momento en que se es castellano—dice Jorge C. Trulock—, se escribe bien. Y ya no digamos si se es gallego.

Nos reímos, como es natural, y continuamos a lo nuestro.

—¿Podrías hacer una especie de lista de las personalidades literarias españolas más acusadas?

No vacila. Asiente con la cabeza y va derecho.

—Camilo, Delibes, Ferlosio, Aldecoa... A lo mejor se me escapa alguno, pero no lo creo. A ver, dime nombres por si acaso se me fué alguno.

Está completamente serio.

—A mí me gustan las listas —añade.

—Bueno—le digo—, y pongamos que ahora mismo existen entre nosotros unos veinte narradores jóvenes de los que, al parecer, se puede esperar bastante. De esto, ¿qué?

—No se podrá tener fe en todos... responde—. Alguno saldrá, claro, pero todos... Hay que esperar.

—Oye, tú, a Camilo de tienes miedo?

—¿Cómo miedo?

—Hombre, tú le mandarás a tu hermano el académico algunas cosas, las cosas... más importantes que escribas, y él te dirá: «Esto está muy bien» o «Esto está muy mal».

—Pues... tengo curiosidad por lo que me diga, pero miedo, no.

—¿Le haces caso?

—¿Qué crees que me dice?

—¡Ah, no sé!

—Hasta ahora, y excepto aquella ocasión que ya te dije, nunca me ha dicho nada verdaderamente malo

Blanquito, peón de brega», no es verdaderamente una novela de toros, ni de toreros. Es la historia de Blanquito, un peón de brega. Blanquito no es ninguna figura del toreo, ni siquiera es un torero entero y verdadero, como tampoco Jorge Cela Trulock es un biógrafo de las corridas de toros actuales, ni verdaderamente un buen entendido en toros.

—No soy un espectador habitual—me dice—, pero me interesan los toros y su fiesta como fuerza, como poema.

—¿Es una vida pintoresca la de Blanquito?

—Lo pintoresco es fundamental en todo: en literatura, en la vida, etc., en cuanto que sea profundo, es decir, en cuanto que la mirada a ese pintoresquismo sea incisiva, larga y profunda. Lo demás, lo exterior, el comentario de la Peña o del entendido en nombres apenas interesa, como no sea simple marco o mínimo ambiente. El entendido desvirtúa el arte.

—A tu juicio, ¿por qué razón ha de nacer el toreo en el pueblo español?

—El español arrastra casi desde la cuna el tema obsesionante de la muerte, y creo que es esa certeza de su encuentro con ella lo que le empuja a jugarse la vida con tanta frecuencia y por cosas a veces de poca monta, intentando zafarse de su fatalidad. Trata de impedir que le llegue la muerte, y por eso se va hacia ella, a sorprenderla, a llegar antes que ella a la cita, a burlarla con gracia. Y entonces, a lo mejor nace el toreo.

«Blanquito, peón de brega» es una gran tarde de toros, una tarde de toros obsesionante y viva, reverberante y densa, tremenda. No ha de ser pura casualidad el hecho de que Jorge C. Trulock se haya ido a la plaza de toros a la fiesta bárbara y bella, para escribir este centenar de páginas.

—España—dice—es el país que tiene los ingredientes precisos para el toreo. El punto de partida lo da sin duda el desenfado ante la muerte. El toro, la arena, los colores no son más que la síntesis de su propia esencia: la fuerza, la tierra, la luz, en armonía.

Es fácil ir de un lado a otro en las cosas y en los temas de conservación con este joven escritor.

—El fracaso o la dificultad que los métodos estadísticos encuentran en España se debe posiblemente a que una de sus máximas expresiones es el análisis del «standard» o nivel de vida; pecres que en España es muy difícil encontrar dos cosas iguales, y muy difícil hallar el nivel de muerte.

REVELACIONES PINTO- RESCAS DE UN DEFEN- SOR DEL PINTO RES- QUISMO

II. SOL.—Pero Blanquito mañana triunfará. Blanquito quiere triunfar, en lo suyo, o en lo que no es lo suyo, y Blanquito triunfará.

Es el comienzo de la segunda parte de la novela. Vamos bu-



«Yo soy escritor más que novelista. No sé, vamos... Decir que uno es novelista puramente es empezar por reducirse...»

nos ya de ginebra. Nunca he conocido a nadie que se tome la ginebra como se la toma Jorge C. Trulock. Y así es como hablamos y seguimos hablando de tantas cosas, sin meternos con nadie, que a Jorge esto no le va ni le gusta, y así es como hemos quedado de acuerdo en que a veces lo que hay que hacer es escribir cosas que aburran mortalmente a la gente, a ver si así la gente se da cuenta de lo que pasa, por otro lado es bien sencillo.

—Creo que lo único que se puede hacer con la gente es el despotismo ilustrado.

—¿Tú eres una persona algo terrible o un hombre sincero?

—Yo, en el fondo, lo que soy es una persona muy sensata.

—¿Harías una definición tuya para mis lectores?

—Sí. Yo soy una persona vulgar. Eso es lo mejor: cuanto más vulgar se es, mejor.

—Si ahora, con este sol que hace, tuvieras el día libre, ¿qué harías?

—Lo que me gustaría hacer, si tuviera el día completamente libre, sería cogerme una tortilla de patatas, una botella de vino tinto con limón, y la moto, e ir a tumbarme al campo, al lado de un árbol y junto a la vía del tren.

—Aquí—continúa—de lo que se trata es de vivir. Ni de escribir

ni de nada. Cada uno tiene su trabajo y en paz. Cuando yo pueda daré fiestas en mi casa: en verano pondré vino, solo o con limón, para el que lo quiera; en invierno, vino solo, sin limón ni nada.

Habla con una seriedad terrible, con la misma seriedad con la que escribe esas páginas enternecedoras y tremendas de sus cuentos, de sus novelas.

—A mí—me dice—, eso de la exposición, nudo y desenlace me parece una estupidez enorme.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Todavía me acuerdo hoy de aquel final de «Blanquito, peón de brega», que Jorge nos leyó hace algún tiempo a un reducido grupo de amigos, en su casa, con esa voz monótona y hundida que mete miedo, y con una lenta e insistente que baja círculos concéntricos alrededor de las cosas de las que habla.

—Otra vez, como siempre, la montaña, el fuego, un toro a la carrera, y la meta, un torero, tabaco, o. Montaña, agua... Todo el año, el toro, el torero, los tendidos a la plaza, el sol, la tierra las torrujeras... Un momento. En el suelo, el torero, la sangre, Blanquito ha muerto.

Pero Blanquito, sin embargo, no ha muerto.

inicié SUEIRO

—EL ESPAÑOL



EL DOCTOR STEFANINI HA DESCUBIERTO UN HONGO CAPAZ DE DISOLVER LOS COAGULOS SANGUINEOS

LA PENICILINA DEL CORAZON

Si se confirma la esperanza se ahuyentará el fantasma del infarto de miocardio

LA GRAN ESPERANZA

CON grandes titulares, ha galopado por las planas de todos los diarios del mundo una noticia que ha causado honda sensación: Un médico milanés de treinta y nueve años de edad, nacionalizado norteamericano hace siete, ha aislado en el pan común un hongo, un moho, capaz de derretir como si fuesen de cera a los sombríos coágulos sanguíneos (los fatídicos trombos), que originan muchas veces esa angustiada y dramática dolencia que se llama infarto de miocardio, que deja sin sangre los músculos que forman el corazón de los hombres cuando éstos llegan a su plena madurez y ocupan los puestos más responsables en la política, en la economía y en la Medicina de cada país.

Esta sensacional sustancia a la cual aún no se ha dado ningún nombre científico, pero que ya ha sido apodada por los diarios del mundo entero con los epítetos de «la nueva penicilina del corazón», «el hongo contra el infarto»... ha sido dada a conocer por los sagaces «sabuesos» de la Prensa norteamericana, que andan a la husma de milagrosas promesas con que satisfacer la gran esperanza, la inaudita ingenuidad de sus lectores.

No importa que a la larga la esperanza se confirme o no; lo de menos es la desilusión postrera. Lo periodístico es decir a los

lectores: «En Norteamérica todos los años mueren víctimas del corazón 172.000 personas. En Gran Bretaña fallecen por idéntica causa unas 50.000, y en los demás países civilizados las defunciones por causas cardíacas mantienen la misma proporción.» Pues bien, amigos míos, un joven médico italiano, director del Hospital de Santa Isabel, de Boston, Mario Stefanini, ha descubierto la panacea, el «sputnik» del aparato circulatorio enfermo, la sustancia capaz de abrir las puertas cerradas de las arterias por los trombos sanguíneos.

Esta es la verdad; pero, pareciendo a los mismos norteamericanos, ha de decirse que no es toda la verdad y solamente la verdad. Hago hincapié en esto porque si bien me agrada dar una buena noticia, no es humana ni científico ilusionar anticipada o vanamente a aquellos enfermos o a los familiares que esperan con fervor la droga salvadora.

El mismo Mario Stefanini, cual científico honrado y discreto, ha dicho que no hará comunicaciones a la Prensa mientras no obtenga un resultado definitivo. Por lo tanto, lo que hasta ahora se puede ofrecer a los lectores es bien poco. Stefanini ha conseguido aislar en su laboratorio un moho anticoagulante, obteniendo un extracto capaz de disolver eventuales coágulos o trombos

circulando en la sangre. Este moho, que se encuentra, como ya hemos dicho, en el pan común, es de naturaleza enzimática.

En otras declaraciones, Stefanini añadió:

—Mi búsqueda de un anticoagulante capaz de disolver rápidamente el infarto de corazón y los émbolos circulantes o localizados en cualquier lugar del organismo forma parte de mis pesquisas preliminares. No sé si se puede hablar de descubrimiento. La noticia publicada en la Prensa norteamericana y reproducida en la mundial es exacta, pero anticipada y, sobre todo en el aspecto médico, exagerada. Mi comunicación, sobre la que la Prensa médica ha basado sus informes, era una comunicación previa o «progress report», como dicen en Norteamérica; esto es, una descripción de un experimento en curso.

La nueva sustancia anticoagulante, ensayada en animales de laboratorio, se ha probado hasta ahora, según parece, en veinticinco individuos, según estadísticas del propio doctor Stefanini. Se han investigado sus propiedades anticoagulantes con éxito. Las experiencias de laboratorio han demostrado que el hongo destruye inmediatamente cualquier coágulo de sangre en los animales.

EL INFARTO DE MIOCARDIO

Como todo el mundo sabe, el

corazón es el motor de la vida. Es un balón de carne hueca, lleno de sangre en continuo movimiento, que va y viene, circulando por todo el organismo al compás de sus latidos. Su mecanismo es sencillo: es el de una bomba impelente. Mediante su empuje, la sangre riega, caminando por las arterias y por los capilares, no solamente la punta de los dedos y la cabeza, sino también los propios músculos del corazón, que están surcados por innumerables arterias y venas. Cuando una de estas arterias se cierra, impidiendo el paso de la sangre y, por lo tanto, el riego de una zona más o menos extensa de la musculatura del corazón, dejándola exangüe, seca, se produce lo que se llama un «infarto de miocardio». La causa más importante de este cierre de la esclusa de los canales de riego del músculo del corazón es la trombosis vascular, o sea el taponamiento del conducto o luz de la arteria por un trombo o coágulo sanguíneo. Si el infarto es muy extenso, se produce la muerte. Si no lo es tanto o da tiempo a que el médico entre en acción, puede el enfermo recuperarse y sobrevivir, pero siempre bajo la amenaza de que otro nuevo trombo provoque el infarto fatal.

Hasta hace poco, el pronóstico de estos enfermos era bastante sombrío. Cuarenta de cada cien morían antes de los treinta primeros días del primer ataque. Pero a partir de 1945, año en que se introdujeron los anticoagulantes en su tratamiento, se ha reducido la mortalidad y ya no es tan sombrío el pronóstico. Según las estadísticas, puede asegurarse que gracias a los anticoagulantes hasta ahora utilizados, se ha rebajado la letalidad inmediata desde el 40 al 16 por 100.

LA LUCHA CONTRA EL INFARTO

Los médicos, marchando al compás de los progresos técnicos, pueden escoger actualmente, siempre que las condiciones del enfermo lo permitan, entre dos caminos: el antiguo o quirúrgico, el pasivo o médico. En cuanto al primero, el tratamiento quirúrgico de la angina de pecho ha avanzado mucho, gracias a las técnicas inspiradas en los trabajos de Beck sobre la revascularización del miocardio o músculo cardíaco. Pero pese a los resultados alentadores obtenidos por estas técnicas (producción de circulación colateral), los cirujanos todavía no han obtenido éxitos rotundos. Ninguna operación pone a los enfermos al abrigo de la muerte repentina, porque ninguna intervención suprime el ateroma coronario, que puede seguir evolucionando. La cirugía no proporciona coronarias o corazones nuevos, sino que se encamina a favorecer la utilización de la capacidad funcional que aún pueda quedarle al corazón enfermo mediante la revascularización o vasodilación del músculo cardíaco. Si la capacidad funcional que resta al corazón es nula o casi nula, la cirugía no conseguirá resultado favorable.

Los médicos no tan intervencionistas y mucho más cautos, continúan tratando a estos pa-

cientes utilizando la terapéutica clásica, a la que van añadiendo las modernas drogas. En la actualidad, el tratamiento del infarto de miocardio puede resumirse en reposo absoluto, mental y físico, del paciente, que se alimentará con líquidos, siendo medicinado con calmantes, oxígeno, extractos hormonales, vitamina E y anticoagulantes, cuidando también de las posibles infecciones mediante la administración de penicilina, y de la insuficiencia cardíaca, así como del colapso, la fibrilación o taquicardia.

LOS ANTICOAGULANTES

Los medicamentos anticoagulantes son utilizados en el tratamiento del infarto de corazón desde 1945, habiendo reducido la mortalidad. Desde hace trece años han sido tratados con ellos numerosos enfermos. En las últimas estadísticas publicadas aparecen reunidas series que representan centenares de observaciones, equivalentes a muchos miles de casos. El análisis de los resultados pone de relieve un descenso significativo de la mortalidad global y de las complicaciones ocasionadas por nuevos trombos. La acción favorable de los anticoagulantes sobre la letalidad no es debida a un efecto sobre el

propio infarto, o sea sobre el trozo de músculo del corazón falto de riego, sino sobre las complicaciones por trombos que con frecuencia suceden a continuación. Los anticoagulantes previenen así una recaída o una extensión de la trombosis y, por lo tanto, del infarto a otras zonas del corazón y eventuales trombos en partes más o menos lejanas del organismo.

Existen en la actualidad al alcance del médico práctico dos grandes grupos de anticoagulantes. El primero está constituido por la heparina y heparinoides de síntesis, y el segundo, por el dicumarol y los hipoprotombenantes de síntesis. Se llaman anticoagulantes porque dificultan la tendencia espontánea de la sangre a coagularse cuando se sale de su cauce normal o choca contra algún obstáculo extraño. Esta propiedad, si no se sabe o se puede controlar, puede ser peligrosa y hasta grave si surge una hemorragia, pues entonces, anulados los resortes de la coagulación, la sangre fluye incontentiblemente, dándose casos de total desangramiento. Esto quiere decir que el primer requisito de un anticoagulante es su capacidad de dejar de serlo en el momento en que así lo desee el médico.

La heparina es uno de los an-



El doctor Mario Stefanini y su mujer, Elizabeth, en el jardín de su casa de Boston

ticoagulantes de mayor interés e importancia, según el profesor V. Lásquez, habida cuenta que por su eficacia e inocuidad se ha extendido mucho en la práctica. Sólo se le conoce como inconveniente su coste bastante elevado y la imposibilidad de prolongar el tratamiento más allá de una o dos semanas, por producir pequeñas o mayores hemorragias en los puntos de inyección.

EL TRÉBOL QUE MATA A LAS VACAS

El otro anticoagulante utilizado es la dicumarina. Su descubrimiento, pintoresco, se debe a los veterinarios. Con motivo de comer heno de trébol dulce (dipirigallo) en putrefacción, unas vacas se murieron en Wisconsin. Este hecho observado por un granjero, se relacionó con una epizootia hemorrágica y de bastante gravedad, que asoló a un rebaño de ganado vacuno alimentado con trébol fermentado. Estudiando estos tréboles podridos en la Estación de Agricultura Experimental de Wisconsin, Campbell y sus colaboradores localizaron y aislaron una sustancia que no era otra cosa sino la dicumarina.

Este medicamento anticoagulante es mucho más barato que la heparina, pero presenta el inconveniente que desde su inyección o ingestión pasan de veinticuatro a setenta y dos horas hasta que los efectos anticoagulantes se presentan. En su latencia de una porción de horas y la dificultad de poder cortar cuando se desee su efecto anticoagulante radican sus mayores inconvenientes. Los modernos derivados de la dicumarina, más solubles, poseen una actividad mucho más rápida y manifiestan menor tendencia a acumularse, y el funcionamiento del riñón es perfecto. Así su manejo es más fácil y permite la posibilidad de administrarlos sin inconvenientes durante meses. Las principales contraindicaciones son su acción indirecta y retardada sobre la coagulación de la sangre y la necesidad de una estrecha vigilancia de laboratorio.

A pesar de sus ventajas, los anticoagulantes, especialmente el circumarol, son culpables de un aumento del número de roturas del corazón estadísticamente muy significativo. Ahora bien: cabe pensar que las roturas tal vez no sean debidas a los anticoagulantes, ya que aquéllas se presentan sobre todo en los enfermos de cuadros más graves, cosa que podría explicar esta gravísima complicación.

Aunque se poseen muy escasos datos sobre el hongo innominado del doctor Mario Stefanini, recogiendo el informe de que se ha obtenido del pan común enmohecido, inmediatamente cabe recordar que a su vez el dicumarol se obtuvo del jugo del trébol dulce también enmohecido. Así, pues, este hallazgo o descubrimiento de Stefanini no es un fenómeno inédito ni un descubrimiento que irrumpe súbitamente en la terapéutica. Tiene sus antecedentes y sólo significa un paso más en busca de un anticoagulante que posea las máximas

virtudes ideales y ninguna contraindicación.

Los periódicos afirman que eso es lo que sucede con el hongo de Stefanini, una de cuyas ventajas consiste en que no presenta prácticamente contraindicaciones. Pero mientras que esta afirmación no haya sido plenamente confirmada mediante su empleo satisfactorio en centenares y millares de enfermos, a los que se vigile después durante el tiempo necesario, hay que someter a cuarentena cualquier afirmación en ese sentido, aunque proceda del propio doctor Mario Stefanini.

LA PLASMINA, OTRO ANTICOAGULANTE

Es tan necesaria la posesión de un anticoagulante barato sumiso e inocuo, que pueda ser fácilmente manejado por el médico, que en muchos centros de investigación del mundo no cesan las investigaciones en torno al apasionante problema de la coagulación y licuefacción de la sangre. Precisamente en Boston, en la misma ciudad donde Stefanini está realizando sus populares trabajos, apenas hace dos años, cuatro investigadores americanos, los profesores Julián y Clara Ambru, Natahan Back y J. W. Bryon, en una comunicación presentada al VI Congreso de Hematología, informaron sobre otra sustancia anticoagulante que también se ofreció como el más indicado tratamiento de la trombosis coronaria, o sea la causa productora del infarto de corazón. Estos investigadores encontraron una cierta plasmina, principio activo obtenido de la sangre, que conseguía, según afirman, una rápida descoagulación del trombo sanguíneo. Sus conclusiones las avalaron con la prueba de mil experimentos. En éstos, ante todo, se trata de provocar un trombo en la circulación del animal de laboratorio, cuya pista se sigue mediante inyecciones de yodo radiactivo en el sistema circulatorio del animal. Por medio de un contador Geiger se sigue el curso del trombo a través de la circulación, controlándose así los resultados favorables o adversos del medicamento empleado como anticoagulante. Según los cuatro mencionados investigadores, sólo la plasmina conseguía un rápido proceso de licuefacción del trombo en el animal de ensayo. En seguida que quedó comprobado esto, los investigadores extendieron sus experiencias no sólo a los cobayas, sino también a los perros, conejos, monos y otros animales. La reacción siempre era la misma.

El proceso comenzaba con la inyección de yodo radiactivo, que inmediatamente originaba un trombo marcado, cuya pista podía ser fácilmente seguida con el contador Geiger. Inmediatamente después se administraba la plasmina y, como estaba previsto, el principio activo de la sangre rápidamente actuaba, y la circulación, obstaculizada un momento por el trombo, se reanudaba normalmente, sin que se registrasen ulteriores trombos ni zonas faltas de riego sanguíneo.

Indudablemente, desde el viejo procedimiento de las sanguijuelas aplicadas por los galenos de la antigüedad, a los fármacos y sustancias biológicas actuales, cuyo curso se puede seguir milímetro a milímetro a través de la circulación sanguínea mediante sustancias radiactivas que son detectadas por los contadores Geiger, se ha dado un tremendo paso. Pero aún no se ha alcanzado la meta, que consiste en prevenir la formación de trombos y en fundirlos inmediatamente de que se hayan formado. Solamente entonces habremos conseguido triunfar plenamente sobre los trombos sanguíneos, evitando así cuantas enfermedades originan, entre las que se encuentran el infarto del corazón, los trombos de los vasos del cerebro y tantos otros, si no mortales de necesidad, sí de una gravedad extrema.

Interrogado el doctor Mario Stefanini sobre la aplicación preventiva de su moho anticoagulante, el hematólogo italoamericano ha eludido pronunciarse en un punto tan delicado y de enorme interés tanto médico como humano. Así, pues, todavía no se sabe si existe la posibilidad de utilizar profilácticamente el nuevo moho, la sustancia que aún no tiene nombre, que algunos periódicos han bautizado provisionalmente de «nueva penicilina», epíteto que conduce al error, pues en seguida se piensa en un antibiótico que mate gérmenes, microbios y virus, cuando en realidad se trata de una especie de enzima que digiere los coágulos, fundiéndolos como si fuesen cera.

Otro interrogante que en seguida ha surgido es el de que, en el caso de que el moho de Stefanini fuese francamente eficaz, si se podrá producir tal sustancia en cantidades industriales, masivas y baratas, repitiéndose una vez más la historia de la fabricación industrial de la penicilina.

La penicilina, que descubriese un maravilloso día Flemming, era un producto de laboratorio que sólo se obtenía en cantidades pequeñas y que se aplicaba en dosis infinitesimales de diez mil a cincuenta mil unidades al día. Fue necesario que poderosísimas empresas norteamericanas colaborasen activamente para que el moho de penicilina que encontraba Moldy Mary («María la Mohosa») en un melón podrido de un mercado estadounidense se convirtiese en semilla de todas las penicilinas del mundo. Ahora está por ver si el moho aislado por Stefanini en un pedazo de pan podrido puede convertirse en la panacea que ahuyente una de las enfermedades que en la actualidad causa mayor número de incapacidades y defunciones.

Resulta y no resulta sorprendente cómo la Naturaleza continuamente se muerde la cola, cómo se repite hasta la eternidad el mito del Ave Fénix, de la muerte y resurrección de los días, de las plantas y de los seres, que hallan en la podredumbre, que descomponen y fermenta la materia viva, las sustancias mágicas capaces de luchar victoriosamente contra el dolor, la enfermedad y la muerte.

Doctor OCTAVIO APARICIO

EN EL CAMINO DE DAKAR

Hombre de ébano, villas con nombre y aldeas desconocidas en el corazón de Africa. Elefantes a la orilla de la carretera

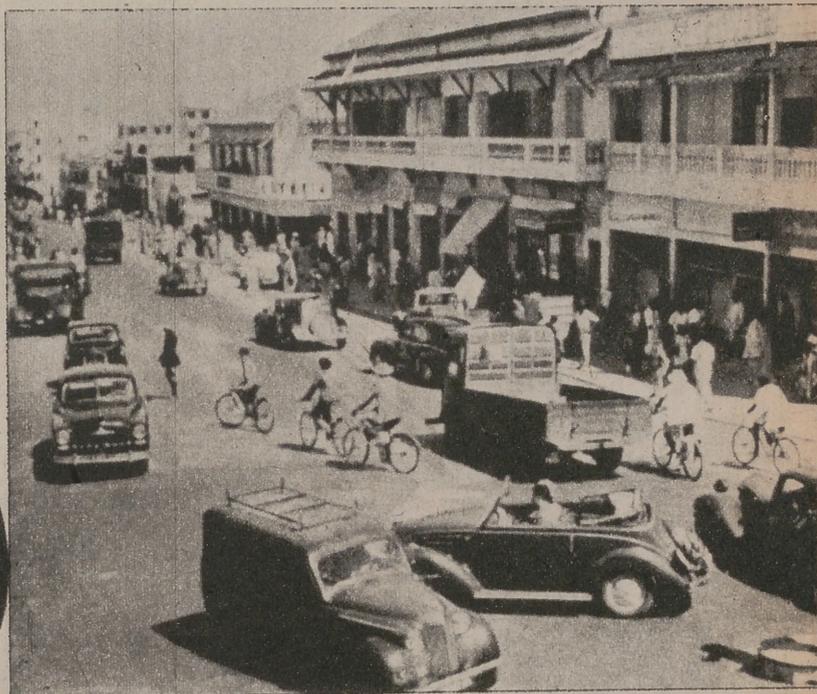
**DJENNE,
UNA CIUDAD
DE MIL QUINIENTOS
AÑOS**

CON este viaje, el circuito que comencé hacía ocho días en Porto Novo y Co-Tunou cumplía su más larga etapa. Eran las seis de la mañana cuando nos dispusimos a partir de Mopti, la ciudad «marítima» enclavada en pleno corazón de Africa. Por su especial situación (se alza sobre cinco islas unidas por malecones y bañadas por los ríos Niger y Bani) la ayuda de una febril imaginación podría quizá conducirnos a Estocolmo y Copenhague.

De Mopti me alejé con cierta tristeza. Me hubiese gustado quedar allí una temporada, entre «bozos» pescadores y los «sarakoles», fundadores éstos del famoso Imperio Ghana, que un día extendió sus tentáculos de fuerza, cultura y comercio a una gran parte del Africa ecuatorial y occidental. Ahora, en su decadencia, ni siquiera conservaban fielmente su idioma, y que dispersos por las guerras, dejaron la lengua de sus vecinos o conquistadores.

—¡Adiós Mopti! ¡Un día regresaré!

Marchando a caballo de un ancho malecón que unía la capital a la ruta de Gac-Bamako, desandamos 10 kilómetros. El punto donde la carretera desembocaba en la capital—que conducía a Djenné—se llamaba Savaré, poblado común que un día tuvo fama por ser una de un sanjón que sacudió espiritualmente la comarca entera. Ahora tiene cierta importancia por sus fiestas de estrepitosas y brillantes expresi-



La calle Gambetta, de Dakar

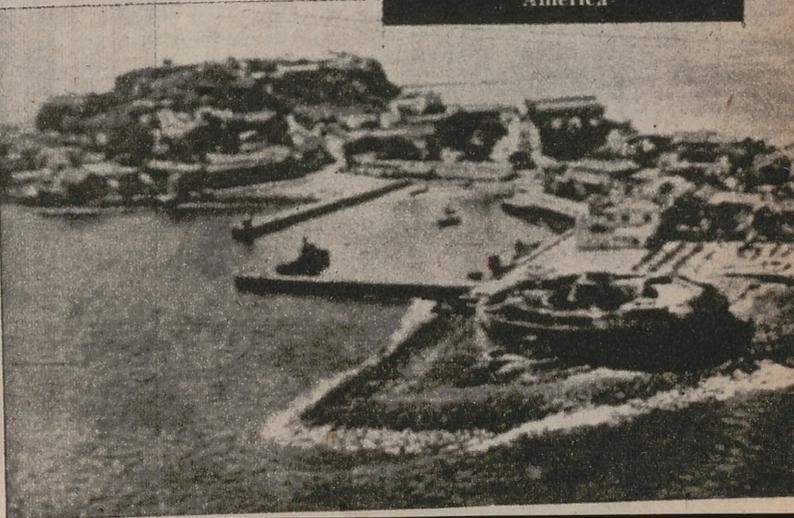
nes. En esos días las gentes de Mopti aplasta con su número a la pacífica Savaré.

A unos 30 kilómetros de este lugar encontramos la villa Soma-daugou, árida y poco como pocas. Sólo algunas tierras están cultivadas; las gentes muestran rostros demacrados y sucios, consecuencia quizá de la epidemia de disentería que por entonces asolaba la minúscula ciudad. Como contraste, en las afueras encontramos un «barrio» formado por chozas cubiertas de lonas de colores chillones y sombreadas por altísimas palmeras. Parecía una colonia de veraneantes negros descansando en Africa. Unos centenares de metros más allá, los hipopótamos, gigantesco codrillos, panteras, leones, aves-truces, saharianas, hienas, antílopes, monos y toda clase de aves, unas horribles y otras favorecidas por la Naturaleza, vivían a su antojo. El mundo gigante y entero de los bosques africanos volvía a nuestro encuentro con su sinfonía mayor.

POR TIERRA SALVAJE

Ya nos estábamos adentrando en terrenos salvajes, cuando uno de sus más característicos representantes se acercó a vernos pasar. Era un magnífico ejemplar de elefante. Estaba detenido en la orilla de la carretera. Sus grandes orejas se movían lentamente, como intentando analizar el sonido o la clase de bestia que era aquella sobre la que íbamos; los colmillos no eran muy largos y de forma poco común. Semejaban en algo a los cuernos de los viejos cabestros. Viéndole allí, altivo, joven aún, pleno de fortaleza y señorial, me pregunté por qué habrían elegido al león rey de la selva. El elefante imponía aún más respeto—aunque menos temor—y, si bien profano en te-

La isla de Garé, donde no hace mucho concentraban a los esclavos que morirían en América





Las niñas aprenden las danzas rituales. El viejo tamborero las guía con su tam-tam

mas cinegéticos, lo creía más noble.

Aquellos animales, hombres de piel de ébano, villas con nombre y aldeas desconocidas, me decían que estaba frente a la faz más fiel de ese monstruo dormido que es Africa. Y contra todo mi mundo preconcebido (pese a que los días que llevaba de viaje abrieron mis ojos) una nueva idea, completamente distinta a la que sustentaba como europeo, iba naciendo en mí. Nunca supuse que el Continente negro fuese una caudal tan enorme, inagotable parecía, de sugerencias. Aunque semejante todo él para los ojos de un profano o un viajero presuroso, adivinaba que escondía una gama infinita de diversidades que necesitarían muchos años, tal vez una vida entera, para que se decidiesen a ofrecer su misterio, para poder conocerlas y gozarlas.

Esculturas más caras, pinturas de tosca ejecución que cualquiera puede ver, pero no todos intuir la gran belleza interior del hombre que las dió vida. Por el Dahomey y en Nigeria (no tanto en sus ciudades como en sus campos) desfilan los caballeros del Níger, famosos caballistas de estampa fiera y orgullosa; las mujeres «oulof», conocidas por su belleza; los «bambara» son físicamente incluso superiores a los «bantúes», ágiles y sanos como ninguno. También en el Africa negra hay vestigios de dinastías tan interesantes quizá como las nuestras del mismo tiempo. Ellas crearon Imperios, lucharon y perecieron por ellos con tanta nobleza y majestad como anidó en nuestros próceres occidentales. Tienen religiones fundadas en una fe perfectamente comprensible y hasta los más salvajes po-

seen un íntimo convencimiento sobre su verdad, sobre la creación del mundo y las fuerzas que lo rigen. Mientras corría por la carretera que me llevaría a Sofara, pensaba que los negros ponían en tensión sus fuerzas espirituales con mucha más intensidad y frecuencia que nosotros y que aquellas ceremonias sagradas que nos asombraban y despreciábamos, sintiéndonos superiores, debían de esconder un misterio que no comprendíamos, pero que, de sernos dado penetrar en sus misterios, nos harían cavilar. Es verdad que en tales ritos había cosas incomprensibles, tan incomprensibles como las de otras muchas religiones; es verdad que para atraerse a sus dioses mataban a un inocente y hacían guerras, cosas todas que el mundo blanco y amarillo hizo en sus tiempos, no muy lejanos. Miran-

do con absurda curiosidad aquella statuilla que compré en Gao, y como si el ambiente de las selvas y las gentes africanas me hubiesen embargado, lo contemplaba con un naciente respeto, casi con una inconfesada religiosidad. ¿Qué importaba que aquella grotesca figura tuviese una cabeza enorme y una barba que llegaba hasta sus rodillas; y que sus piernas fuesen cortas, más cortas que la barba? ¿Qué podía suponer que sus ojos fuesen vacíos, como si mirasen al Más Allá, o la nada, y que por ombligo luciese un pequeño rostro, una segunda vida? Era una representación del dios en que los negros creían y a él adoraban y ofrecían sacrificios y ritmos de tam-tam, que eran como oraciones. En aquellos bosques del Africa, en aquellos ríos para ellos sagrados, en el alma ignorada del negro, había aún muchos misterios por descubrir. Apenas se conocía de estos hombres—embrutecidos por la Naturaleza y la «civilización» que allí llevaron—algunas de sus manifestaciones. Su danzas, sus costumbres, su pereza e ingenuidad, como si bajo su alta estatura y su lustrosa piel de ébano tuviesen en contraste único el alma blanca. Pocos eran los que se habían detenido a estudiar su espíritu, aquella vida ignota que se traducía por el exquisito arte con que labraban el cuero, el cobre, el marfil o la madera; pocos los que habían visto en estas declaraciones hechas materia su ansia de belleza, su sentido de la armonía, aunque sus perfiles fuesen tan diferentes a los nuestros. En verdad que desde que salí de la Costa de los Esclavos había visto tribus degeneradas, pero no era mi nos cierto que otras, como la de los Kabré, que habitaban el Alto Camerón, los Sara, los Baya y tantos más podrían servir de ejemplo a otros pueblos. Y allí, en los páramos y en los desiertos, en las orillas de los gigantescos ríos africanos o en las montañas, en las tiendas de nómada y los poblados, aquellos «salvajes» mantienen reglas morales que admiran y que son—algunos las transgreden como ocurre en todas partes—dignas de ser imitadas. Y si el sol—que, al parecer, es enemigo de la cultura—no luciese tan fuerte como para cansar sus músculos y fatigar la mente, sin duda alguna que estos mismos negros nos servirían para algo más que para saciar nuestra curiosidad y aprovecharnos de su inferioridad casi de esclavos.

UNA CIUDAD DE MIL TRESCIENTOS AÑOS

Todas estas cosas iban pensando cuando llegamos a Sofara. Una hora y media después cruzábamos un puente aún sin terminar sobre el río Bani (carros y caballerías lo traspasaban por un amplio y cercano vado) y entrábamos en Djenné, capital fundada hace mil trescientos años.

En esta ciudad tuvieron confirmación algunas de mis recientes reflexiones. Antigua rival de Tombuctú, es una villa amplia y despejada, rodeada de aguas por la mayor parte de su perímetro. Un tenaz trabajo de tosca construcción ha levantado innumerables muros, que a veces se unen

en una especie de chata muralla para rechazar los embates de las corrientes, amenazadoras en la época de lluvias.

En sus mercados se encuentran miles de cosas interesantes. Estatuas de cobre que ya vi en el Dahomey, tapices del Sudán, bellos y fabricados con vivos colores; estatuas de marfil del Gabón; alhajas del lago Chad y las hechas por nuestros viejos conocidos, los moros. Se venden pájaros, monos, cachorros de tigres, artículos de magia, éstos parecidos a los que encontré en otras partes y generalmente versados sobre uñas de león, cráneo de simio, polvos de insectos «sagrados» molidos y cien cosas más. Algo nuevo para mí, ya que no «creí» que tuviese propiedades sobrenaturales, eran los ojos de elefante, mantenidos incorruptos por medio de cualquier preparado desconocido. Máscaras maravillosamente trabajadas, esculturas que los artesanos iban dando forma a la vista y aun al gusto de los clientes o curiosos que eran los más. También allí, para que el cuadro fuese completo, tuve la impresión de que se vendían muchachas. Otra cosa no podía hacer aquel viejo que, rodeado de cuatro niñas de diez o doce años, y sin otra «mercancía» a la vista, se dirigía a los indígenas pudientes que curioseaban por el mercado. Gritos, santos, mujeres, hombres, algunos de ellos con una perfecta tipología de asesinos natos, aunque quizá fuesen aspirantes al «nirvana» que les prometió la religión de sus mayores. Se ofrecían harinas de muchas clases y colores, especies de saltamontes y langostas tostadas por el sol, peces, trozos de antilope, telas y cosméticos. No faltaban tampoco pinturas, tan extrañas y atraídas que, de no ser por el alto precio (de 1.500 a 2.000 francos) que pedían por ellas, hubiese adquirido alguna. Decían que provenían de la región de Gagnoa, en la Costa del Marfil, cuna de pictóricos y artesanos. Una de las atracciones más usuales de Djenné es la pesca, llevada a cabo por los «bozos» y los «somonos». Algunos usan aparatos parecidos a los nuestros, pero son muchos los que la practican a cuerpo limpio, es decir, sumergiéndose en las aguas con un pequeño puñal.

UNA CATEDRAL ISLAMICA

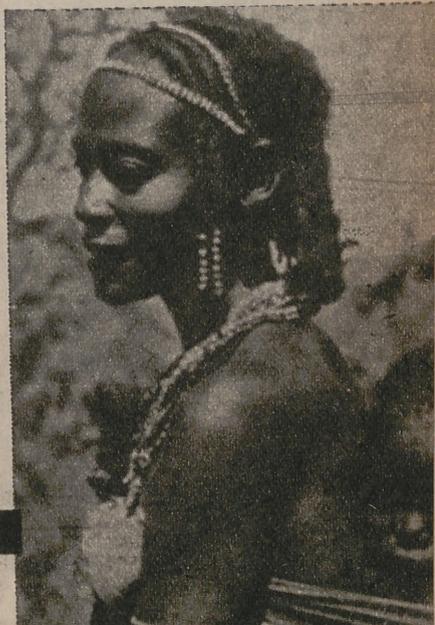
La mezquita de Djenné es famosa en muchos centenares de kilómetros a la redonda. Es una especie de catedral, pero en islámico. Su interior, amplísimo, tiene, además de todas esas particularidades que atraen al viajero, una serie de bellas columnas cuyo número pasa de cien. Exteriormente presenta aspecto de fortaleza, aunque planificada por un artista. Torres terminadas en afiladas puntas (semejantescos obuses puestos de pie y atravesados por extraños adornos), y grupos de cuerpos que los siguen, simétricos a veces, otros caprichosos, entre los cuales resaltan las macizas entradas. Las ventanas, pequeñas y puestas a modo de troneras, acrecientan su aspecto

de «bunker» de los desiertos. Es, en su estilo, una verdadera joya del arte Djenné.

Verdaderamente se puede hablar del estilo «Djenné». ¿De dónde, si no, fueron copiadas aquellas armas primorosamente cinceladas, aquellos edificios distintos a todos los vistos, las vajillas orgullo de la alfarería, aquel complicadísimo trabajo en oro, plata o cobre, por medio del cual conseguían auténticas maravillas artesanas? Hasta el trazado de las calles es original en Djenné; hasta la manera de conducir las piraguas, sentándose en proa y llevando la parte trasera de la embarcación al aire, justamente lo contrario de lo que sabíamos. Y lo curioso es que, quizá debido a condiciones especiales de aquellos ríos, su navegabilidad es mucho más rápida y cómoda.

Tres horas y media tardamos en recorrer los 180 kilómetros que nos separaban de Segou. Hasta Sany, el camino fué bueno; después, en el trayecto que faltaba para alcanzar Sarro y que corría a lo largo de 26 kilómetros (haciendo de límite a otra «selva prohibida»), se volvió dificultoso. Tuvimos que apearnos varias veces para empujar el vehículo a través de enormes charcos que las lluvias abrieron en la ruta. Y era en aquellos momentos cuando yo sentía un temblor que podía ser miedo. No es lo mismo discurrir por entre fieras metido en una caja metálica que hacer pie a tierra, expuesto a que alguna de ellas ejercite sobre nuestras espaldas algunos de sus audaces saltos. Por eso, y aunque estaba cansado de ver a los indígenas vivir serenamente por aquellos parajes, yo empujaba de espaldas y con el rifle presto. Quizá con el tiempo llegaría a acostumbrarme, pero, por el momento...

En Segou encontramos muchos europeos. Sumaban medio centenar, y aunque, lógicamente, tendrían que perderse entre los 20.000 negros, como los lugares en los que solíamos acampar (cuando podíamos) era el barrio europeo, pronto estábamos rodeados de blancos cómodamente aposentados en el restaurante La Escala y oyendo hablar continuamente francés, casi me pareció un sueño el viaje que estaba realizando. Y, sin embargo, era una rea-



Bomako. Familia ambulante

lidad para mí y para la mayoría de aquellos hombres que lo habrían hecho también, y quizá varias veces.

ATLETISMO ENTRE LOS NEGROS

Segou está llamado a desempeñar un importante papel en esta parte de África. Tiene una gran actividad comercial, las tierras son fértiles y los trabajos de irrigación que se están llevando a cabo con ritmo acelerado ya rinden sus frutos. A pocos kilómetros de la capital han construido una gran represa y pronto (si no lo ha hecho ya) surgirá en 150.000 hectáreas un surtido de arroz y algodón. No data de tiempos recientes, sin embargo, la importancia de este punto. Un día fué capital de un potente reino dirigido por el soberano «bábara» Biton, allá por el siglo IX. Luego los «toucouleurs» dieron al traste con toda su magnificencia, quedando sólo algunos vestigios de su grandeza en forma de sepulcros y fortalezas derruidas que se extienden a ambos lados de la ciudad, sobre las orillas del Níger. Los negros de Segou tienen fama de ser buenos nadadores y es muy común la celebración de competiciones, carreras de piraguas y, sobre todo, las de resistencia en el agua, entre los atléticos «djennés» y «babaras».

Segou tiene un cierto parecido con Djibuti en sus calles bien trazadas y sus casas blancas. En lo único en que la diferencia es fundamental (con respecto a las construcciones) es en que las viviendas de aquí aparecen adornadas por numerosas ojivas. Y en que están habitadas por pescadores y pastores.

Era la una de la tarde y después de comer nos despedimos de nuestras recientes amistades. Teníamos por delante 230 kilómetros que pensábamos recorrer en lo que quedaba del día. Era buena la ruta y el mapa no presentaba advertencias sobre lugares embarrados que producían una pérdida agotadora de tiempo y el

consiguiente malhumor. Este sin embargo, pasaba pronto cuando reconocíamos que estábamos recorriendo el interior de África y no la avenida de José Antonio o los Champs Elysses. Los susurros de los leones y panteras y el rumor de las manadas de elefantes en marcha nos lo recordaban a cada momento.

Fué el primer poblado de cierta importancia que encontramos en el camino. Otro fué Santiguilla, situado en pleno centro de una «selva prohibida». En este lugar hallamos un buen restaurante servido por europeos. Entre el soplo atemorizante de los bosques ya oscureciéndose, tomamos un refrigerio. Partimos en seguida porque queríamos llegar antes de que anocheciera a Bamako, donde me despediría de mis compañeros de viaje. Ellos quedarían en la capital; yo tomaría allí el expreso Dakar-Níger.

Los faros debieron señalarnos el camino en los últimos treinta kilómetros. Felizmente, en la ciudad pronto encontré habitación y sin saber dónde había «caído», ya alejado de mis amigos me acosté en seguida. Estaba agotado.

CONOZCO A JOSSETTE

Al día siguiente me levanté temprano y en buen estado físico. Y como era en mi costumbre, me dediqué apresuradamente a recorrer la capital. Y a fe mía que esta villa merece tal calificativo. Tiene más de 100.000 habitantes, de los cuales 5.000 son europeos, franceses la mayoría. Y creo que mayor impresión que la que sentí al adentrarme en la selva la experimentaba ahora al encontrarme de bruces, mezcladas a gentes de tan diferentes maneras y vestimentas, hermosas muchachas rubias luciendo encantadores modelitos salidos de la «academia» de París quizá un mes antes. Frággles, dulces, tan rabiamente opuestas a las jóvenes indígenas, parecían ángeles (más que ángeles).

Decidí seguir conociendo la ciudad al lado de uno de aque-

llos «ángeles». Se llamaba Josette y era de París. Su padre trabajaba en Correos y, salvo varias temporadas pasadas en la metrópoli, su vida había transcurrido en aquel lugar. De la selva conocía menos que yo, aunque la ciudad africana era para ella una habitación sin misterios. Después de vencer su extrañeza por encontrar un español en aquellas latitudes, hablamos de España, y ya tenía ganas! de su Andalucía y su cielo. Josette había estado una vez en San Sebastián y conocía las corridas de

toros. Hablar de aquellos toros en Bamako me causaba una sensación de mentira o de ironía; sí, de ironía, de eso que llaman destino y que nosotros forjamos paso a paso.

Nos hicimos grandes amigos. Juntos recorrimos las dos calles principales, por largas, que se extendían a las orillas del río. Visité la Escuela de Veterinaria, los hospitales de lepra y tracoma, el Liceo y el colegio de muchachas, donde me presenté a algunas amigas. Si de Mopti me costó alejarme, supuse que de Bamako la partida sería aún menos deseada. El atardecer nos encontró aún paseando por los maravillosos jardines, rebosantes de vegetación, luego por las riberas del Níger, que corre lento por los valles de los montes Mandingue; fuimos también a la amplia colina donde está situada la ciudad moderna de Kouloba y desde la cual el panorama que se extiende a los pies del viajero es impresionante por su belleza.

Al día siguiente tenía que partir rumbo a Dakar..., pero no lo hice. Estaba solo y podía disponer de mis movimientos. Aunque apenas llevaba en aquella ciudad veinticuatro horas, la sentía familiar. Eso fué siempre una ventaja o un inconveniente en mí: la rápida adaptación a cualquier ambiente. Nada más ducharme fui en busca de mi nueva amiga y seguimos recorriendo mi nuevo mundo.

EN UN TREN AFRICANO

Visitamos el aeródromo, el magnífico parque zoológico, los rápidos de Sotuba y los Aigrettes; el gran canal y el Botánico, cerca del puente G. Y ya parecíamos correctos novios, cuando por la tarde paseábamos por las amplias avenidas de suelo asfaltado y liberadas del sol por hileras de altísimos árboles. Las casas están pintadas de color rosa, lo que da a la villa de Bamako un tinte hospitalario y alegre.

Josette vivía cerca del río. Junto a un vapor de los que unen Bamako con los pueblos cercanos, nos despedimos. Son cosas que a veces cuesta comprenderlas..., pero que son. Los dos lamentamos mucho separarnos.

—¿Volverás algún día?

Volver, volver... ¡Cuántas veces, en cuántos lugares había yo contestado a esta pregunta con un «Sí», un «Yes», un «Ja» o un «Oui»? Luego, la vida es la que manda.

Mi orgullo de hombre se envanece al ver dos lágrimas en la rubia muchacha «africana». ¡Adiós! ¡Adiós!

El tren partió al amanecer. Es distinto cruzar selvas y bosques en coche que hacerlo en un departamento del expreso Dakar-Níger. Lo mismo que me ocurrió al ver las fieras enjauladas cuando horas antes las encontraba libres y felices de vivir, ahora sentía algo desagradable al pasar frente a las aldeas indígenas. Todo aparecía alejado, falso, como en una película. Aquellos «bábaras», «markas» y «malinkés» que acababa de abandonar seguían siendo los mismos que saludaban con sus manos o sus ar-



«Instrumentos» de un brujo de Segou



Vista general del puerto de Dakar

cos al convoy..., pero distantes, lejisimos de mí, aunque alargando el brazo los podía casi tocar. Me parecía que se despedían para siempre, que cometí un extraño pecado al haber subido al tren, que no sabe más que de velocidad y de humo. Recordaba lo que me contó Josette de estos «bambarras» que reconocían al «ni», el alma; el «dya», sombrío y doble; el «gaen», aquél que un día vendrá a señalar los que le ofrecieron sacrificios y los olvidados de él. Hermosos tipos de mujeres había en aquella tribu, guerrera en tiempos pasados y hoy encerrada en aquellos poblados que pasaban veloces ante mí. Casas de paja o de arcilla, cuerpos de ébano, musculosos, danzas... Hombori llegó un instante con sus brujos zancudos y sus hogueras. Aquel mal rato ahora lo recordaba con nostalgia. Todo estaba aún allí y yo lo veía alejado, perdido para siempre. El tren no sabía de poesía. Cuando llegase a Dakar para tomar la ruta de Mauritania que me conduciría a Agadir, serían otras gentes y otros climas los que me estaban esperando. El desierto y sus caravanas de camellos; los pozos, el moro. Pero Africa se alejaba con aquel viaje.

Al llegar a Kita ya habíamos dejado atrás grandes extensiones de «selvas prohibidas». Unas decenas de kilómetros más allá, cerca de Toukoto, pasamos sobre el río Senegal... ¡Adiós, Níger, mi tenaz compañero de viaje! Allí comenzaba otro coto de reproducción o conservación de especies que llegaban hasta los saltos de Billy. Africa seguía corriendo bajo los hierros redondos del tren, que parecía tener ansia por llegar. Aldeas, poblaciones grandes como Badoumbe, Bafaulabe. El Senegal siempre a nuestra mano corriendo a otro lado de la carretera que iba para lo a la línea del ferrocarril, como antes corrió su hermano de aguas. Selvas, caídas del

río, algunas que no veía, pero que el sordo rumor de las aguas al desplomarse denotaban su existencia. Así oí o vi los de Félou, los de Papara, cerca de los arrabales de Kayes, lugar en que el tren daba una amplia curva para dirigirse ya directamente hacia el Oeste. Nales, Goudiry, Bala, Cotiari, ya todo igual, fatigante a veces por lo repetido, visto desde el ángulo de una ventanilla casi burguesa. Estaba cansado y la llegada a Tambacounda (donde pararíamos dos horas después de veinte de viaje casi ininterrumpido) fué un alivio. Me pude lavar, comprar algunas vituallas y, sobre todo, tomar una Coca-Cola bien fresca que mi cuerpo agradeció. Luego me senté en el restaurante que la Compañía Internacional de Wagons-Lits tiene próximo a la estación.

PITANDO HACIA DAKAR

Me dijeron que aquellos lugares eran ideales para la caza, ya que, próximo a la capital, estaba el Parque Nacional de Niacolc-Koba. En sus alrededores o en su interior viven las tribus «bassari», que cazan magistralmente con arco, van prácticamente desnudos (a pesar de su proximidad con la costa civilizada. Sin más salvajes que los «peuls», por ejemplo, dejados de la mano de Dios en el interior del Continente), y sus ceremonias religiosas tienen a veces algo que ver con los crímenes rituales. La mayoría son agricultores y demuestran poco interés por los adelantos técnicos que les ofrecen los europeos.

El pito de la máquina me llamó, y unos minutos después estaba de nuevo sentado frente a aquel notable «oulof». En el tiempo que llevábamos de viaje no cesó un instante de mirar al exterior, como si también él fuese un extraño en aquellas regiones. Pensé que era la primera vez que viajaba en tren, y el paisaje, aunque de sobra conocido por ser se-

mejante al suyo, debería de aparecerse con matices nuevos. Exactamente como me ocurría a mí.

Al pasar por Koumpentouni vi en la estación unos carteles de propaganda hechos en París, según los cuales aquella villa era célebre por sus monumentos megalíticos. Kounguel llegó después. En los 80 kilómetros que faltaban hasta la importante urbe de Kafirine la vía sirve de límite a otro bosque acotado. Es aquella otra bella visión de Africa con sus hermosas avenidas o bosques de bambúes, sus típicos poblados hechos de paja y pintados de diferentes colores, sus niños acostumbrados a ver pasar el tren y, como sus hermanos europeos, tirándole piedras a veces; sus fieras y su cielo azul bellissimo.

Diourbel y Thiés fueron las dos únicas ciudades que encontramos antes de arribar a Dakar. Rufisque, que también es importante, está sólo a 30 kilómetros de la capital del Africa Occidental Francesa, me resultó, después del largo viaje, una especie de arrabal. Sin embargo, aún debimos rodar tres cuartos de hora, que se hicieron interminables, antes de que el tren se detuviese en los andenes de ese punto de reunión de barcos y aviones que se llama Dakar.

Salí a la calle y tomé el primer taxi que encontré. El conductor negro y con chilaba conocía bien la ciudad, y poco después estábamos pasando ante el hipódromo siguiendo la avenida Pasteur, que es donde vivía un conocido mío.

En su casa, mirando las olas que se estrellaban contra el Cabo Manuel, o tomando la sombra en la piscina Olímpica, pasaría dos días. Serían suficientes para repasar mis notas y alejar mi fatiga, acumulada prácticamente desde que doce días antes salí de Cotunou, en la Costa de los Eclavos.

Josette, ¿qué sería de Josette?



HERMINIO Rodríguez, obrero, hombre alto y delgado, barba descuidada, toma un vaso de vino tinto en el cruce de las carreteras, en el corazón de Ponferrada.

—¿Y decía usted que...?

—Que Ponferrada cada día crece más. Que nadie sabe hasta dónde va a llegar esto de continuar así.

Herminio tiene razón. Entrar en Ponferrada es entrar un poco en el vértigo alocado de la prisa. La villa, descolorida, presenta el típico aspecto de las cuencas mineras asturianas, valga la comparación. Y sobre todo que uno se encuentra de manos a boca con el cosmopolitismo, no se vaya a creer. Pasan por las calles carros con carbón; llegan constantemente a la parte sur de la ciudad trenes cargados de mineral de hierro; por el cielo hay humo. Sin embargo, Ponferrada es una villa llena de hoteles, algunos de ellos tan elegantes que los porteros están al a puerta con librea y con manos enguantadas en lo blanco. Las fondas, las casas de comida, llenan todo el casco urbano. Y es que Ponferrada es el epicentro, el ombligo de las industrias más importantes de León, esa provincia española que ha conseguido en pocos años dar un salto fabuloso en lo que respecta al progreso y la producción. Basta decir que el crecimiento de León se debe a que es empujada, no por la industria de la capital, sino por el conglomerado de las nuevas industrias que jalonan la provincia y en la que ocupa un lugar prominente la villa de Ponferrada.

Por eso el aumento de habitantes en Ponferrada es continuo ya que se necesita más personal para el rendimiento de la Central Térmica y de los cotos «Wagner» y «Vivaldi» de yacimientos de hierro. Herminio Rodríguez está asombrado el hombre. Ya pasa de los cuarenta años; tiene dos hijas, y él, que vió durante años a Ponferrada, sumida en la calma de lo provinciano, ahora se espanta un poco al considerar en frío el incremento que va tomando todo.

LA VIDA Y LA ESPERANZA

—Y además que por aquí pasa todo el mundo. Pasan los camiones de la ruta del pescado. Pasan los gallegos que vienen a las ferias; pasan...

En los bares principales de Ponferrada las muchachas jóvenes van solas a tomar el aperitivo, y se sientan allí y charlan con las amigas y da no sé qué ver todas las mesas ocupadas por las mujeres mientras los hombres van cada uno por su lado, y si acaso se amontonan cerca de la barra.

—¿Aquí siempre ocurre lo mismo?

—Desde hace poco, sí. Supongo que será influencia de la capital. No, si cuando yo le digo que no sé dónde vamos a parar...

PONFERRADA ENTRE EL
CARBON Y EL HIERRO
EL EPICENTRO INDUSTRIAL
DE LA PROVINCIA DE LEON
UN SALTO SORPRENDENTE EN EL
PROGRESO Y LA INDUSTRIALIZACION

—Oiga usted, ¿y qué industrias hay por aquí?

Herminio Rodríguez me mira como si yo hubiera venido de otro mundo. Luego comienza a decirme que Ponferrada es un caso aparte. Que nada de presu mir de tiendas, ni de fábricas de alcohol, ni de esto o lo otro.

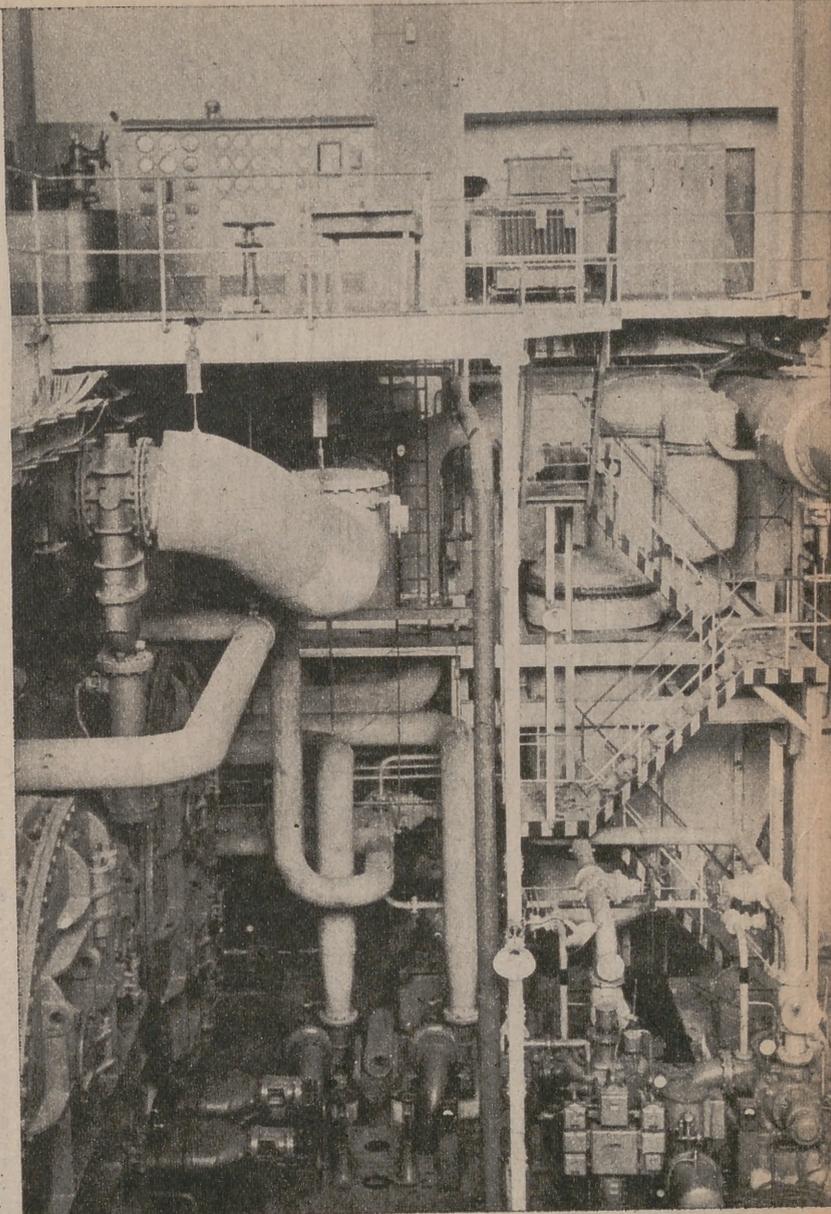
—Aquí hay cosas muy grandes, enormes, y si no, vaya usted camino arriba y a dos kilómetros encontrará la Central Térmica. Y luego vaya usted al coto «Vivaldi» y ya verá a los hombres trabajar sin descanso cara al cielo. Y dese usted un paseito por «Wagner», el otro yacimiento de mineral de hierro.

Ponferrada, como casi todas las villas importantes españolas que han adquirido potencia económica, tiene dos caras perfectamente delimitadas. Quiero decir que hay parte vieja y parte nueva. La parte nueva, ya lo dije, es cosmopolita. Guardias de circulación, señales de tráfico, orden al cruzar las calles, cines elegantes iluminados por el neón... La parte vieja es más sombría, con sabor de otros tiempos, claro. Hay que cruzar un pequeño puente, por debajo del cual se arrastra un río lento y no crecido, y después se encuentra uno con callejuelas que a veces pierden su continuidad para dar paso a escaleras, y más tarde aparece ante los ojos, cómo no!, la plaza amplia y de soportales que en tiempos idos era el emporio de la vida y del paseo matinal dominguero, para el lucimiento de los vertidos de las damas pudientes.

Ponferrada, a primera vista, parece una villa construida con prisa, con aliento apresurado, como si los arquitectos no le dieran importancia a la belleza de los edificios y buscaran, ante todo, un ritmo de trabajo y de esfuerzo.

NO VIVE DE RECUERDOS

Ya va siendo costumbre esto de los contrastes acentuados en la provincia de León. En Ponferrada, donde preparan el pulpo con pimentón, aceite crudo y buena cantidad de ajo, un poco a la salida. Este se encuentra la mole del antiguo castillo de la Orden de los Templarios; pero no se vaya a creer que Ponferrada viva de recuerdos, porque a dos kilómetros, siguiendo una carretera zigzagueante, hay otro castillo menos turístico, pero mucho más práctico y necesario. Si, señor; es el castillete de la central térmica. Es la consecuencia de la creación de la Empresa Nacional de Electricidad, allá por junio del 44, que depende del I. N. I., para la creación de centrales térmicas y de transporte de energía eléctrica, dotada en principio con un capital de 137 millones de pesetas. Y así, E. N. E. S. A. inició en Ponferrada sus trabajos en 1947 y ha construido la térmica con una potencia de 166.000 kilovatios, en tres etapas; la última, precisamente, está desarrollándose en el presente año. Esto de 166.000 kilovatios puede que sólo sirva para los técnicos; pero bien nos entenderemos todos si se añade que la térmica de Ponferrada puede

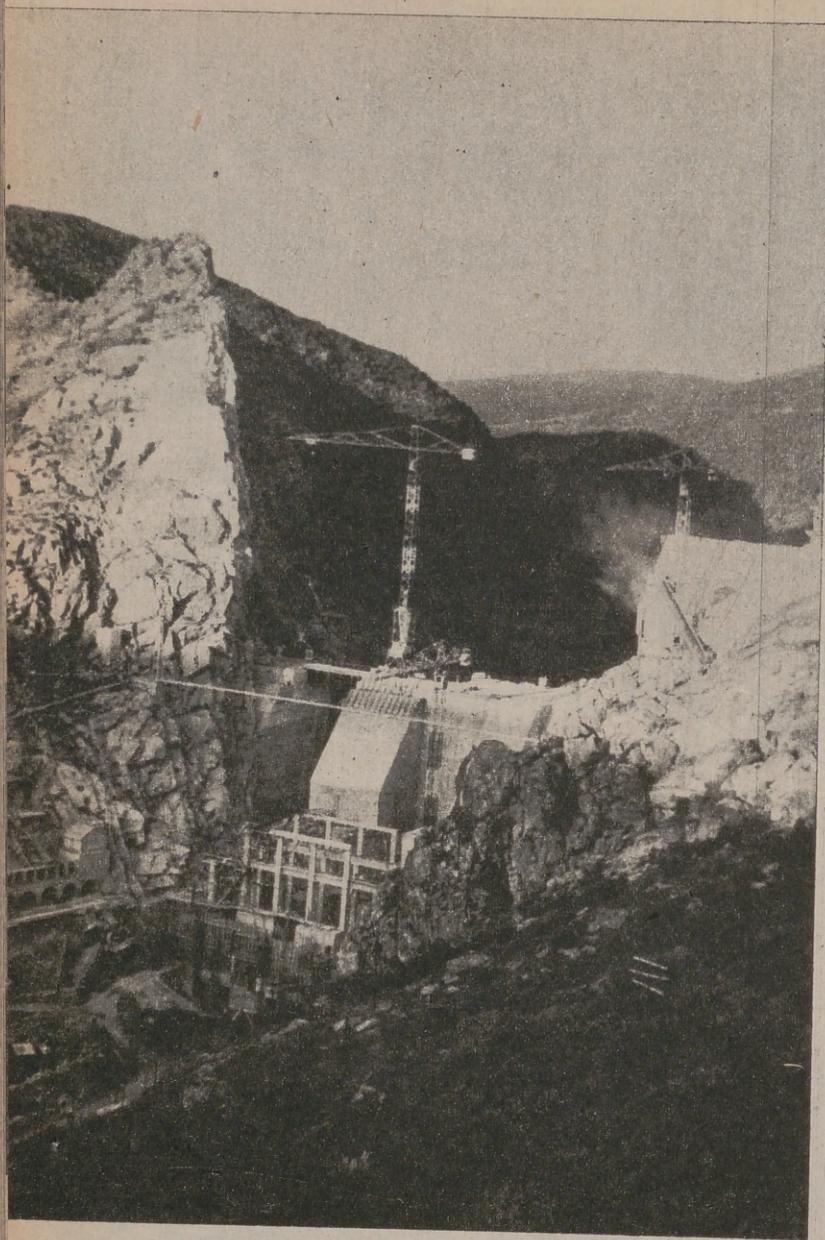


tranquilamente abastecer una población como Madrid, de dos millones de habitantes, por aproximadamente más todavía. Esto de las térmicas presenta las sorpresas a cada paso. Se ve una serie de maquinarias que aplastan, un conjunto que le pone a uno los pelos de punto, y cuando se profundiza, uno se admira al enterarse de que para manejar todo esto sólo son necesarios doscientos cincuenta hombres, divididos en cuatro grupos: eléctrico, calderas y máquinas, abastecimiento de carbón y conservación.

SIEMPRE EN FUEGO

Ahora, eso sí, lo que espanta es la producción diaria: dos millones de pesetas limpias, con lo que se llega a la conclusión de que una central como ésta se puede amortizar en diez años. Claro que aquí todas las cifras se tapan con el paraguas de lo milagroso o, por mejor decir, de lo astronómico. Un turboalternador—y aquí hay cuatro—vale 90 millones de pesetas; pero también paga en buena moneda su rendimiento, pues tiene una potencia de 50.000 kilovatios. Una caldera pesa 1.500 to-

neladas, y hay ocho, y una caldera de 200 toneladas cuesta 100 millones de pesetas. Y vamos tirando de las cifras. Que en toda la central hay 20.000 toneladas, y estas toneladas bastan para crear un tren con la friolera de 6.600 vagones puestos en fila. Frente a la térmica, separado por una carretera asfaltada, está el parque de alta tensión, que es, sin lugar a dudas, el mayor de España, ya que sirve de interconexión con todas las centrales del norte de España con la región centro, y así tiene una capacidad para entrada o salida de 14 líneas de tensiones de 132.000 y 220.000 voltios. Y aquí confluye la energía de Asturias, de Iberduero, de F. E. N. O. S. A., de Saltos del Sil, de Eléctricas Leonesas y la propia de la Empresa Nacional de Electricidad. Y, claro, con esto resulta que Ponferrada, por mal que se dé y mucho que pase, es la villa que técnicamente nunca puede tener restricciones, lo que no es para echar en saco roto. A la izquierda de la central está el parque de carbón para abastecer las calderas, porque la térmica consume las 2.400 toneladas de



que se hace necesario un paréntesis de espera, muy breve ciertamente, para rescatar el hierro. Y comienza una lucha sin tregua, febril, y el Coto Vivaldi se entrega al ritmo acelerado de combatir con el tiempo. Menos de cuatro años, he aquí el plazo. Y sin embargo, según los técnicos, en cuatro años sólo podrá extraerse la mitad del mineral existente.

El vaso del pantano, dos kilómetros de extensión, tiene un paisaje leve, de chopos y de huertas. Todavía el arado romano por las tierras, y sobre una colina, el viejo castillo de Los Temparios. El filón nace a cielo descubierto en Posada del Río, lo que constituye un hecho completamente nuevo en España. Al principio, el mineral está en la superficie, y sólo es necesario palear y cargar los vagones. Aquí la piedra lleva un porcentaje de 53 por 100 de hierro. Luego se adentra un poco en el subsuelo, arropado por una capa de pizarra, y a 90 metros de profundidad, según los sondeos realizados, el porcentaje se eleva al 58. Los obreros, las palas excavadoras, trabajan sin descanso, sincronizados en un vértigo alocado. De aquí, el mineral pasa a las vagonetas del plano inclinado, calculado para transportar 2.000 toneladas diarias. Como la producción sigue un ritmo ascendente, se ha comenzado a instalar otro plano inclinado de las mismas características. Ya el mineral arriba, sobre la loma, lo recogen los camiones que trepidan por las innumerables carreteras que construyeron 600 obreros en el plazo increíble de dos meses. El ajeteo es constante, y la caravana de camiones sube y baja sin reposo alguno. Hay que ganar tiempo, eso es todo. Un minuto desperdiciado significa mineral de hierro perdido para siempre. Y así se llega al cargadero automático, que está a la orilla del pueblecito de San Miguel de Dueñas. San Miguel, en el breve plazo de dos años, ha cambiado casi radicalmente. La población se ha duplicado. Los campesinos se han convertido en mineros y los terrenos alcanzan un valor que nunca llegó a sospechar el más optimista. Los camiones descargan el mineral en una gigantesca tolva, que a su vez lo deposita en una cubeta de cinco toneladas, y ésta lo sube a lo alto del descargadero. Allí cae por otra tolva al abrirse la boquilla, y una cinta transportadora y distribuidora lo deposita en el cargadero de 2.500 toneladas de capacidad. Todo se realiza de forma automática. Inmediatamente después entran las composiciones y otras tolvas movidas por aire comprimido dejan caer el mineral sobre los vagones. Por este modernísimo método una composición se carga en unos quince minutos. Este mismo trabajo tardarían en realizarlo todo un día 35 obreros. La instalación del cargadero es muy reciente y responde a la consigna sin entrañas de robar tiempo al tiempo. La producción actual diaria es 4.000 toneladas, y se espera en el plazo de meses alcanzar 6.000. El primer tren partió de la estación de San Miguel de Dueñas el 25 mayo de 1955. Una vez cargada una composición se aparta en una vía muerta y entra en el cargadero otra fila de vagones

carbón diario cuando funciona a plena carga, y por esto no parece extraño que existan dos trenes de propiedad de la central para el transporte del carbón con enlace directo con el ferrocarril minero. Este parque de carbón ha llegado a almacenar 200.000 toneladas, suficientes para el trabajo ininterumpido de cinco meses. La grúa de este parque, a la que se la ve en una fotografía vomitando carbón, pesa, junto con el puente, 75 toneladas. Y como consecuencia de la creación de la térmica, a pocos pasos ha nacido un poblado, con una limpia avenida por la que crecen los nogales arrimados a jardines estupendos. Y en el poblado viven 150 familias, todas del personal de servicio y explotación de la central. Y hay una iglesia y cuatro escuelas, y almacenes y tiendas de comestibles, y bares e instalaciones de piscinas, y campos de fútbol y de baloncesto. Y un autocar, que pasa a las horas menos cuartos, lleva a la gente gratis hasta Ponferrada. Todo esto se ha conseguido a costa de la vida de seis hombres, que cayeron en acto de trabajo en un lapso de diez años.

EL RESCATE DEL HIERRO

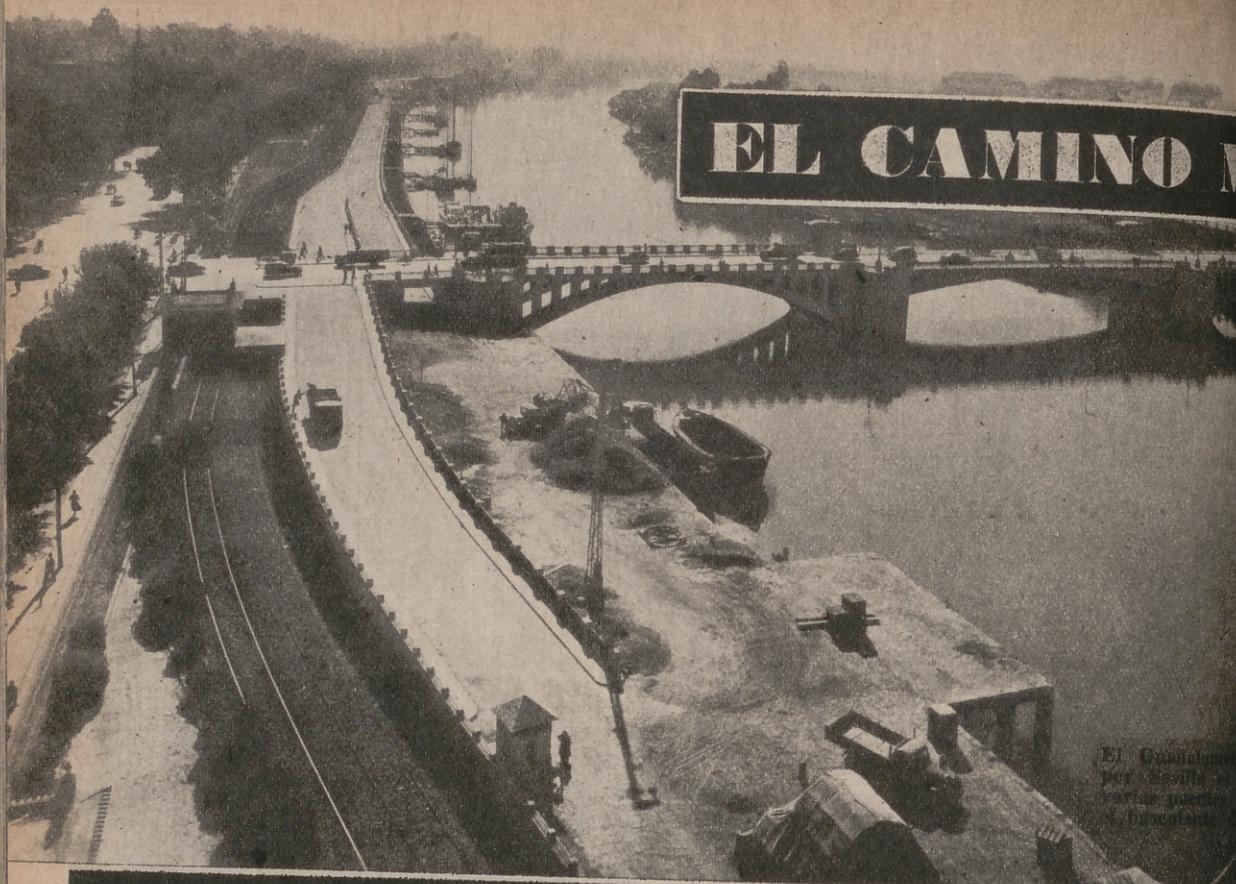
A poco más de una docena de kilómetros de Ponferrada se ha construido el pantano de Bárcena del Río, con la doble misión de regadío y de refrigeración de la Central Térmica en proyecto, que llevará el nombre de Compostilla II. El único problema, al principio, lo constituía la desaparición del pueblo de Posada, tributo inevitable al progreso, problema que fué salvado construyendo un nuevo poblado en Dehesa para los habitantes de Posada. Pero un buen día, de súbito, se descubre un inmenso yacimiento de mineral de hierro, situado en el vaso del pantano, precisamente donde todo quedará cubierto por las aguas. Diez millones de toneladas de hierro, en un filón de ocho metros de anchura, que comienza al aire libre y que se arrastra por el suelo a lo largo de 70 metros. Y sufre el problema escalofriante. Las compuertas del pantano, irremediablemente habrían de cerrarse en plazo breve, porque así lo exige el plan de industrialización. Y, por otra parte, la riqueza del mineral es de tal consideración

vacíos. Todo es alucinante. Se pretende variar el pantano de su fabulosa riqueza enterrada, pero queda la incógnita y la preocupación de que el plazo concedido es demasiado breve y que habrá de sacrificarse, por lo menos, la mitad del yacimiento. Y surge de nuevo la interrogante: ¿Pantano o mina de hierro? Queda en el aire esa lucha apasionada contra el correr del tiempo.

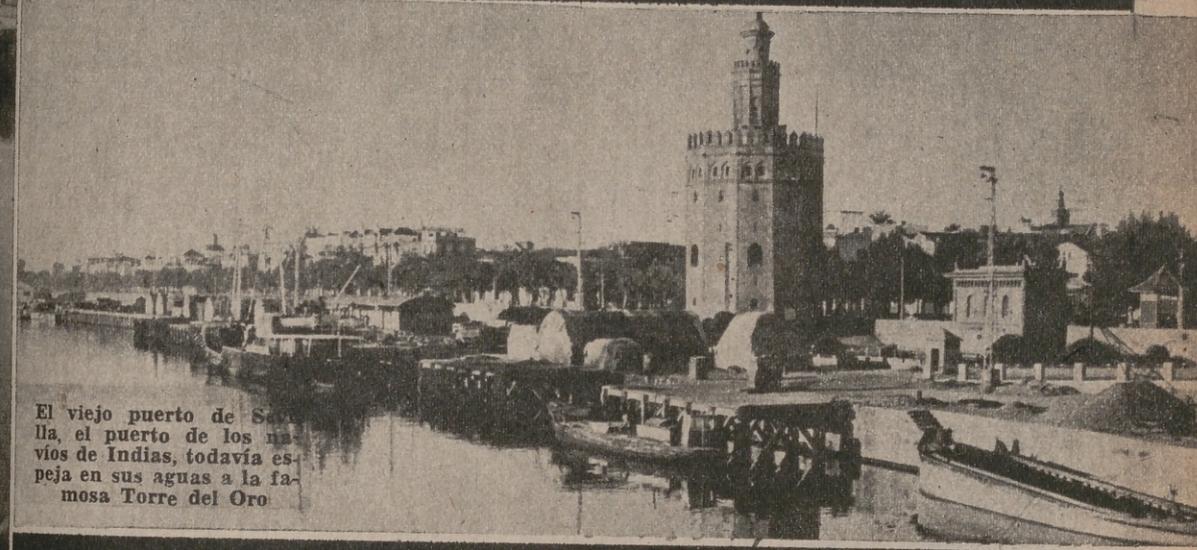
SOBRECARGA EN LAS LINEAS.

Hay un grave problema que plantean los trenes cargados con mineral de hierro en la estación de Ponferrada. Hoy día existen dos importantes yacimientos de mineral en León: «Wagner» y «Vivaldi». Los dos aumentan aceleradamente el ritmo de extracción, empleando la maquinaria más moderna y el personal más especializado. En la actualidad, los dos cotos llegan a la cifra de dos mil quinientas toneladas diarias, y se da el caso de que esta cantidad sale muy difícilmente de Ponferrada debido a que las líneas ferroviarias están sobrecargadas en extremo. Este es el principio del problema, que adquiere carácter dramático en cuanto se examinan algunas cifras. En efecto, Vivaldi tiene un programa mínimo de extracción para noviembre de cuatro mil toneladas diarias, y la misma cifra, aproximadamente, espera alcanzar para tal fecha el coto «Wagner». ¿Qué sucederá entonces con ocho mil toneladas diarias, si ahora no se consiguen embarcar apenas las dos mil quinientas? El problema, de por sí, es pavoroso, y más si se tiene en cuenta que la exportación del mineral de hierro a Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y Bélgica deja cuantiosas divisas y no puede interrumpirse bajo ningún concepto sin riesgo de perder tan valioso mercado, que, por otra parte, pide de continuo el incremento de exportación, y existen países, como Suecia y Nueva Escocia, a los que no se puede atender por falta material de composiciones. Hay, pues, que prestar la máxima atención a la dificultad que existe: el transporte ferroviario que situará los minerales en puerto de embarque. Hay referencias extrañas que van desde supresión de composiciones ya autorizadas por el Estado hasta rebajar el número de vagones establecidos, veinte, a la cifra de diez. Para subsanar todas estas deficiencias, que ponen en peligro una fuente permanente de ingresos, se ha lanzado una serie de sugerencias que resumimos: Que la Renfe dedique especial atención a la séptima zona; que se desvíe la ruta de los trenes expresos, pescaderos y ganaderos por el ferrocarril Zamora-Orense-Vigo; que se dé preferencia a las composiciones de mineral de hierro; que se considere la posibilidad de enviar mineral por la línea férrea León-Gijón, y, por último, examinar seriamente el proyecto de construir un medio de embarque directo hasta Avilés, dado que la distancia al puerto asturiano es mucho más corta que la distancia a Vigo. Todo esto se estudia actualmente por los técnicos y está a punto de resolverse. **Pedro Mario HERRERO**





EL CAMINO MAS BARATO HACIA EL MAR



El viejo puerto de Sevilla, el puerto de los navíos de Indias, todavía espeja en sus aguas a la famosa Torre del Oro

UN RIO PARA SEVILLA

DESPUES de pasar bajo los arcos del puente de Triana, sin prisas, para recrearse y espejar en sus aguas la Giralda y la Torre del Oro, el Guadalquivir llega a la vasta zona de las marismas. El río, sin fuerza en la llanura, cansado de atravesar media Andalucía, deja entonces entrar por su curso las aguas del océano, trocándose en ancha ría de más de ochenta kilómetros, navegable durante la pleamar.

Toda la marisma es cruzada por el Guadalquivir. La enorme planicie sin un árbol y casi sin un alma ve rota su monotonía por la vena lenta del río y las de sus otros brazos menores y afluentes. En ellos abrevan las manadas de toros bravos y las bombas hidráulicas de los plantíos de algodón y arrozales, tierras también yermas hace sólo unos años y que cada otoño ven ganar hectáreas para el arado, conforme se cumplen las etapas de saneamiento de esta vasta zona infecunda de España.

En invierno, la marisma presenta un aspecto impresionante. Los caños de desagüe no dan abasto durante la bajamar para verter al Guadalquivir tanta agua caída del cielo. Empantanada toda, la marisma aparece como un vasto mar en calma de superficie lechosa, como si volviera a sus días lejanos en que toda ella fué fondo del gran Lago Ligur, cruzado en la remota antigüedad por las naves de los casi fabulosos tartesios.

Pasadas las lluvias el paisaje cambia bastante. El ancho curso de la ría resalta entre las tierras resacas, henuas a plano por el duro sol, naciendo en sus riberas franjas de césped y pastizales en contraste con los sarmentosos ma-

tujos, que puntean de la sedienta llanura. El cielo deja ver hacia el Este de colinas, de tierras de señalan el término de la Algaída y los bosques de ro real del Coto Doñoro hacia el Norte y Panad. Sólo marisma, tierra resaca, téril hasta donde alcanzan la llanura inmensa que se

lejanía con el cielo en una línea difusa de nieblas

UN BARCO EN UN MAR DE TIERRA

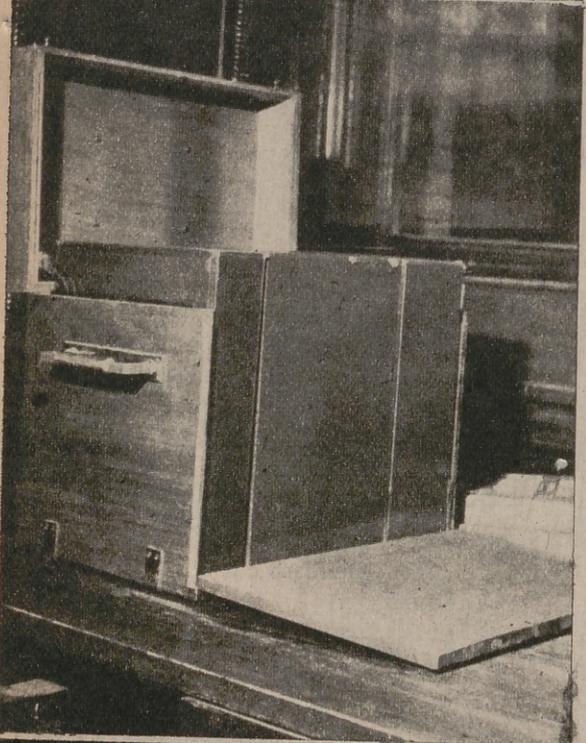
El impresionante silencio de la marisma es roto de tarde en tarde por sonidos extraños. A veces es una bandada de patos salvajes a baja altura, sabe Dios con qué rumbo; otras, el mugido lejano de un toro solitario o la voz perdi-

da de un mayoral; de vez en vez, se deja oír el eco largo y triste de la sirena de un barco.

Cuesta un poco creer lo que ven los ojos. A pie en la marisma, los varios cientos de metros del cauce del río desaparecen tragados por la tierra. No hay más que tierra en derredor, en raya plana y obsesionante. Sin embargo, la columnita de humo está allí. Poco a poco se va haciendo mayor y poco a poco se perfila la silueta de

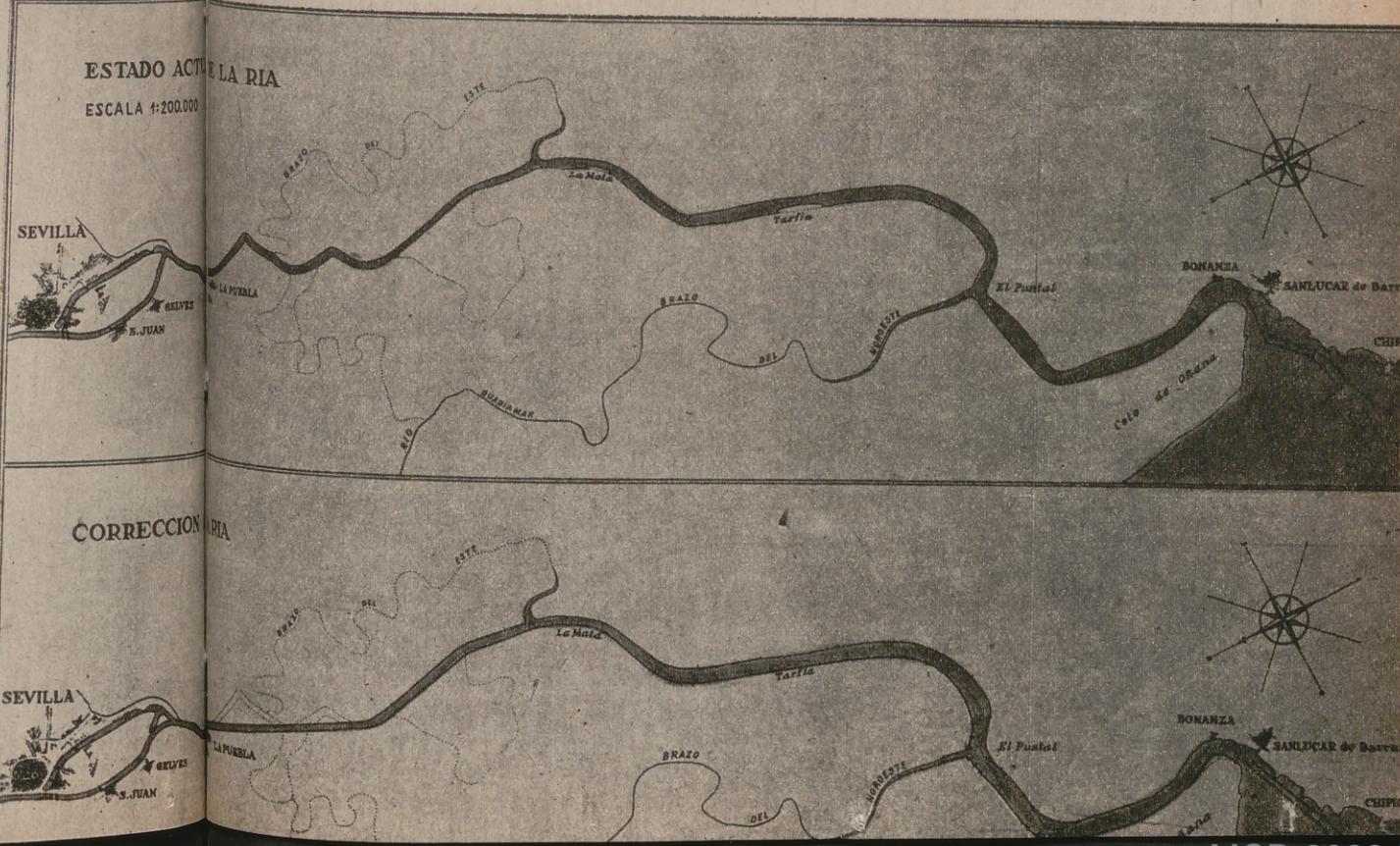
un barco. Un rato después el buque está enfrente. Como dice un poeta del país, parece que va tamente navegando por la llanura.

Ya pasa. El murmullo sordo de sus caldera se deja oír en la soledad del campo. Se oye el chapoteo del agua, el romper ciego de la proa en las aguas calmas de la ría y los remolinos de la hélice. Detrás, la estela; las olas en abanico, al mismo paso que el buque, rebosan en la baja ribera za-



Una gran arqueta contiene los planos del vasto proyecto del canal lateral del Guadalquivir

La primera solución de corregir el Guadalquivir



randeando peligrosamente las pequeñas lanchas de los criacheros los casi únicos pobladores de estas tierras, que se ganan la vida pescando sabrosas lisas y grandes esturiones con caviar en las entrañas.

El buque sigue su ruta, se aleja. En su popa todavía se aprecia el ir y venir de los marineros bregando con sus trajines de un lado para otro, y hasta parecen oírse sus voces. Poco después vuelve a ser un punto oscuro en el horizonte, una columna de humo negro moviéndose muy lentamente en la tierra. En el río ha renacido la calma; las aguas han vuelto a tensarse, vibrando sólo en la superficie nerviosamente las manchas azulinas de las corrientes internas que afloran, unas de agua dulce y otras de la mar.

El barco que acaba de pasar no es desde luego un navío pequeño. Hasta el puerto de Sevilla pueden llegar incluso los de 3.000 toneladas a plena carga, con la ría llena completamente en la pleamar. Pero en la marea baja, los ochenta y cinco kilómetros que enlazan con el océano a la capital de Andalucía se convierten en camino imposible incluso para la navegación de pequeño cabotaje.

SE TRIPlicARÁ LA NAVEGACION POR EL GUEDALQUIVIR

Los barcos, actualmente, han de aguardar horas y horas en la barra de Sanlúcar de Barrameda o en el puerto de Sevilla, la llegada de las aguas del mar para poner en marcha sus hélices. Este retraso en las derortas de los buques se ha agudizado bastante en los últimos años con el aumento de unidades de gran porte y mayor calado en la Flota nacional. Hoy día, sólo el cuarenta y dos por ciento del tonelaje de la Marina mercante española puede navegar por el Guadalquivir.

Por otra parte, la puesta en regadío de extensas zonas de la cuenca del Guadalquivir y el constante incremento de la producción agrícola e industrial de las provincias de Córdoba y Sevilla ha hecho aumentar considerablemente el volumen de mercancías que

buscan la salida al mar por la ruta fluvial más larga de España.

Y precisamente los barcos de gran tonelaje, los que pueden brindar fletes más reducidos, se ven privados de acercarse a Sevilla por impedírsele el calado del río, que incluso en la pleamar no llega en algunos puntos a los 6,25 metros. Para remate de dificultades, la puesta en vigor de los planes intensivos de industrialización y electrificación de las provincias de Jaén y Badajoz, ambas en plena área de influencia del puerto de Sevilla, en un futuro de pocos años recargarán a éste de mercancías necesitadas de transporte barato. Al no poder el río darles salida, habrán de verse obligadas a tomar rutas terrestres menos baratas, con el consiguiente perjuicio para la economía nacional.

Los técnicos calculan que en un plazo relativamente corto el puerto de Sevilla habrá aumentado el tráfico de mercancías de un volumen global de 1.200.000 toneladas anuales hoy día a 3.700.000, lo que representa una cifra más de tres veces superior.

Salta a la vista que se impone la tarea de aumentar el calado del río y hacerlo navegable incluso en horas de la bajamar para unidades de no tanto calado.

Animado de esta idea, el competente ingeniero español don José Buiza y Fernández Palacios, un sevillano que se sabe palmo a palmo su río y que actualmente desempeña la dirección de la Junta de Obras del Guadalquivir y Puerto de Sevilla, se lanzó hace unos años al estudio de este grave problema que afecta a una gran parte del territorio nacional. Buscó la colaboración de un hombre joven, el también ingeniero don Fernando Rodríguez Pérez, y juntos iniciaron los primeros trabajos.

NUEVE METROS DE PROFUNDIDAD

Lo primero que pusieron en claro los estudios de los dos ingenieros fué la profundidad ideal para la ría de Sevilla. Nueve metros fué la cifra obtenida, tras examinar un sin fin de datos de la más diversa índole, desde los tantos por ciento de buques que frecuen-

tan actualmente el puerto de Sevilla hasta los calados medios y máximos de las Flotas mercantes española y mundial.

De ser profundizado el Guadalquivir hasta esos nueve metros, Sevilla estaría abierta para casi el noventa por ciento de los buques de todas las banderas y para el noventa y cinco por ciento del tonelaje nacional.

Por otra parte, los estudios y cálculos pusieron de manifiesto que no resultaría rentable aumentar ese calado ideal, ya que se elevarían considerablemente los gastos de las obras sin más resultado que el hacer viable la ría a un número reducido de barcos.

Fijado, pues, el calado del Guadalquivir, los dos ingenieros estudiaron la posibilidad de aumentar la profundidad del cauce actual. La primera dificultad surgió al comprobarse por detenidos cálculos que las sedimentaciones en el fondo de tierras arrastradas por el mayor volumen de aguas en la ría profundizada, no podrían ser extraídas rápidamente en ciertas épocas del año, principalmente durante el régimen de avenidas. Esto representa tener que cerrar el puerto durante ciertos meses del año, o bien mantener una gran flota de dragas con unos gastos enormes para restaurar rápidamente el calado ideal que se le diera al cauce.

Pese a estos enormes gastos no existiría nunca la certeza de que se dispondría siempre de la misma profundidad mínima, en todos los puntos de la ría, al menos durante los cuatro o cinco meses después de las frecuentes crecidas del río.

Para colmo de dificultades, los ingenieros llegaron a la conclusión de que, en el caso de ser profundizado el Guadalquivir hasta los nueve metros, las posibilidades de depositar en las márgenes las dragas los materiales extraídos del fondo se agotarían a los pocos años de trabajo. Una vez que el río tuviese sus riberas convertidas en enormes montículos de tierra, no existiría otra posibilidad sino transportarlos en grandes barcazas hasta el mar, con el consiguiente aumento de gastos.

OTRA IDEA: CORREGIR LA RIA

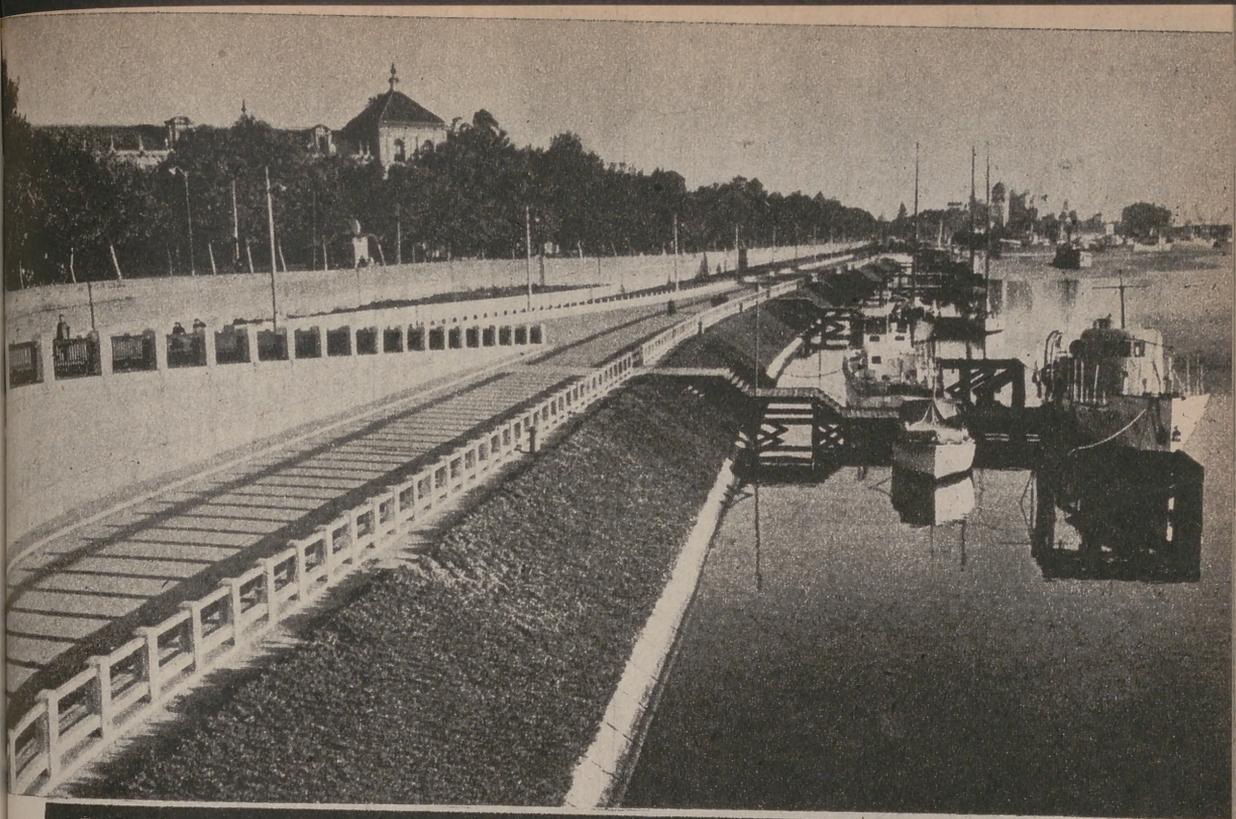
La fórmula inicial que se encontró para reemplazar el ruinoso proyecto de canalizar el cauce actual del río fué la de corregir la dirección de la ría en algunos puntos difíciles para la navegación, dragándola toda ella hasta los nueve metros citados y construyendo en muchos lugares de sus márgenes muros de contención.

Para este vasto plan fué preciso partir de un concienzudo estudio sobre el terreno. Hubo de disponerse de un mapa completo de la ría puesto al día, ya que los que existían se referían a años anteriores, con las consiguientes diferencias con la realidad dado el constante movimiento de arrastras que experimenta en sus márgenes y fondos el río.

Los estudios emprendidos con esta idea merecieron el aplauso de todos los ingenieros y peritos que tuvieron conocimiento de los mismos, ya que constituyen algo



El puerto de Sevilla tiene una vasta zona de influencia. La provincia de Badajoz, Cáceres, Jaén, Córdoba, además de la propia, entran íntegramente en su área.



El moderno puerto sevillano tiene instalaciones para diversos tipos de buques. Este es el muelle de turismo

totalmente inédito revelador de interesantes leyes hidráulicas.

Una vez conocido el exacto régimen de mareas de la ría en sus diversos puntos, la fuerza de las corrientes y otros no menos importantes datos, los ingenieros llegaron a unas conclusiones provisionales, dado lo complejo de las corrientes del Guadalquivir.

Sin embargo, una cosa estaba clara. Lo esencial de las obras que habría que emprender consiste en efectuar una corta desde el poblado de La Puebla hasta el lugar denominado El Mármol, encauzar mediante largas paredes y obras de defensa parte de las márgenes, anchar los «codos», haciéndolos más fáciles para las maniobras de los buques, suprimiendo

además las antiguas islas fluviales de Tarfia y La Mata.

Además se reformarían las actuales obras de desagüe de las marismas y se construiría en Sevilla una esclusa gemela a la actual de Tablada, que tiene por misión mantener el nivel constante en las aguas del puerto.

Cuando se echaron números al proyecto, la cifra hizo mover en sentido negativo la cabeza a los ingenieros. Más de mil quinientos millones de pesetas, sin contar con el aumento de los gastos de conservación de fondos sobre los que actualmente se realizan.

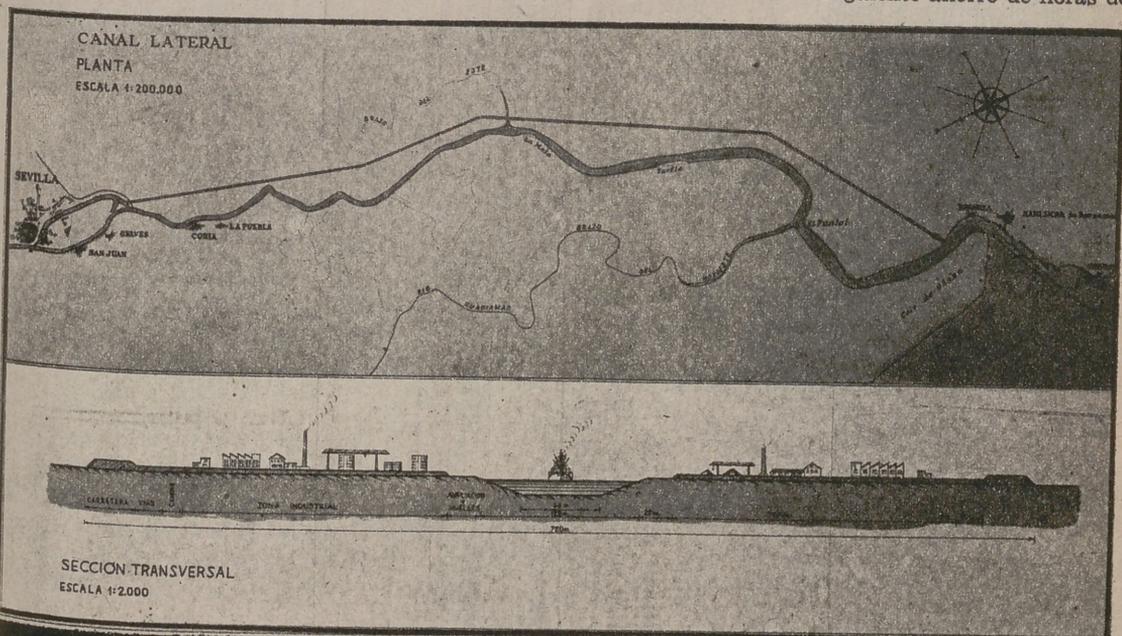
LA SOLUCION CLAVE

La solución clave surgió pronto.

Durante el curso de los trabajos de planificación para el estudio de la anterior solución el ingeniero don José Buiza realizaba frecuentes visitas a las zonas en estudio. Obsesionado como estaba en la idea de hacer el Guadalquivir navegable sin dificultades hasta Sevilla, un día tuvo una idea feliz contemplando la inmensa llanura de la marisma, casi a ras de la ría durante la pleamar.

—¿Y si abriéramos un canal recto por la marisma?—se dijo.

La idea era arriesgada y apasionante. Aun en el caso de que resultara más costosa que el proyecto de corregir la ría, siempre tendría la ventaja de un enlace recto entre Bonanza y Sevilla, con el consiguiente ahorro de horas de



La solución clave para el Guadalquivir es el canal lateral. Setecientos veinte metros a lo largo de 65 kilómetros llevarán la riqueza y prosperidad a una vasta zona de la Península

viajes y gastos en los barcos. Además no sería necesario excavar en todos los puntos los nueve metros señalados, ya que la propia tierra extraída podría hacer de muro de contención, siempre que en la desembocadura se instalara una compuerta que mantuviera las aguas al mismo nivel que en Sevilla.

—¿Y por qué ha de resultar más costoso el canal lateral que la corrección de la ría?

Las cifras serán las que hablen. Al instante comunicó el señor Buiza la idea a su colaborador, a quien desde el primer momento pareció excelente. Poco después comenzaron a trabajar sobre ella.

Hubieron de empezar otra vez por el principio. De buenas a primeras los dos ingenieros se vieron abordando una obra totalmente inédita en nuestra Patria, de casi tanta envergadura como el canal de Suez o Panamá.

Y tras unos meses de trabajo intensivo, en la Dirección General de Puertos del Ministerio de Obras Públicas de Madrid se recibió un día una caja de madera barnizada de casi el tamaño de un baúl antiguo, de aquellos llamados «mundos». En la tapa, grabado en metal, se leía: «Anteproyecto de mejora de la vía marítima de acceso al puerto de Sevilla».

Dentro, como en una pequeña estantería, ajustaban perfectamente las carpetas y legajos conteniendo los mapas y planos del canal más ambicioso que jamás se imaginara para las tierras de España, si se exceptúa aquella idea descabellada de hacer navegable el Manzanares hasta Lisboa.

DE BONANZA A SEVILLA, 65 KILOMETROS

Fijado el calado del canal en nueve metros por las razones señaladas, el proyecto del canal lateral del Guadalquivir fija un metro más de profundidad como margen de seguridad para las quillas de los grandes navíos.

Con esta idea base, su trazado ha sido hecho por la margen izquierda del río, ya que la derecha ofrece serias dificultades, que obligarían a la construcción de dos costosas esclusas para el cruce del canal con la ría, entre otros se rios inconvenientes.

Como en toda la extensa zona de las marismas del Guadalquivir no existen poblados ni vías de comunicación importantes, el trazado ha podido ser hecho atendiendo sólo a sus propias conveniencias. Cuatro grandes rectas, unidas por curvas de gran radio, ponen en comunicación el puerto de Sevilla con las aguas del Atlántico, con una longitud total de sesenta y cinco kilómetros, justamente diecisiete menos que en la actualidad.

En las proximidades del puerto de Bonanza una esclusa mantendrá fijo el nivel de las aguas, que será justamente de dos metros y medio sobre el del mar, nivel que ha sido fijado tras una serie de complicados cálculos, ya que, como puede suponerse, cuanto más alto sea menos es la profundidad por excavar, aumentando el coste de las esclusas, y al revés.

Además al proyectado canal no

le conviene tener grandes pérdidas de agua en cada esclusada, porque ello daría origen a corrientes que dificultarían la navegación y producirían sedimentos en los fondos.

Las esclusas emplazadas en las proximidades del puerto de Bonanza serían similares en esquema a las utilizadas en el canal de Panamá, con unos grupos de bombas para llenarlas de agua de mar, a fin de ser mínimas las pérdidas del canal.

Finalmente, el proyecto de los ingenieros Buiza y Rodríguez determina también con todo detalle la anchura de la vía de agua artificial. Sesenta metros será su ancho, de solera, lo que representa ciento veinte en la superficie, ya que los taludes en las márgenes habrán de tener una inclinación suficiente para evitar todo peligro de derrumbamiento.

Los beneficios que el canal traería a Sevilla y a toda la vasta zona de su puerto serían realmente incalculables. Las cifras provisionales señaladas por los técnicos han sido fijadas por defecto y pensando siempre en los mayores imprevistos. Aun así, se estiman en más de mil ciento tres millones de pesetas los ingresos que se obtendrían en la Aduana y Junta de Obras del Puerto de Sevilla en concepto de exceso sobre las mercancías en tránsito hoy día.

La esclusa de Tablada, actualmente en servicio a la entrada del puerto para mantener un nivel constante, una vez realizado el canal quedaría inútil. Para salvar esta contingencia los ingenieros han estudiado su transformación en dique seco mediante unas sencillas obras, lo que representa el imprevisto regalo de no menos de cuarenta millones de pesetas.

Sin embargo, esto apenas es nada ante los beneficios que a las provincias enteras de Sevilla, Córdoba, Badajoz y Jaén principalmente traerá el canal. Las tierras del sudoeste de la Península están todas sufriendo una honda transformación en los últimos años. Planes globales de un alcance que es siempre imposible calcular en sus últimas consecuencias, como el Badajoz y Jaén, están ya en plena marcha. Sus frutos, en un plazo brevísimo, se harán sentir sobre toda la economía nacional, esencialmente en nuestra red de transportes. No menos de trescientas mil hectáreas están siendo puestas en regadío en Jaén y Badajoz sobre las que actualmente existen. Además está en marcha la idea de hacer navegable el Guadalquivir desde Córdoba a Sevilla para barcazas de hasta quinientas toneladas. Todo esto representará un aumento de la riqueza nacional que tendrá forzosamente que buscar salida desde Sevilla por el río, el más barato camino hacia el mar.

LA MARISMA, TIERRA DEL FUTURO

Por si todo esto fuera poco, está el deber que tenemos como españoles de recuperar una de las zonas de la Península más yermas y despobladas. Las marismas del

Guadalquivir hasta ahora no han servida para otra cosa sino de cazadero de patos y la cría de toros bravos. Todo esto es muy pintoresco, pero la realidad de la España de hoy se impone. La Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, poco a poco, mediante obras de canalización, va recuperando para la agricultura estas tierras estériles. Cada año las enormes cuchillas en el morro de los tractores arrancan despiadadamente los resecos matujos de la marisma y voltean las salitrosas tierras. Después llegan las apaladoras y las máquinas de rociar abonos, dejando listos los campos para recoger las semillas del algodón, del trigo o del arroz.

Pero el canal lateral del Guadalquivir vendrá a dar un impulso magnífico a estas obras. En el proyecto está incluida la construcción de una carretera y un ferrocarril. Además, lógicamente, al amparo de tan importante camino de buques surgirán en sus márgenes factorías industriales y plantas fabriles. Para ello está previsto la adquisición por el Estado de una faja de doscientos metros a cada lado del canal, lo que representa una superficie a expropiar de setecientos veinte metros a lo largo de sesenta y cinco kilómetros.

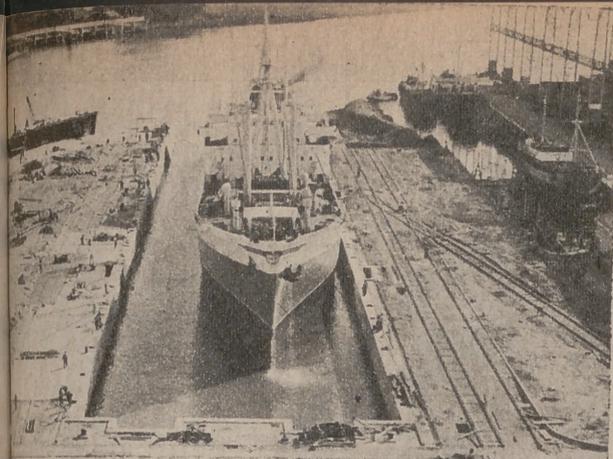
Toda esta inmensa obra tiene, naturalmente, un coste elevado, pero desde luego no inaccesible para el potencial económico español de la hora presente. La cifra de mil ciento sesenta y ocho millones de pesetas, incluida en ella las expropiaciones de terrenos, la construcción del ferrocarril y la carretera, además de mejoras en el puerto de Sevilla por valor de doscientos diez millones, no parece ni mucho menos excesiva si se tiene presente su lógico fraccionamiento en varios ejercicios económicos.

Sevilla y toda la vasta zona de influencia de su puerto interior tienen la urgente necesidad de disponer de una más favorable vía marítima de acceso. Y hoy por hoy no se ve otra solución clara que la del canal lateral del río, que por otra parte ofrece un coste no excesivamente superior a la solución provisional y harto discutible de corregir la ría.

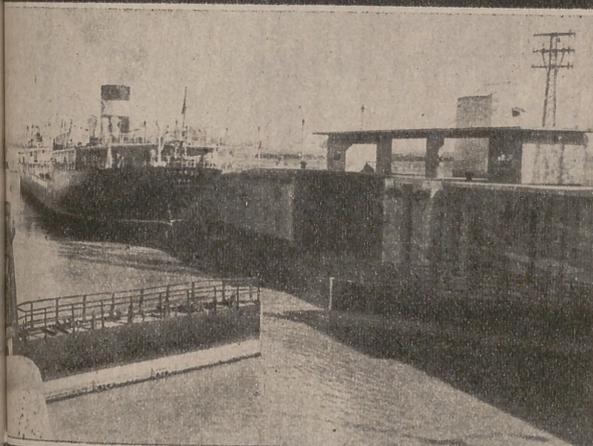
El proyecto está sometido actualmente a informe de los ingenieros de la Dirección General de Puertos. Don Jorge Yigón, Ministro de Obras Públicas, en su reciente viaje a Andalucía tuvo ocasión de estudiar sobre el terreno el magno programa. De ser llevado a la realidad lo que hasta ahora no pasa de ser un detallado y voluminoso anteproyecto, nuestra Patria se colocaría en la misma línea de esfuerzo y valentía de las potencias mundiales que financian las grandes rutas artificiales del planeta, con la diferencia de que en este caso sería nacional no sólo el dinero de la obra, sino los brazos que manejarán las enormes garras de las excavadoras y las tierras sedientas que habría que arrancar.

Federico VILLAGRAN

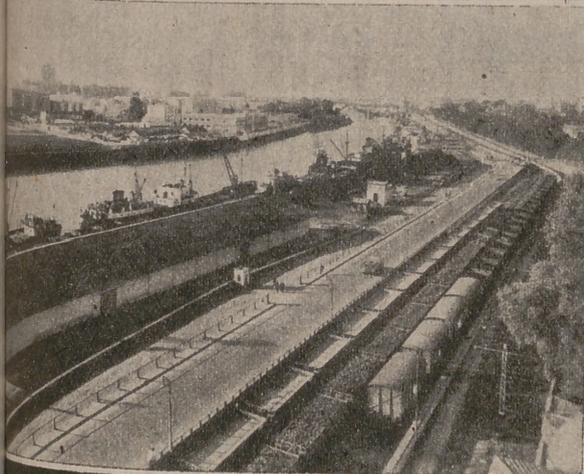
(Enviado especial)



El dique seco del puerto de Sevilla posee capacidad suficiente para buques de gran porte. Las modernas instalaciones portuarias e industriales están acordes con su gran tráfico



La esclusa de Tablada, única entrada al puerto de Sevilla, tiene por misión mantener fijo el nivel de las aguas. Cuando se construya el canal quedará convertida en gran dique seco



El muelle de las Delicias del puerto sevillano registra cada vez más y más afluencia de buques y de mercancías. Se impone la urgente construcción del canal lateral del Guadalquivir



LA VERDAD DE LA MODA MASCULINA 1958

Nuestros Departamentos crean los modelos ajustándose a la Moda, pero siempre de acuerdo con su gusto.

En los trajes para Primavera...

Tonos claros, suaves, con el predominio del "Príncipe de Gales".

PLANTA TERCERA



DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO



Patatrás

NOVELA - Por Eduardo CRESPO

EN los pueblos de Castilla, y en los que no son de Castilla también, toda la gente tiene su apodo; el apodo que es su verdadero nombre: «Y tú, ¿de quién eres?» «Yo soy el hijo del Maño, del Maletas, del Estamperon», y se conocen mejor que si dijieran que es el hijo de Gumersindo Alvarez, porque si lo dice tendrá que añadir después: «El hijo de Gumersindo Alvarez, el «Zambomba».

Lo de Patatrás tiene su historia.

Ellos eran Patas, el padre del tío Patatrás se llamaba Severino Patas Horcajo, y sus antepasados, los primogénitos, también se llamaron Severino, y, como es natural, Patas, que siempre hubo varones en la familia. El pueblo creyó que lo de Patas era un apodo, no se molestaron más y a toda la familia les llamaban los Patas. Para distinguirlos era cuando tenían que meter el sobreapodo: Patas el Chico, el Rubio, el Rojo (por lo del pelo y la piel), el Enamorao; pero todos ellos fueron antecesores de Patatrás.

Severino Patas, antes de recibir su mote, era un buen mozo que le tocó servir al Rey en Africa; y eso que le dijeron que dentro de lo malo había tenido buena suerte. El caso es que cuando el jaleo, los tiros estaban por Tetuán, a él le tocó para Melilla.

¡Suerte perra la suya! Llegó lo del 21, lo de Annual, y por poco se queda allí para siempre. Fué herido y cayó prisionero de los moros rebeldes; de esto es para escribir una historia, de su cautiverio y de sus fatigas, pero no viene ahora al caso.

Cuando la cosa estaba negra, cuando empezó la retirada, una tarde, en un paqueo tonto, le entró por la pierna derecha una bala y de resultas de aquello se le quedó el pie vuelto hacia fuera, es-

tilo pata de Charlot. Después, al andar, tenía que tirar de la pierna con todo el cuerpo, cargando el esfuerzo sobre la izquierda, y de ahí le vendría después el apodo: Pata atrás, Patatrás, que era más fácil de decir.

El luego contó su historia y anunció la heroicidad del tiro: un asalto a la bayoneta engarzando hígados del enemigo; pero la verdad no fué tan épica. Una tarde, dentro del bloqueo, cuando apenas había tiros y el sargento pasaba lista para ver los que faltaban, sonó un paco que llegó a partir en dos uno de los tendones del remo inferior derecho de Severino. Ya no pudo ser evacuado. Le curaron como pudieron y con la pierna arrastrando recorrió parte del desierto, deseando la muerte que no le vino de puro y verdadero milagro. Un mal día no pudo más y se sentó bajo una chumbera a esperar que lo remataran; porque a él le faltó valor para hacerlo o porque le repugnaba el suicidio.

Cuando después de liberado llegó al pueblo y cuando sus paisanos empezaron a perderle el respeto a su heroísmo, a su cautiverio, a su herida y a su sufrimiento, empezaron a llamarle el Pata Atrás, que así quedaba lo de Patas. Al principio le molestó; pero después pensó Severino que no le venía el apodo de nada deshonoroso y aceptó, qué remedio, lo de Patatrás para toda la vida. Y cuando más viejo, empezaron a llamarle el tío Patatrás; cuando fué teniendo hijos y éstos fueron creciendo.

Severino Patas Bermejo no podría olvidar en su vida el día de su triunfal llegada. Dió por bien pasado su cautiverio y hasta el defecto de su pierna renqueante.

A poco de llegar, Severino se casó con Serafina Ramirez Barruelo, y el alcalde los apadrinó. El Ayuntamiento les regaló una casita, una casa como casi todas las del pueblo, de piedra, de una sola planta, con ventanucas pequeñas. En la cuadra, como una habitación más, dos vacas y un borriquillo, regalo también del pueblo.

Después vinieron los hijos; el primero, como por tradición se hicieron. Severino; después Teófilo y

luego Marceliano; más tarde, una larga espera. Pero estos hijos eran ya toda la alegría del tío Patatrás, su esperanza de que el mañana iba a ser mejor con sus descendientes, porque a él la suerte parecía que empezaba a ponerle buena cara.

Cuando los trenes llegan a la estación de Pinares del Marqués, las vísperas de fiesta y los sábados, de los trenes cargados de maridos se ven bajar a éstos a increíble velocidad, porque el pueblo está a tres kilómetros con ochocientos metros y hay que asaltar el autobús.

El autobús sube penosamente la pendiente carretera. A un lado y a otro, pinares; se pierde la vista contemplando los pinos. Son árboles de copa alta, porque su corteza tiene que aguantar los largos cortes que permiten la sangría de la resina. Los pinos uno y otro así hasta perderse la vista, están apuñalados de arriba abajo, tienen la barriga al aire por la que gota a gota va resbalando la resina para caer al pote. Vistos así, en conjunto, parecen escuálidos grandullones haciendo pis en sus bacinicas. Cuando las heridas cicatrizan y se curten, quedan los troncos como estriados.

Cuando mejora la marcha del autobús, cuando respira tranquilo, se ha acabado la cuesta y casi los pinos. El coche corre con normalidad y el pueblo espera quieto, con la alegría de sus casas nuevas, porque el viajero al entrar ve el pueblo que se está haciendo, los chalets de los veraneantes.

Desde allá, desde la meseta, apenas se ven más alturas; las montañas, lejanas y azules, están más bajas. Entre ellas y el lugar, enorme sábana verde de pinos; de vez en vez, pequeñajo, insignificante, la calva de un prado amarillento, con color de mies recogida.

Cuando el pueblo está en fiestas, hay toros, toritos. Medio redondel es de piedra; el otro, cerrando el anillo, está formado con troncos de árboles; sobre ambos se alzan los graderios de madera. Cuando hay toros, lo normal es que se agoten las entradas, se llenan los asientos y al anunciar el clarín la salida del primer becerrete los porteros, que no quieren perderse el espectáculo, dejan las entradas de la plaza libres. Ya no cabe más gente y sobra realmente su servicio.

Marceliano Patas Ramírez, el menor de los hijos del tío Patatrás, quiere ser torero. A los quince años le entra la fiebre de ser torero, de vestirse de luces y torear en la plaza de su pueblo, de ser un valiente y de llenar con su fotografía las planas de los periódicos, de ganar mucho dinero, porque Marceliano ve que los negocios no van nada bien en casa.

Cuando Marceliano tiene quince años, cuando le entran ganas de ser torero, al tío Patatrás y a la señora Serafina les trae la cigüeña una niña, una niña raquítica, delgaducha, una niña que se come los puñitos porque apenas saca nada de los pechos de breva reseca de la madre.

A Marceliano se le salen los ojos cuando ve al torerillo de turno hacer filigranas ante el becerro. La gente grita y se ríe, se ríe más que grita, y se aburre, porque aquello no son toros ni es nada. Pero Marceliano observa todo los detalles tendido en tierra, porque él no paga entrada; se mete bajo los andamios y observa a través de los troncos, absorto no oye nada de lo que le rodea, cree que él puede hacer aquello mucho mejor que el maleta; a él le sobra coraje para ponerse delante del animal, citarlo, despacio, despacio, como vió en una corrida de verdad en la capital, una y otra vez tender la capa ante el hocico del toro, tirar de él, esperar la embestida y llevárselo prendido en la tela como si fuera un juguete. A Marceliano, cada vez que lo piensa, le corre un escalofrío por la columna vertebral. Si no fuera por el respeto que le tiene al padre, saltaría a la plaza y demostraría cómo él sabe hacer todo aquello.

Marceliano ha soñado muchas veces con el triunfo, paseado en hombros, mostrando al público orejas y rabos. Llegando a la puerta de su casa, una casa de verdad, con un coche grandote de esos que llevan matriculas extranjeras. Y ve al tío Patatrás fumándose un buen puro, bien vestido, lustroso. Cuando despierta de su sueño, Marceliano oye el mugido de alguna vaca pared por medio de su habitación.

—Padre, ¿usted cree que yo puedo ser torero?

El padre, el tío Patatrás, marca una sonrisa en su cara renegrida; las arrugas de su rostro, como si fueran hondas cicatrices de cortes profundos, se estiran. El tío Patatrás se ríe poco, porque tiene esos motivos, o por su enfermedad del estómago, que desde Africa le viene: las privaciones, el agua



Galicia
58

insalubre, los escasos alimentos. El tío Patatrás tiene una faja negra, anchota, que le cubre desde el pecho hasta casi las ingles; la lleva en verano y en invierno, se la puso por primera vez cuando le empezó aquella barrigosi que le quitó todas las grasa del cuerpo. Cuando a Patatrás le duele el estómago, mete su mano entre el cuerpo y la faja y se aprieta; luego la deja metida, que ya tomó costumbre de esa postura.

El padre de Marceliano, Severino Patas, tiene la voz cascada; parece como si hablase a través de un canuto, una voz grave que impone con su hablar reposado.

—En tu familia no ha habido ningún torero. hijo. Ser torero es como todo. E. o se lleva en la sangre desde antes de la cuna. Los hijos del señor Romualdo serán siempre talabarteros, porque lo fueron sus abuelos, sus tatarabuelos y toda su generación; los de Sangregorda, matarifes, como toda la familia; los Casianos, sacristanes... Así, hasta mil. Eso ya está escrito. ¡Vaya profesión que eliges!

—Pero se gana mucho dinero, padre.

Patatrás liaba cuidadosamente un cigarrillo.

—Algún día, entre tus hermanos y tú, conseguiréis enderezar esto. Acuérdate que no hay mal que cien años dure. Tú serás el día de mañana un buen ganadero. Cuando tus hermanos y tú, que sois capaces, yo ya no valgo para nada, logréis lo que yo no he podido daros, tú tendrás una buena vaquería. No sueñes, hijo; tú sigue con tus vacas. Eso es lo seguro.

Marceliano se encargaba de las dos vacas de su padre y de las cuatro de su tío Basilio, el hermano de su madre; de ordeñarlas, de llevar la leche a la Cooperativa. Por las mañanas, casi de madrugada, con el último sueño de sus éxitos, el hijo menor del tío Patatrás abría la puerta de la cuadra, de la que salía un espantoso olor a orines y a estiércol, y desataba a las vacas. "Hala, «Rosita»; hala, «Presumida»." Después iba a la cuadra del tío Basilio y la misma operación. «Borrosa», «Caretta», «Morita» y «Resabida» salían lentamente a través de las calles casi dormidas del pueblo, camino del prado, ellas solas, sabiendo ya de viejo el camino.

Muy de mañana va saliendo el ganado, por una y otra puerta del pueblo, de las pequeñas casas de piedra. En las calles a esas horas sólo se ven vacas, gallinas que picotean entre las basuras, algún perro escualido, un pastor que dobla una esquina con el zurrón de pellejo y las abarcas de «Michelin», una mujer que abre una puerta, despeinada, sin haber visto sus ojos el agua, abrochándose la blusa. Mientras tanto, «Morita», «Presumida», «Rosita», «Borrosa», «Caretta» y «Resabida» van lentamente camino del prado.

Con pocas cabezas es posible ponerle a las vacas, a toda clase de ganado, hasta nombres que suenen bien: «Platera», «Pintada», «Faraona», «Coronela», «Marquesa», «Pajarito»; pero cuando son muchas no se puede perder tiempo. En el Ejército, por ejemplo, los veterinarios cogen el «Diccionario», cualquier letra, la P, y se empieza: Pabellón, Pabito, Puritano, Puro, Purpúreo, Puslánime, y si se llega a una palabra que no suena bien, que es feo el decirlo, se salta y en paz.

El tío Basilio tenía un torazo semental de aguas poderosas en su cornamenta. «Fogoso» le pasieron, porque era de raza e iba a quedar de macho. Imponía respeto, y era manzurrón, tranquilo; sólo se intranquilizaba cuando estaba en celo. A «Fogoso» no se le podía dejar ir solo por las calles, como a las vacas, había que conducirlo, llevarlo del cabestro. El tío Basilio lo encerraba en cuadra aparte.

Marceliano veía en «Fogoso» el ejemplar que le hubiera gustado torear en una plaza de tronío, con un poco más de nervio, más morrillo, pero con aquellos cuernos grandotes y afilados. Ante él, más de una vez, compuso posturas arrogantes de torero, acariciando sus pitones, desafiándolo con su mirada, con su cuerpo.

En verano, cuando se celebra la feria de ganados, los hombres que no trabajan se reúnen en grupos y echan su cigarro viendo los tratos o dejando pasar calmosamente la mañana. La pareja de la Guardia Civil pasea a un lado y a otro del ferial. Por el pueblo las gentes guardan más que nunca su ganado, sus aves, temiendo a los gitanos que mirorean y se acercan por Finares con el pretexto de las transacciones.

El tío Basilio decidió vender aquel año a «Fogoso». Lo decidió con su cuñado, con Patatrás; con sus sobrinos. Se acordó su venta; hacía falta dinero. Marceliano lo sintió más que ninguno.

Cuando lo llevó a la feria se puso en el rincón más apartado, para pasar lo más inadvertido posible. A un lado y a otro de la explanada, ganado y feriantes. Marceliano observaba tranquilo y apenado a «Fogoso». Se acercó a él lo acarició, le pasó la mano por la cornamenta, suavemente, por el testuz, calmadamente, recreándose en la suerte. Fue un movimiento inesperado, poca agilidad, por otra parte, en el reflejo del muchacho ante el peligro, exceso de confianza. El pitón de «Fogoso» se clavó en el ojo izquierdo de Marceliano. Fue un dolor intenso, profundo, que le hizo primero perder la visión y luego casi el conocimiento. Se llevó la mano al ojo herido, se palpó el colgajo que salía de él; su mano estaba manchada de sangre y su camisa. No supo lo que hacía, ni gritó, ni pidió auxilio. Duró un momento, tiró de la camisa con fuerza, se la arrancó del cuerpo y citó a «Fogoso», apenas sin verlo, que seguía comiendo yerbajos, ajeno a lo que había hecho.

«Jee, toro... Aquí, «Fogoso» —citaba el torerillo—. Jee, toro. Cobarde, embiste.» «Fogoso» se encampanó, miró calmadamente. Marceliano se quitaba la sangre de la cara con el puño. Sobre los hocicos del animal se estrellaron muchas veces las botas del muchacho. «Embiste vaca cobarde.»

La sangre le corría al hijo menor de Patatrás por la cara, por el cuello, por el pecho desnudo y blanco.

«Jee, toro. ¡«Fogoso»! ¡«Fogoso»!»

El animal, excitado por las patadas de Marceliano y por las voces, dió una embestida bajo la camisa del torero, tuerto, casi ciego, que se pegó todo lo que pudo a la res. Intentó otro pase a fuerza de patadas; mugió «Fogoso», que embistió nuevamente, con rabia. Excitado el muchacho, cubierto de sangre, nervioso de gritos y de gloria atrajo la atención de curiosos y chalanes.



No llegaron a tiempo de hacer nada. «Fogoso» prendió por la ingle a Marcelliano, lo mantuvo suspendido unos segundos y lo lanzó después con fuerza. Cuando cayó al suelo, el animal se cebó en él, dándole varias cornadas. Los mozos, atemorizados, pretendieron quitar a «Fogoso» de aquel cuerpo humano arrugado por el dolor. El toro embistió contra ellos. Por la explanada de la feria corrían personas y animales. Se oyeron unos disparos secos entre el griterío. «Fogoso» siguió su carrera despejando la explanada del ferial. La pareja de la Guardia Civil volvió a repetir la descarga sobre el animal, que fué a caer unos metros más adelante, tambaleándose, borracho, como si le hubieran dado una estocada de muerte.

El señor Severino Pata, el tío Patatrás, encajó la desgracia con resignación, con esa resignación que Dios imprimió en su corazón en el mismo momento de nacer. Allí, al lado de su hijo Marcelliano amortajado, parecía un guardián como una estatua de inmóvil, apesadumbrado por la pena y por sus años, con la cabeza baja, el mentón apoyado sobre el pecho, con su pierna derecha abierta hacia el lado, apretando entre las manos el cayado como si fuera un mandoble atenzado por los garfios de un guerrero antiguo. Derecho, todo lo derecho que su cuerpo ya se mantenía, el señor Severino callaba, parecía dormido en pie. Sobre las arrugas, como cicatrices de navajazos, de la piel tostada de su rostro parecía mentira que corriese una lágrima.

Las moscas iban de la cuna de la niña raquiti- quilla, de la hija pequeña de Patatrás, a la cama de Marcelliano. Corrían por las manitas de aquella, que se las chupaba con fruición, e iban a la cara de su hermano, el que pretendía ser torero. Recorrían el rostro ya limpio del muerto, hinchado y amoratado, con el terrible hematoma producido por la primera cornada de «Fogoso». Iban y venían de un lado a otro de la habitación. La señora Serafina espantaba con el pañuelo mojado en sus lágrimas aquellas pegajosas moscas que negreaban aún más sobre los vendajes de su hijo.

Entre rezo y rezo, en el blando hueco de la noche, las vacas mugían al otro lado de la pared.

En Pinares del Marqués se divierte la colonia de veraneantes y los nativos del pueblo. Cada cual a su manera, pero se divierten. No sólo son las cigarras las que cantan en el verano. En las noches de estío hay parrandas, serenatas, bailes. En Pinares hay tres bailes; en dos de ellos se paga, el otro es libre, gratis. Los bailes, salvo cuando llegan las fiestas, se celebran los jueves y los domingos.

Primer baile de pago, en el Casino. Allí los veraneantes de hijas casaderas, como en los antiguos casinos provincianos, pero con atuendo deportivo, se saludan reverencialmente al entrar. La orquesta viene de la capital, «Melodía», «Ritmo», «Cubana»... y se anuncian como las titulares de tal o cual «ópera». Se sabe que hay baile porque las familias se despiden al final hasta tal día; luego, tal día, se ponen unos carteles por el pueblo pintados a mano y lo de «caballeros, 15 pesetas». Y para más seguridad, Trompeta, el pregonero, porque en Pinares hay pregonero, se encarga de decirlo: «Con permiso de la autoridad se hace saber...»

En el baile de la colonia, en el Casino, se bebe de todo, desde whisky a las «colas», y también vino tinto con sifón. El baile de la colonia se celebra después de la cena. Al día siguiente, en las dos piscinas del pueblo, mientras se tuestan al sol los veraneantes, se comentan las incidencias de la fiesta.

El segundo baile de pago es en el Salón Samba. Caballeros, cinco pesetas; señoritas, gratis. El Salón Samba sirve en invierno de almacén; en verano se deja libre, se instala un altavoz y las parejas bailan al son de las mejores orquestas del mundo; más no se puede pedir por cinco pesetas. Como la mayor parte de las señoritas que asisten proceden de la clase de muchachas de servicio, el baile, sólo los domingos, empieza a las seis de la tarde con poca animación; de ocho a nueve no cabe un alfiler y puede cortarse el humo de los cigarrillos; a las nueve y media sigue el humo de los cigarrillos con posibilidades de corte, pero empieza a disminuir la posibilidad de que los chicos encuentren pareja.

En el Salón Samba está prohibido vender bebidas alcohólicas. Cuando alguien quiere tomar algo, pide un pase al portero y se va a la tasca de la esquina, que eleva desproporcionadamente sus ventas los días feriados y los domingos; para hacer otras cosas también hay que pedir pase; lo que ocurre es que se aprovecha la tasca de la esquina, y así todo



junto. En el Salón Samba no se bebe, pero se fuma exageradamente; también puede darse el caso de que el señorito Enrique baile con su chacha, pero es menos frecuente.

El tercer baile se celebra en la plaza del pueblo, a entrada libre, con las estrellas por techo.

Después de la cena, quien quiera bailar se va a la plaza y, haga frío o calor, allí está la banda tocando. Si hace buen tiempo, subida en el tablado que se alza en el centro de la plaza; si hace frío, los de la banda, que son unos cuocos y tienen mucha experiencia, se resguardan como pueden, se abrigan lo más posible, y pieza va y pieza viene.

En los tres bailes de Pinares, como en todos los bailes del mundo, nace el amor y las promesas, que perduran o mueren al mismo fin del verano.

Teófilo Patas es el segundo de los hijos del tío Patatrás. Teófilo Patas, de profesión panadero, es-

tá enamorado desde hace mucho tiempo de la hija de su patrón, Celedonio Requejo Castro, viudo, con dos hijos, Laurentino, mayor de edad, y Esperanza, en edad de merecer, pretendida por Teófilo.

Celedonio es propietario de La Espiga de Oro, panadería. Con varias sucursales en determinados sitios estratégicos de Pinares. Aquello que comenzó en una tahona modesta, en la que el tío Morros, Celedonio Requejo, amasaba a fuerza de puños el pan que sus clientes ganaban con el sudor de su frente, después, gracias a los veraneantes y sobre todo a los negocios más o menos claros del tiempo de la escasez, se convirtió en una moderna fábrica de pan, mecanizada y limpia, orgullo del pueblo en cuanto a instalación. Lo que más lamentaba Celedonio es que su viuda, la señora Etelvina, que murió a consecuencia de un bombardeo durante la guerra, no hubiese llegado a ver el auge del negocio y a gozar del bienestar de su casa.

No tendría un año Esperanza cuando murió su madre; por eso Celedonio se miraba en ella y deseaba para la chica, guapezona, hermosa, bien formada ella, que alcanzase la felicidad que su esposa perdió cuando más falta le hacía. Si las cosas hubieran seguido igual que cuando la señora Etelvina vivía, Esperanza hubiera bailado sin mas preocupación que otra cualquier rapaza en la plaza del pueblo; pero las cosas cambiaron y la hija de Celedonio asistía a las fiestas del Casino. Su mismo nombre, Esperanza, era para el padre augurio de que un mañana encontraría el marido, si no en igualdad de posición económica, que eso lo pondría ella, de carrera, de representación. Sueños permitidos a los padres que nunca soñaron llegar a tanto.

Teófilo es un muchacho trabajador, honrado, con buena pinta, con unos deseos locos de sobresalir, de ser algo, guardando quedamente su amor por Esperanza, en secreto, atormentado porque al lado del horno es posible que no llegue a más; pero pensando que sus brazos pueden valorarse en el día de mañana, y su corazón y su cariño. Con una fe ardiente de que todo puede ser y que menos o igual que él era Celedonio cuando empezó; mucho antes de que se le ocurriera aquello de La Espiga de Oro.

—Padre, he pensado en tener novia.
Le dijo un día al señor Severino. Nervioso, sin atreverse a mirarle la cara.
Patatrás descendió su cigarro con el dedo meñique.

—¿Quién es la moza?
Dudó, se le encendió el rostro, pensó que debía de haber guardado silencio, seguir llevando en secreto su amor. Se decidió porque necesitaba ayuda.

—La Esperanza, del tío Morros.
Al señor Severino le dió un picotazo interno; se llevó la mano a la faja y tomó la postura a que se había hecho hábito. En sus entrañas sentía una presión dolorosa, de angustia.

—¿Qué puedes tú darle a ella?—se sintió pequeño, ínfimo, un gusano. Vino a su mente la pobreza, el fracaso de toda su vida.

—Ya sé, padre. No puedo darle nada ahora mismo, pero la quiero. ¿No basta eso?

—¿Qué dice ella?
—Ella no sabe nada, y si lo sabe, porque las mujeres conciben lo que los hombres pensamos, se calla.

—Hace algún tiempo —a Patatrás se le vinieron a la memoria los primeros tiempos de La Espiga de Oro— si hubiera ocurrido lo que ahora me dices Celedonio se hubiera mostrado ufano en ser mi consuegro. Ahora será para él un insulto y una bofetada lo que piensas. Celedonio se ha escapado ya de nuestra vida; sus nietos serán los Morros, pero pasarán por tu lado como si fueran unos extraños. El tuvo suerte. Dila algo a ella, o al padre, y al día siguiente puedes estar buscando trabajo en otro sitio.

—Vale la pena arriesgarse. La quiero, padre.
Patatrás recordó a su hijo Marceliano el día que le dijo que quería ser torero. Le vio tendido en el lecho, ensangrentado, destrozado por los cuernos de «Fogoso». Le vino a la garganta un sabor amargo; se le puso la boca pastosa, como si no tuviese saliva.

—Allá tú. En esas cosas no debo meterme; pero si vale un consejo, no pienses más en ella.

A Patatrás le quedaría ya para toda la vida el remordimiento de si obró bien o mal. Se traicionó a sí mismo, él que dijo que no eran cosas suyas. Obsesionado por una falsa idea, queriendo evitar el peligro que no pudo prever con su hijo el menor. Se fue a recordar con Celedonio cosas de su juventud, del crecimiento del pueblo, al aroma y al humo del buen tabaco de contrabando, antes de decidirse a expresarle el motivo de su visita.

«Los hijos son un tormento en nuestra vida. Uno

cree que ellos son los mejores, que todo se lo merecen, y ya no ve uno nada más... ¡Buen tabaco, Celedonio!... A medida que crecen, que se van haciendo más hombres, crean sus problemas y nos los largan a nosotros... Mi Severino se casa. ¿Lo sabías? ¡Buena chica! Pero es lo que yo le digo: la vida está mal, espera... Antes, ¿recuerdas, Celedonio? Tú fiabas el pan y la gente tiraba como podía. Hoy es el pan y las diversiones y tantas cosas. Los chicos tienen más ambiciones que los que vamos para el otro mundo. ¿De qué quinta eres, Celedonio?»

Requejo no podía imaginar el fin de la conversación. Palideció cuando Patatrás le dijo que su hijo Teófilo estaba enamorado de Esperanza. No iba nada más que a recomendarle prudencia. Él sabía que aquel matrimonio no podía ser y se cercioró al ver la reacción de Celedonio.

Lo primero que el dueño de La Espiga de Oro hizo con su hija fué mandarla a veranear a la playa con unos amigos, sin darle más motivo que la conveniencia de un cambio de aires; a quien se lo dijo fué a su hijo Laurentino.

La vida es una sucesión de imprudencias o de casualidades. Las cosas pasan porque tienen que ocurrir y cuando suceden ya no hay remedio. Laurentino cambió de trato con Teófilo, le mandaba con brusquedades, apretaba sobre él los denuestos; por Laurentino, en fin, saltó la prudencia que Celedonio pretendía mantener. Teófilo percibió claramente la dureza de trato a que le sometían los Requejo; esto y la desaparición de Esperanza, le hicieron comprender que él era el causante de aquel cambio. Él, que llevaba oculto y en secreto su amor, que sólo se lo había dicho a su padre...

—¿No ha sido mejor así, hijo?
Teófilo calló, apretó los puños con fuerza, porque había aprendido fielmente el precepto «honrar a tu padre». Honrar al padre es no discutir sus obras, sus mandatos; aceptarlos con toda la fuerza de la ley escrita en la conciencia por el dedo del Señor.

Ya no tenía que callar su secreto. Se sentía con fuerza para pregonar su sufrimiento, enseñar de una vez su ilusión. No pudo hablar con Celedonio. Se miró cara a cara con Laurentino, serenamente; en el fondo, odio, rabia, impotencia, una llamada salvaje, casi ahogada, que le escocía.

—Lo sabéis todo, ¿no es eso?
—¿Qué es todo?
Casi se le saltaron las lágrimas.

—¿Que quiero a la Esperanza.
Laurentino se rió; se encogió a carcajadas, dándose manotazos en las piernas. La risa, una risa nerviosa, no le dejaba hablar.

—¡Tú...! ¿A Esperanza?... ¿Quién eres tú?... Un obrero que se quiere casar con la hija de su jefe... ¿Dónde has visto eso? ¿En el cine? ¡Vamos, hombre, despierta!

Teófilo reaccionó torpemente, se sintió burlado, y huyó a zancadas, dando tropezones, sin ver cómo ponía los pies. A sus espaldas sonaban las carcajadas de Laurentino como si le persiguieran.

Anduvo vagando por los alrededores del pueblo hasta que se hizo de noche; no fué a cenar a su casa, por primera vez en su vida faltaba. En su mente chocaban disparates. Estuvo tumbado bajo un pino, viendo cómo se encendían y parpadeaban

las luces del pueblo; sintió frío y se acercó a las primeras casas. Desistió y tomó la carretera de la estación. Le hubiera gustado huir para siempre, no volver a pisar aquellas calles, aquellos caminos que desde pequeño había correteado.

De madrugada volvió al pueblo. El reloj de la torre de la iglesia dió tres campanadas. Se dirigió hacia la panadería. Su olfato percibió el olor agradable del pan recién salido del horno. En el silencio de la noche se oían aumentados los ruidos del interior de la fábrica, las voces de los panaderos, la voz ronca y la risa de Laurentino bromeando con ellos.

Teófilo se acercó al edificio, lo rodeó. Por la parte trasera estaba el almacén de la jara, la leñera, con la claraboya del primer piso enfornada. Por la ventana era fácil subir a ella. Ascendió y se apoyó en el saliente del orificio, se colocó en él y empujó la cristalera; entró. Anduvo balanceándose sobre los haces que crujían a sus pies, que se hundían; dió un salto y se encontró en suelo firme. Sacó el encendedor, reunió una brazada de hojas secas y le prendió fuego. Al principio osciló una llama pequeña que crepitaba, después se prendió más vivamente y se iluminó toda la leñera.

Teófilo quedó un momento atónito, como idiotizado viendo cómo el fuego iba tomando incremento. Se apoyó sobre la pared, cerca de la puerta, y oyó voces en la escalera, carreras en el exterior, en la calle, gente que gritaba dando la voz de fuego.

Se abrió la puerta y apareció Laurentino. Al ver a Teófilo, se lanzó sobre él. Le atenazó por el pecho y le golpeó fuertemente contra la pared, como a un pelele; le sacó a empallones, a patadas, insultándole, a puñetazos. Teófilo no se defendía, acobardado; en silencio, se debía maltratar como si no estuviese en sí, como perdido.

Las campanas de la iglesia sonaban en la noche anunciando el fuego. Se oían los golpes de los cubos, las carreras, las voces. Laurentino golpeaba despiadadamente al autor del incendio. Reaccionó y dejó a Teófilo en el suelo, casi sin sentido. El hijo del panadero corrió a ayudar a sofocar el incendio. Largas hileras de hombres, veraneantes e indígenas, pasaban de mano en mano los cubos llenos de agua. Afuera pretendían poner en servicio una vieja bomba contra incendios. Los más vigorosos cargaban sobre sus espaldas los sacos de harina para salvarlos del fuego, las cestas de pan dorado recién sacado del horno.

La voz que corrió al día siguiente por Pinares decía que el incendio fué fortuito. La rapidez con que se acudió a sofocarlo y la solidaridad ante el peligro del hombre de la ciudad y el hombre del pueblo, de las mujeres, hicieron posible reducir los daños exclusivamente a La Espiga de Oro.

Celedonio no quiso saber más del asunto. Al día siguiente, hablando con Severino Patas, con Patatrás, quiso conformar a éste.

«Los hijos no dan más que disgustos. Cuando son mayores nos largan sus problemas y tenemos que aguantarlos.» Patatrás lloraba y en un rincón la señora Serafina mordía hipando, el pañuelo.

—Nadie lo sabrá, Severino. Ya has sufrido bastante—le decía el tío Morros.

La voz del pueblo es así, todo lo tapa, todo queda entre ellos, aunque cueste que un hijo desaparezca inesperadamente.

En Pinares del Marqués, los domingos y días festivos, sobre todo a la misa de doce, asisten a cumplir con el precepto la mayoría de los veraneantes. A la misa de doce también asisten los que no dejan el pueblo, los que nacieron en él, los que su destino les afincó allí.

El señor cura gusta decir la misa de doce en verano. El resto del tiempo predica a su feligresía a la pata la llana, habla con ellos como si sostuviera un diálogo.

En verano, don Lorenzo está como en visita, como si no tuviera confianza con sus oyentes. No gusta de subir al púlpito; como su voz es potente, dirige la palabra desde el mismo altar. Cuando termina el Evangelio se quita la casulla y se vuelve al pueblo; él sabe que los fieles forasteros se impacientan. El señor cura, sin embargo, responde a esa impaciencia con la brevedad y dice las verdades secas y afiladas, como su persona.

A Patatrás le gusta ir a misa de doce los veranos para oír lo que el señor cura dice, porque en verano habla de cosas que en invierno se calla. Cuando don Lorenzo se dirige a quien no puede ser más de lo que es, no puede hablar más que de resignación, de fe, de bienaventuranzas. En verano puede decir otras cosas.

«¿Quién es mi prójimo?», preguntaba a Jesús un doctor de la ley que deseaba conseguir la vida eterna. Y don Lorenzo narraba la parábola del piadoso samaritano.

«El prójimo—decía don Lorenzo— no existe sólo en las parábolas del Redentor. El prójimo vive, sufre y padece aquí mismo, entre nosotros, rodeando nuestra existencia, al lado de nuestro asiento, detrás y delante de nosotros, a nuestra vista. La misericordia no es sólo la limosna que se da ya como hábito, por costumbre. La misericordia es abrir los ojos desmesuradamente, palpar el dolor que nos rodea, sentirlo. Compadecer la desigualdad y ayudar a remediarla. Tú eres más porque Dios te concedió ese don, por tu inteligencia, por tu cuna. Debajo de ti sufren muchos que jamás podrán llegar a tu altura, ocurra lo que ocurra; pero en nuestra mano está aliviar y suavizar esa diferencia. Cuando tengan valor, mira a tu prójimo, busca al prójimo que sufre muy cerca de ti.»

A Severino Patas Ramírez, el hijo mayor de Patatrás, le llegó la hora de casarse, porque el tiempo pasaba y ya iba para muchos años el noviazgo.

—Yo, padre, me conformo con un cuarto en su casa. Hay sitio—sobre el padre cayó el vacío de las dos camas, de los dos hijos perdidos—. No he de serle gravoso. Así el día de mañana, cuando madre no pueda, Josefina podrá echarla una mano. Verá cómo gana una hija, padre.

Patatrás lo habló con la señora Serafina y acordaron que mejor sería que se viniesen a vivir con ellos que quedarse solos con la pequeña. La nena crecía raquítica, como vino al mundo y como en sus primeros meses. Los padres pensaban que eso sería cosa de haber nacido tan tarde.

El señor cura aprovecha la plática de la boda de Severino Patas con Josefina Candela para hablar de la fraternidad humana.

Patatrás y su mujer están sentados a la noche tranquila en la piedra alargada de la puerta de su casa. Dentro descansan los recién casados. Pa-





patatrás tiene un recuerdo para los dos hijos que no están a su lado. La niña duerme en el regazo de la madre. El matrimonio calla. Hay un trozo de paz y de sueños, de recuerdos y de esperanzas.

Por la calle ven venir la figura menuda del pregonero. El tío Patatrás hace un chiste a su costa y la mujer sonríe. Trompeta, el pregonero, es además alguacil. Se acerca al matrimonio.

—Nada de pregones, eh, Trompeta. Los novios duermen.

Trompeta le dice que viene a llamar al tío Severino de parte del brigada, para que vaya a verle al cuartel de la Guardia Civil. No sabe más y no puede responder a las preguntas que la señora Serafina le hace.

Patatrás se levanta calmadamente. No sabe para lo que es, pero va tranquilo, la boda del chico le ha dado ánimos. Por el camino va bromeando con el Trompeta. ¿Noticias de Teófilo? No piensa más en ello.

El tío Patatrás, don Severino Patas Bermejo, es Caballero Mutilado por la Patria, es un soldado, inválido, pero soldado, y como tal se cuadra ante el brigada, graciosamente porque su pie queda muy hacia fuera:

—A la orden, mi brigada.

El brigada tarda un rato en contestar, pasea nerviosamente por la habitación. Patatrás queda un momento confuso, siente un temor extraño.

—¿Tiene su hijo, señor Severino, alguna escopeta?

Severino, cada vez que recibe un disgusto, siente una punzada allá adentro, en el estómago. Se lleva, como siempre hace, la mano a la faja, y tarda en contestar.

—No puedo mentirle, mi brigada; la tiene.

—Una escopeta sin guía, ¿verdad?

—Exacto. Ya hace mucho tiempo que le estoy diciendo que arregle los papeles. Estos hijos no dan más que disgustos.

Y Patatrás se apretó más el estómago porque sintió una punzada aun mayor.

—¿Conoce usted la escopeta?

—Sí, señor. Es una escopeta del doce...

Patatrás se acordó del Perras, el muerto del día anterior.

El brigada sacó una escopeta del armario del despacho. Era aquella la escopeta de Severino. Había sido encontrada aquella tarde escondida entre unas jaras cercanas a la fuente de la Mina. Patatrás se apoyó sobre la mesa, sintió un pequeño mareo.

—Mi hijo no ha sido. No ha podido ser. ¡Pero, mi

brigada, es imposible! Algo ha tenido que ocurrir. ¡Es imposible...!

—Estoy seguro, señor Severino. No le creo capaz. Todo es puro trámite. Yo debería haber llamado a su hijo, pero no he querido molestarle en su noche de bodas. Cuando me trajeron la escopeta, llamé a los cazadores del pueblo y coincidieron varios en el dueño. Váyase tranquilo.

Patatrás no sabe qué decir ni qué hacer. Ni siquiera da las gracias al brigada por el favor de no molestar al hijo casado aquella tarde. Dejó el cuartel atolondrado, dándole vueltas todo, como borracho, mareado. El estómago le ardía como si se lo estuvieran desgarrando. En su mente empezaron a golpear recuerdos que iban y venían atropelladamente: su boda, la muerte de Marceliano, la boda de su hijo, la marcha del otro, de Teófilo; al padre cura don Lorenzo hablando de la resignación y de las bienaventuranzas, del prójimo.

Pasó por la plaza vacía del pueblo. A su memoria vino el día grande de su llegada a Pinares, recién liberado del cautiverio, y allá, en la esquina, recordó a su entonces novia llorando, y al alcalde hablando: «Hoy es día grande para Pinares, que quedará grabado con letras de oro en su historia. Uno de sus hijos ha sufrido cautiverio por España y ha derramado su sangre heroica en tierras de moros. Que su ejemplo sirva de espejo; no desfalleció, fué kál y hoy puede recibir el homenaje de su pueblo, que le abraza en mi nombre... Tu pueblo no te olvidará y te desea vivas en paz en él hasta el fin de tus días...».

Le daba todo vueltas. Apresuró el paso. Se sentía enfermo como nunca se había encontrado. Le vino una bocanada a la boca, era sangre; después, otra. Se tambaleó y perdió la noción de todo.

Cuando recobró el conocimiento, estaba la mujer a su lado; la señora Serafina parecía haber nacido nada más que para llorar. A su lado estaba don Luis, el médico. Patatrás quiso hablar; don Luis le hizo una seña con el dedo índice, indicándole que guardase silencio.

—Animo, Severino; ya era hora de que estallara esa úlcera. Ahora no tendrás más remedio que cuidarla.

Patatrás habló muy quedo, para sí, como si fuera una oración.

—Señor, quítanos todo, danos a mí y a mi familia la miseria más completa, y cuando nos acerquemos a pedir una limosna, endurece el corazón de aquel a quien se la pidamos. No nos merecemos nada.

Patatrás cerró los ojos para contener las lágrimas que querían escapársele.

TECNICAS MODERNAS DEL PERIODISMO

Por Dantón Jobin

SEMANARIOS DE NOTICIAS

Por F. J. Ayesta Díaz

ANALISIS Y CONTENIDO DE LA PRENSA EN RELACION CON LA PUBLICIDAD

Por Olga Darias

EL PERIODISMO GRAFICO Y LAS REVISTAS ILUSTRADAS

Por Antonio Fontán

EL HUMOR EN LA PRENSA DE MADRID

Por José Ibáñez Fantoni

LA PRENSA PARA ADOLESCENTES EN ESPAÑA

Por María Luisa Bouvard

DE FABRA A EFE. PASANDO POR SANTA ANA

Por Juan Montero Ríos y Rodríguez

LABOR DE PRENSA DE W. FERNANDEZ FLOREZ

Por Rafael Brines Lorente

PAPEL PRENSA

Por Ricardo Lizcano Cenjor

AZORIN, PERIODISTA

Por José Luis Torres Murillo

PRENSA DE PROPAGANDA CATOLICA

Por J. L. Martínez Redondo

Estos son los títulos de los estudios publicados en los cuatro últimos números de

GACETA DE LA PRENSA ESPANOLA

Una publicación especializada en temas de información que interesa a todos los lectores

Precio del ejemplar, 10 pesetas. Suscripciones: semestre, 30 pesetas; año, 60

Números atrasados a 15 pesetas

ADMINISTRACION:

Pinar, 5 — Teléfono 35 56 40 — MADRID

Muchos y valiosos

En cada Sorteo Mensual de Regalos se adjudican magníficos y múltiples regalos.
Y a cada Sorteo puede Vd. enviar cuantos cupones quiera.
Recuerde: MAS CUPONES, MAS FACIL.

6º Concurso PROFIDÉN

DE LA CAMPAÑA PROFIDÉN DE HIGIENE DENTAL

Septiembre 1957 - Mayo 1958
ocho sorteos de regalos (uno mensual)

3.350.000
pesetas en premios



*

SOLICITE LAS BASES
A SU
PROVEEDOR
DE DENTIFRICOS

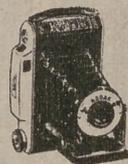
80 Motos
VESPA



80 Radiogramos
80 Máquinas eléctricas de afeitar
80 Planchas **PHILIPS**



80 Aspiradores
TORNADO



120 Máquinas
fotográficas
KODAK



80 Relojes
COPPEL



80 Estilográficas
MONTBLANC



40 Bicicletas **B-H**



280 Muñecas **LILL**



280 Balones
CONDOR



400 Gafas de sol **INDO**

¡Y MILES DE EQUIPOS DE HIGIENE DENTAL!

LABORATORIOS PROFIDÉN, S. A. - INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS - Apartado 7051 - MADRID

EL LIBRO QUE ES MENERSTER LEER

EL AUTENTICO MALESTAR DE LOS INTELLECTUALES DE LA IZQUIERDA

Por Maurice SCHUMAN

UNA auténtica superstición obliga a un considerable número de intelectuales franceses a considerar al comunismo como ellos quieran que sea y no como realmente es. La adoración de este mito ocasiona un auténtico malestar entre los que practican esta devoción, ya que la vida cotidiana les obliga a una continua revisión de sus postulados políticos habituales. Su postura resulta tan absurda que en repetidas ocasiones aparecen precisamente en el lado opuesto de lo que pretenden defender. Hombres tan distintos como Mauriac y Sartre experimentan igualmente esta atracción y se aferran con un apasionamiento a ella, como si en ello les fuese todo cuanto les merece estima, prefiriendo vivir entre fantasmas a rendirse a la realidad. Y es el estudio de esta paradójica situación la que llena las páginas del pequeño libro que hoy resumimos en nuestra sección, «Le vrai malaise des intellectuels de gauche», por Maurice Schuman.

Schuman (Maurice) «Le vrai malaise des intellectuels de gauche» Tribune Libre, Plon, París, 1957.

EL intelectual de izquierda ha sufrido desde hace un cuarto de siglo una metamorfosis que le hace irreconocible. Apenas si era optimista, cuando ya es hoy un torturado. Sin repudiar explícitamente su doctrina, la *intelligentia* de vanguardia ha cambiado de estilo. Su propio humanismo lleva el signo de la «incurable amargura» que le había anunciado Charles Peguy. Está escindida, contra ella misma y fundamentalmente es triste. Ahora bien, no son las hecatombes de las dos guerras las que han hecho tomar este nuevo cariz. En 1920, los intelectuales de izquierda, fuesen wilsonianos o leninistas, creían asistir al nacimiento de un mundo nuevo que reflejaba sus sueños. Veinticinco años más tarde, la Resistencia les devolvió fugitivamente este estado de alma. ¿Cómo y cuándo lo había perdido en este intervalo?

LA EVOLUCION DE LA IZQUIERDA Y DE SUS PORTAVOCES INTELLECTUALES

Un testigo de excepción nos ha facilitado la respuesta. A la edad de sesenta años, André Gide descubrió la Rusia stalinista y creyó en ella. Esta adhesión le dió la paz interior que desde la adolescencia no había encontrado ni buscado. Se le vió entonces subir, a pesar de su horror por el énfasis, a la tribuna del Velódromo de Invierno y gritar que «desearía morir por la Unión Soviética». Bastaron algunos meses y una peregrinación a Moscú para transformar este entusiasmo en divorcio. El prefacio de «Retour de l'U. R. S. S.» es una carta de ruptura a la dirección del sistema que sacrifica a los vivos por la diósa hipotética de su posteridad. Gide reanima, en una lengua perfecta, el mito de Demetrio y de la nodriza Metaneira, que «por salvar al niño perdió al dios».

Este ejemplo ilustra el malestar permanente de los intelectuales de izquierda, que ya se encarnicen

tribune libre

II

Le vrai malaise
DES
INTELLECTUELS
DE GAUCHE

par

MAURICE SCHUMAN



PLON

en justificarla, se resignen a desaprobala o se nieguen a la vez a repudiarla o venerarla, es la Unión Soviética quien les impone las contorsiones de donde proceden sus mordeduras. Ella es el principio de la división moral que les desgarras como de la división política y sindical que ha dividido a la «vieja casa», de la que hablaba Leon Blum. En resumen: es la causa del tormento que les habita y que no sufrieron sus mayores en el tiempo en el que la Revolución no había sufrido todavía la prueba del triunfo.

Nadie más que Jean Paul Sartre ha profundizado, rematado y renovado esta obsesión, pues cuando se ha dado cuenta la diferencia que hay entre la U. R. S. S. tal como es y como debería ser, no se contenta con lanzar el anatema sobre los que la han desfigurado y busca desesperadamente una fugaz y suprema semejanza entre el mundo de las ideas y de las sombras movedizas que reflejan las paredes de la caverna. No somos nosotros los que hemos utilizado esta metáfora platónica, es Sartre el que nos la impone, llevando hasta el absurdo la contradicción que le atenaza, como un enfermo que quiere amortiguar su sufrimiento y lo aviva apoyándose en la llaga. «¿Es necesario apelar al socialismo—escribe—, ese monstruo sangriento que se devora a sí mismo. Yo respondo francamente que sí. Al mismo socialismo en su fase primitiva. No hay otra solución, exceptuando el cielo de Platon, y es necesario querer ésta o no querer ninguna.» No es sorprendente que el análisis espectral, del que forman parte frases y son su punto culminante, le haya titulado «El fantasma de Stalin». Es la obra de un hombre que se fuerza a creer en los fantasmas por temor a no creer en nada.

Si Sartre tuviese miedo a contradecirse, Franco Mauriac, por inquieto que sea su genio, está a cubierto de esta angustia. Es seguramente la única que no ha sentido, porque él no se contradice más que por consideración o por escrúpulo.

La voluntad de preservar en la edad madura los nervios del adolescente, ¿no ha inclinado a Francois Mauriac hacia ese matrimonio con la izquierda para el que no parecía predestinado? Su primer libro erigió la constante de una ruptura inevitable: el tribuno que convocaba a los católicos a conquistar y merecer su puesto en la República rejuvenecida no hablaba la misma lengua que el «niño cargado de cadenas», prisionero de su monólogo interior.

En su familia de adopción, el Mauriac de las sienes grises, cuya juventud no había sido más que una tempestad sin tinieblas, ¿iba a gustar la alegría de los neófitos? No había todavía franqueado la puerta cuando ya la varita mágica que se alojaba en su espíritu comenzaba a manobrar entre sus manos. Sus misteriosas dolencias y sus deseos mortificados, la extraña irascibilidad de su epidermis y de sus gustos hacían frecuentemente su vida más penetrante y más segura: su ineptitud para la serenidad le había lanzado hacia la izquierda en un momento en que había perdido la paz, desgarrada ella misma por el impulso de su nuevo, tardar a penetrar en el secreto. Pues Mauriac, desde hace veinte años, habla del comunismo como trata el pecado desde hace cincuenta: con una repulsión suavizada por la ternura.

El rigor del sistema es servido por la limpieza de expresión: el fin último es el de formar un gobierno con la ayuda de los comunistas. Hoy esto no es posible, porque los socialistas son unos traidores, los húngaros unos entorpecedores y los propios comunistas unos tercos; pero el día en el que el partido socialista se lance a la oposición una nueva «toma de conciencia» será posible, a condición de que los guías de la juventud francesa superen sus reticencias o sus escrúpulos y se unan bajo las filas de los cómplices de Kadar y los camaradas de Ana Kethly para asegurar la victoria de una izquierda imprecisa sobre una derecha indeterminada.

Es fatal, pues, que los jefes comunistas no inspiren ya a François Mauriac más que un resentimiento indirecto. Les tiene menos rencor por lo que son que por lo que impiden. Los proyectiles lanzados sobre ellos no les tocan más que de pasada y para alcanzar otro blanco de rechazo. «Cuando M. Guy Mollet—se puede leer en el bloc de notas del 27 de mayo—proclama: "Los comunistas no están a la izquierda; están en el Este", yo juraría que él se agrega a sí mismo: «¡Y que sigan allí!»

En suma, el delito de Guy Mollet es expresar una verdad molesta. Pero ¿por qué François Mauriac se muestra más severo para M. Guy Mollet que para la verdad? Porque en definitiva el culpable es ella.

El autor del *Baillon denoué* escribía al día siguiente de la liberación: «Los ojos de los muertos continúan abiertos sobre París.» Aunque Guy Mollet no existiese, los ojos de los muertos permanecerían fijos sobre Budapest. Ellos han sido los que han ahorrado a François Mauriac la prueba que no merece, la de un nuevo «Frente Nacional» que les condenaría a gustar, con las alegrías amargas de una nueva ruptura, las delicias venenosas de una nueva pena.

Pero quedan todavía a la «intelligentsia» dos medios de conjurar al fantasma de Stalin, alrededor del cual Sartre y Mauriac, cada uno después de haber extraviado su propia huella, giran rozándose. La primera vía consiste en seguir los hechos, teniendo cuidado de no superarlos y de no ser superados por ellos. La segunda en pasarlos por alto para conservar intactas las probabilidades del «ueño o de la ilusión. El realismo perfecto exigía una inteligencia reglada como un resorte espiral que pulsase en movimiento el columpio de la historia: para despreciar lo real, basta con un corazón de oro. Y es por ello por lo que aunque parezcan estar en la misma escena, Maurice Devenger y Claude Bourdet no ocuparán jamás el mismo puesto.

LA CRITICA MARXISTA APLICADA AL MARXISMO

Poco antes de morir, Simone Weil tuvo la fuerza de quejarse de Karl Marx, en lugar de refutar al marxismo. El más desenraizado de los pensadores del siglo XIX no habría tenido valor de vivir «si no hubiese poseído la esperanza de un reino terrestre de la justicia». Como Arnoldo, que no ponía en duda la fidelidad de Arnes porque «la necesidad para él como para muchos, era la primera de las evidencias» Marx escorrió entre la verdad y la vida. Ahora bien, todo ocurre como si ejerciese represalias y quisiese desde el fondo de su tumba imponer una elección análoga a la izquierda intelectual de nuestro tiempo. En efecto, la mística leninista, y después la staliniana, ha nacido de un error de la política marxista. Nunca la historia del partido bolchevique se habría convertido en «historia sagrada» si los acontecimientos no hubiesen desmentido radicalmente la doctrina. En la mina, en el fondo de la cual niñas de ocho años empujaban vagones en la fábrica de Manchester, cuyos propietarios agobiados por la necesidad de la mano de obra, habían seguido el consejo de Pitt: «Coged a los niños.» Marx prometía el mismo destino que el que ofrece un profeta a una villa pecadora. La idea dominante del sistema hegeliano daba forma a su indignación y, como dijo Simone Weil, a hacerla soportable. Desde el instante en que el paralelismo entre la dialéctica de las categorías y las de las sociedades le había dotado de un postulado que él se complacía en confundir con una certidumbre, se vio libre de la angustia: el capitalismo se destruirá a sí mismo. Sodoma sería castigada y el hombre se salvará. Ahora bien, como lo había anunciado Kropotkin, con gran furor de Marx, el triunfo mismo de la Revolución demostró que esta necesidad no era más que una perspectiva o que una consolación del espíritu: mientras que los países más industrializados—comprendidos en ellos los que Marx había incorporado a su universo—per-

manecieron los más refractarios al comunismo, la estrella roja conquistó el imperio de las estepas. No fué bajo la «dialéctica capitalista» como surgió la revolución, sino en el otro extremo. En China, como en Rusia, pudo ser la condición, pero no seguramente la fase última y el castigo inexorable de la industrialización. ¿La voluntad del proletariado será, pues, tanto más irresistible cuantos menos proletarios haya para expresarla? ¿Es necesario, por el contrario, comprobar que la historia, lejos de recorrer, en el orden anunciado, las etapas que le fueron asignadas por decreto ha escogido como instrumento, no la clase elegida, sino las economías retardatarias? ¿O es que esta clase no llegará a nacer?

Para escapar a la alternativa, no había otro remedio que negar la certidumbre de la historia, seguir el ejemplo de Marx, incapaz de poder comprobar su profecía y agregar el postulado que había aplicado como un remedio a su angustia. Cualquiera que sea, venga de donde venga y vaya adonde vaya, el partido bolchevique estará, pues, en lugar de los propios proletarios, sería la expresión del proletariado. Después de haber sido su sustituto, se convertiría en su encarnación, sería, no su modelo, sino su Mesías.

Esta transferencia o esta identificación semejan a todas las que, a través de los siglos, han sido inventadas por los amos para justificar su poder, los esclavos su obediencia o los hombres su esperanza.

No es, pues, el nacimiento o el poder de los mitos nuevos lo que debe sorprendernos, sino la seducción que ejercen sobre la inteligencia francesa. ¿Por qué la caverna atrae de este modo al prisionero? ¿Por qué Sartre, Mauriac, Duverger y Bourdet, si aceptan o aflojan el lazo, no se atreven a romperlo del todo y dejan traslucir el deseo o el secreto pensamiento de apretarlo algún día? ¿Por qué los que como Malraux aceptan la ruptura inevitable e irreparable porque saben que «todo pensamiento, que justifica realmente el universo, se envilece desde el momento en que es otra cosa que esperanza» no parecen ofrecer otro desenlace que la aventura sin objeto y sin término.

Un Mauriac que supo representar su papel en la tragedia de la Resistencia no se resigna a comprender que el instante decisivo que les unió con los

¿Le gustaría saber Disecar?



USTED PUEDE APRENDER EN SUS RATOS LIBRES

EL INSTITUTO JUNGLA le enseñará por correspondencia a disecar aves, mamíferos, reptiles, peces y toda clase de animales. Podrá usted conservar sus trofeos, adornar su casa y ganar dinero disecando para otros. Pida folleto utilizando el siguiente cupón:

INSTITUTO JUNGLA. Sección MN
Apartado 9183 - MADRID
Deseo me envíen gratis su folleto informativo

← Nombre
Calle
Población

Autorización Ministerio Educación núm. 27

comunistas fué un instante fugitivo. Un Maurice Duverger expresa también con la misma negativa su pena de haber dejado pasar el instante. Sartre y Bourdet van todavía más lejos, no se limitan a negar la ruptura, sino que exigen el contacto sea como sea y la alianza a pesar de todo. Requieren, pues, una explicación más profunda, a su medida. Raymond Aron la ha tocado con el dedo el día que escribió en «El opio de los intelectuales»: «Ninguna inteligencia sufre tanto como la inteligencia francesa por la pérdida de la universalidad.» Desde el momento que Francia no es lo suficientemente poderosa para proponer un mensaje propio a los hombres de todas las razas, dispersos por todas las latitudes, la nostalgia de una idea universal empuja a los intelectuales hacia la única capital que ofrece al mundo entero un ejemplo único y común. Aunque real, la liberación del obrero en Gran Bretaña y en Suecia es «aburrida como un domingo británico», aunque falaz, la del obrero soviético es fascinante como una catástrofe: contradice la Declaración de los Derechos del Hombre, pero, a su imagen, rompe y desafía las fronteras.

LAS VICTIMAS DE UNA FALACIA

Cuando se recorre la interminable lista de hombres que, bien en Rusia, bien en los países conquistados por los misioneros armados de la Unión Soviética, bien en la propia Yugoslavia, han sucumbido bajo los golpes del régimen a los cuales habían consagrado todos sus sueños y todas sus fuerzas, se siente uno ganado por su propia angustia. ¿Cuáles han sido sus supremas meditaciones? ¿Si hubiesen podido arrojar una botella al mar, qué mensaje le habrían confiado? ¿Una requisitoria contra el hombre o el equipo que había traicionado su esperanza? ¿O la confesión, más penosa todavía que la propia esperanza, por falaz que fuese, de que su juventud había sido seducida y su vida devorada por una mentira?

De Bujarin a Lazlo Rajk, la mayor parte de los testigos han sido ejecutados sin haber podido suministrar su testimonio. Nadie tiene derecho a decir si hubiesen aprobado o repudiado lo que resume el título del libro de Milovan Djilas «La nueva clase». Compañero de Tito, comunista militante y combatiente, dignatario de un Estado «socialista» que se ha forjado sin ayuda exterior y que nunca ha tolerado la más mínima presión sobre su independencia, Djilas ha escogido la prisión a los honores. Pero ha tenido el privilegio de poder confiar al mundo la lección de su experiencia. Su libro constituye la antítesis del famoso Informe Krustchev: el sucesor de Stalin aplasta a su antiguo amo para salvar el sistema que les ha engendrado a ambos. Djilas no se eleva contra Tito ni le injuria ni se queja; le considera, como quizá él mismo más que nadie, como la víctima de un sistema incurable.

Djilas se considera como el producto de un mundo que él ha contribuido a crear. Evoca, no sin desgarramiento, el lazo que establecía en su juventud entre el comunismo y los principios universales. Pero así demuestra que la injusticia y la desigualdad son los frutos maduros de la revolución que se llama marxista, no acusa al azar ni a la perversidad de los hombres. Por el contrario, se trata de un análisis muy objetivo para ser fácilmente refutable lo que él establece como conclusión.

El comunismo marxista ha nacido del espectáculo de la revolución industrial. Como no ha sido aplicado más que en los países donde esta revolución no había tenido todavía lugar, le era totalmente imposible alcanzar el fin que se había propuesto. Cómo la clase obrera podía captar la realidad del poder en un país que, como en Rusia de 1917, no había sido industrializado y en donde consecuentemente, la clase obrera no tenía más que una importancia accesoria? A falta de poder crear el Estado «socialista» en beneficio de una clase, casi inexistente, los revolucionarios fueron llevados, por una necesidad que Marx no había podido prever, a fundar y después a mantener, para su propia ventaja, a la burocracia, que acabaría convirtiéndose en un fin para sí misma.

En tanto que la industrialización no haya sido lograda, esta clase conserva, si no una justificación, por lo menos una razón de ser. Desde el instante que ha cumplido su tarea, que es la exacta réplica en el siglo XX de la obra realizada en el siglo XIX, en Europa occidental, por el capitalismo adolescente—no puede ya escapar a sus contradicciones: internas: si abandona sus privilegios, se condena a muerte; si se esfuerza por mantenerlos

o por legalizarlos, se desencadena, como Djilas, «una especie de guerra civil latente entre el Gobierno y el pueblo». En resumen: la «nueva clase», la de los burócratas, ha creado la industrialización. A su vez, la industrialización ha creado una clase obrera. Entre esta clase obrera y la «nueva clase» surge entonces una auténtica lucha de clases tan favorecida y complicada como la del siglo XIX, por la indocilidad o la revuelta de las nacionalidades oprimidas. Es, pues, al mundo que se llama marxista al que se aplica hoy el análisis de las requisitorias de Marx. Se puede uno sorprender, disertar sobre la ironía de la historia, pero en el fondo, ¿de qué hay que sorprenderse? Karl Marx tenía ante los ojos una Inglaterra en la que las exigencias de la industrialización plegaban todo a su ley de bronce.

EL TEMOR A LA VERDAD DE LOS HECHOS

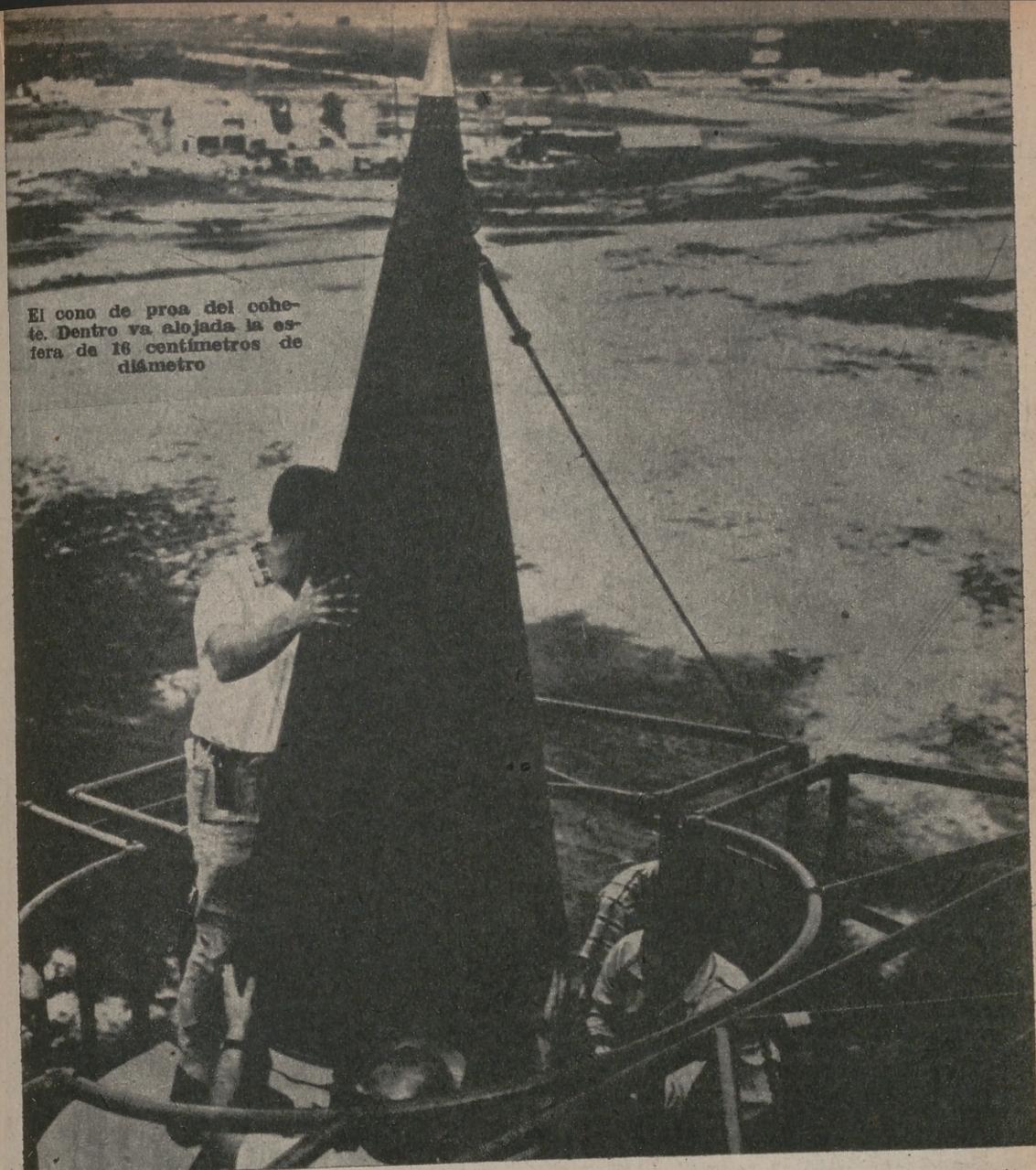
Me parece adivinar la respuesta: la pregunta se convierte en un lazo desde el momento que es planteada por nosotros. Se prefiere ser el engaño o la víctima del «fantasma de Stalin» que del «europeo» Robert Schuman o del «Bonaparte de canon» Guy Mollet. Nuestra insistencia misma bastaría para justificar los escrúpulos o las vacilaciones. No se desea en Francia ni la repetición del «golpe de Praga» ni la suerte de Budapest; por el contrario, se prefiere creer que es un falso peligro, definitivamente conjurado por ese maldito Pacto Atlántico.

Los tiempos nuevos, parecen pensar, exigen renovar el vocabulario, revisar el diccionario de los universales, renunciar a descifrar un mundo nuevo con el alfabeto de una lengua muerta, ahorrar a los trabajadores del arrabal parisiense los descubrimientos bajo los cuales han sucumbido los del arrabal de Budapest. Negarse a pensar así, por el contrario, es no poder darse la satisfacción de decir a los comunistas que sus enemigos son vuestros enemigos, de tratar tanto de seducirlos como de superarlos, como de imitarlos sin servilismo, pero no sin cierta gramática parda, de no arder como François Mauriac ante André Phillip, como Maurice Duverger ante sus estadísticas y como Claude Bouedot ante el mismo, del deseo confesado de unirse algún día con ellos en el camino que el Kremlin puede sólo, a su guisa y en su momento, volver a abrir o condenar; es no aparentar que no se sabe nada, de que todo el sistema que diviniza la ciudad temporal no es sólo un ente tiránico, sino falso; es no perpetuar una espantosa confusión entre el humanismo y el terror para forzar a la historia a que os suministre retorcidamente una parodia de la eternidad perdida.

En 1949, al término de una noche, la Asamblea Nacional aprobó el Pacto Atlántico. Antes de emitir mi voto me volví hacia los diputados comunistas y les di lectura de una lista ya bastante larga: la de los hombres idénticos a ellos que, después de haber conquistado el Poder en Tirana, Budapest, Bucarest o Praga, habían vuelto al fondo de las prisiones que la mayor parte de ellos habían conocido anteriormente o se habían podrido en la fosa común de los ajusticiados. El rostro repentinamente tranquilo de mis oyentes me dictó mi conclusión: «Es vuestra libertad la que defendemos al mismo tiempo que la nuestra. ¡Dejadnos hacer, señores!» Un viejo maestro, Virgile Barel, que ha sufrido mucho y que continúa siendo militante de la edad dorada, me replicó como si él hubiese sido personalmente atacado: «Todo eso parte de una bondad natural. Pero no os preocupéis tanto por nosotros.»

Ocho años han transcurrido. Gomulka ha salido de su calabozo para unir su nombre a una experiencia nueva; se le han tributado funerales nacionales a Lazlo Rajk; la historia de Stalin—duplicante su vida, César y Papa; monstruo durante su muerte—ha repetido la de un Emperador de Bizancio, pero innumerables comunistas han tomado a su vez el camino de la Guda, de la ejecución, de Siberia, de Mongolia, del destierro o de la huida interior. Como Virgile Barel en 1949, los intelectuales de izquierda se limitaron a replicarnos: «¡No os preocupéis tanto de nosotros!»

Si nuestra compañía les molesta, son libres de repudiarla, como nosotros somos libres de creer que los verdaderos diálogos y los desacuerdos fecundos reurdirán de ellos mismos el día en que la «intelligentsia» cese de torturar a la historia. La verdad, el fondo de sus corazones, su razón de ser, no les obliga a entenderse con nosotros, sino a comprender y a gritar que ningún pueblo ha hecho nunca injusticia a los dueños que no escogió.



El cono de proa del cohete. Dentro va alojada la esfera de 16 centímetros de diámetro

"BETA 1958", MAS ALTO QUE NINGUNO

La vuelta al mundo en 135 minutos

Equipado con una pila solar, el nuevo satélite artificial americano registra las temperaturas del espacio

ERA el día de San Patricio. En Cabo Cañaveral no había preparativos de fiesta. Los hombres, técnicos y obreros, habían trabajado silenciosamente durante toda la noche. Concluyeron las últimas tareas y ahora todos esperaban la orden.

En la oscuridad de las primeras horas, los focos iluminaban la gran plataforma sobre la que se levantaba el proyectil. Era muy alto y en su esbelta silueta

no se advertía la más ligera interrupción. Cualquiera de aquellos hombres hubiera reconocido su figura desde muy lejos: Era el "Vanguard".

Ya faltaba poco para las siete de la mañana. Los irlandeses de la base habían renunciado por el momento a celebrar la festividad de su Santo Patrono. Sólo la corbata verde, símbolo del día, lucía sobre las camisas de muchos hombres. Incluso el doctor

John P. Hagen, cabeza del proyecto, se había puesto una.

El proyectil más costoso y delicado de todos los conocidos hasta el momento esperaba la hora de elevarse en aquel cielo sin nubes. Estaba amaneciendo y su figura se hacía por momentos más visible. Cuando sonaron las sirenas de aviso, la rampa de lanzamiento y los espacios próximos quedaron vacíos. Los técnicos y obreros buscaron el re-

LOS DERECHOS DE LA MUJER

El régimen del matrimonio, la adopción, el problema de la capacidad jurídica de la mujer y los derechos sucesorios del cónyuge que sobreviva al otro son los aspectos más importantes de las reformas del Código Civil español que ha estudiado la Comisión de Justicia de las Cortes recientemente.

Estas modificaciones son las más extensas de las introducidas hasta ahora en aquel texto legal. Nuestro Código, al igual que todos los elaborados en el pasado siglo, dedicaba mayor atención a los aspectos económicos y patrimoniales que a los puramente personales. Con la reforma, de la que están pendientes los mejores civilistas de los países hispanoamericanos, se presta especial cuidado al aspecto personal y se consagra un mayor respeto a la libertad de contraer matrimonio, acomodando así nuestro ordenamiento legal al Concordato concertado el 27 de agosto de 1953 entre la Santa Sede y el Estado español.

La nueva Ley da una nueva regulación al régimen de la adopción y libera a la mujer de ciertas limitaciones en su capacidad. No se han omitido tampoco los aspectos patrimoniales, pero sin olvidar la primacía de los valores de la persona. Con todo ello se eliminan antiguas dudas, como las que surgían sobre la posibilidad o no del matrimonio civil cuando sólo uno de los contrayentes no profesaba la religión católica. Según esta reforma, queda claramente establecido el carácter supletorio del matrimonio civil. Es suficiente, por tanto, que uno de los contrayentes profese esta religión para que no quepa otra clase de vínculo conyugal que el canónico. La acatolicidad ha de darse en ambos contrayentes para que la clase civil del matrimonio sea posible.

En cuanto afecta a la licencia que deben obtener los hijos menores de sus padres para contraer matrimonio, se ha procurado respetar a un tiempo la reverencia que aquéllos merecen y la liber-

tud de los contrayentes. Así, la Ley civil no dictará regla sancionadora alguna si la unión ha sido efectuada con plena licitud a los ojos de la Iglesia. Con la reforma desaparece el requisito del Consejo para los matrimonios de los hijos mayores de edad. Suprimir esta exigencia es algo que reclamaba claramente el Concordato y que pedía también el ejemplo de la legislación extranjera, desconocedora en general del consejo.

La adopción también es objeto de honda transformación por las tendencias dominantes en el pasado siglo, concibió la adopción con perfiles y efectos muy estrechos. Ahora se la dota de la mayor estabilidad y se la declara irrevocable, salvo en determinados casos justificados. La edad para adoptar ha sido disminuida, fijando el límite mínimo de los treinta y cinco años, pues la experiencia ha demostrado que el de cuarenta y cinco años establecido por el Código resultaba en exceso dilatado.

Por lo que se refiere a la capacidad jurídica de la mujer, la nueva Ley se inspira en el principio de que, tanto en un orden natural como en el orden social, el sexo por sí solo no puede determinar una diferencia de trato que se traduzca en algún modo en la limitación de la capacidad de la mujer. Cuando la reforma la aprueben las Cortes, la mujer podrá ser testigo en los testamentos y desempeñar cargos tutelares, dos limitaciones, éstas impuestas por el Código. Al mismo tiempo se le reconocen importantes atribuciones y facultades en orden al régimen patrimonial del matrimonio.

Estas modificaciones suponen un gran paso en la recepción de las modernas corrientes sociológicas, y con ellas se aseguran seriamente los derechos y los legítimos intereses de la mujer, de ordinario más expuestas a sucumbir. Y siempre con la mira puesta en los hijos, que encarnan el más estimable bien del matrimonio.

fugio de los reductos de hormigon que les protegerían en el caso de una explosión en el instante del lanzamiento. Allí, entre instrumentos de control y los grandes relojes que señalaban el paso de los segundos, había pocos testigos; apenas los indispensables para comunicar después el resultado de la prueba.

Siete y dieciséis minutos. Alguien presiona un pulsador y hasta el reducto llega el terrible estruendo de los motores que se

ponen en marcha. Es un fragor largo e intenso que se mezcla con un largo silbido. Poco a poco decrece el trueno. El "Vanguard" se levanta sobre la rampa y se aleja, cada vez más de prisa, camino de los cielos.

Los obreros de Cabo Cañaveral, acostumbrados a presenciar los lanzamientos de centenares de cohetes afirman que jamás contemplaron ascensión tan limpia y segura. Los ojos se levantan tras el rastro del proyectil que des-

aparece en seguida, dejando tan sólo un violento rastro de humo, dispersado por la brisa.

Dos horas y media más tarde, un escueto comunicado de la Casa Blanca anuncia a todo el mundo que el proyecto "Vanguard" ha sido un éxito. El segundo satélite artificial americano ya está en su órbita. Alan T. Waterman, director de la Fundación Nacional de Ciencias, comunica al Presidente Eisenhower la gran noticia.

En todo el mundo, muchas estaciones de radio se lanzan a la búsqueda de las emisiones del nuevo satélite. En Long Island, Nueva York, la estación de R-verheadm, de la Radio Corporation of America, anuncia que durante cinco minutos y medio había podido registrar las señales llegadas de la altura. El portavoz declaraba que las llamadas eran claras y potentes.

Casi al mismo tiempo, en Fort Monmouth, el Cuerpo de Transmisiones del Ejército recogía también las emisiones.

UN ALFABETO PARA LOS SATELITES

Un nuevo satélite artificial americano ha sido lanzado con éxito al espacio dentro del programa del Año Geofísico Internacional. Como su antecesor, el "Explorador I", este satélite cuenta también con dos nombres. Su denominación científica es "Beta 1958"; con las letras del alfabeto griego se designarán sucesivamente los diversos satélites, las cifras del año señalan el año en que fueron lanzados.

Pero "Beta 1958" es el satélite artificial lanzado por la Marina de los Estados Unidos en la realización de su "Proyecto Vanguard". "Vanguard" es también el nombre del cohete que, semejante a un zapicero gigantesco, ha llevado a "Beta 1958", bautizado popularmente como "Vanguard I". Así se ha podido decir sin que fuera un trabalenguas ni un acertijo que en la realización del "Proyecto Vanguard", un cohete "Vanguard" transporta hasta su órbita al "Vanguard I".

El nuevo satélite es una pequeña bola de 16 centímetros de radio, en donde se observarán las diferencias de temperatura existentes a más de 1.000 kilómetros de la tierra. Los dos transmisores de radio enviarán a las estaciones terrestres todos los datos recogidos.

El "Proyecto Vanguard" representa el esfuerzo de un hombre, el doctor John P. Hagen, que ha escogido el camino más difícil y ha sabido triunfar. El fue el primero en sostener que el lanzamiento del satélite artificial podía realizarse con un proyectil revolucionario al par que poco conocido en sus reacciones como es el "Vanguard". Fracaso momentáneamente, pero en vez de variar sus planes y sustituir al "Vanguard" por cualquier tipo de cohete más conocido prefirió seguir adelante y hallar el éxito que ahora se le ha presentado. América cuenta con el que será, con el tiempo, el más viejo de los satélites artificiales; mientras los otros caigan y se desin-

tegren, "Beta 1958" permanecerá en su órbita, girando a velocidad fantástica en torno del planeta de donde saliera en la mañana del 17 de marzo de 1958.

La Marina norteamericana ha igualado el esfuerzo del Ejército, que lanzó el día 31 de enero el "Explorador I". Los investigadores del Ejército preparan ahora el lanzamiento de un nuevo "Júpiter-C", que transportará otro satélite artificial. Las antiguas rivalidades entre la Armada y las Fuerzas de tierra se han trocado en un constante afán de superación que está ya dando sus frutos. Estados Unidos cuenta ahora con el mismo número de éxitos que Rusia.

ANOS EN LA ORBITA

El satélite lanzado por la Marina norteamericana ha subido más alto que ninguno de sus anteriores compañeros, rusos o americano. Este resultado es consecuencia de una decisión adoptada por los científicos realizadores del proyecto. Al reducir la masa del satélite es posible conseguir una mayor altura de su órbita, al par que, naturalmente, se disminuye el volumen de instrumentos con que cuenta en su interior.

Cuanto mayor es la distancia de la superficie terrestre, menos intenso es el rozamiento con el escaso aire de aquellas zonas; así, "Beta 1958" experimenta un rozamiento inapreciable en comparación con el que sufren más abajo los otros satélites.

La reducción de peso ha sido grande: "Vanguard I" pesa 1.472 gramos, mientras el peso del "Explorador" era de 13.590 gramos, y de 83,32 y 506,3 kilos, respectivamente, los de los sucesivos "Sputniks". La contrapartida de un mayor alejamiento aparece bien clara. La trayectoria de todos los satélites no se halla siempre a la misma distancia de la superficie de nuestro planeta.

Estos cuerpos describen en torno de la Tierra una órbita elíptica que los mantiene a alturas diversas. "Beta 1958" llega a estar en su apogeo o punto más alejado a la distancia de 4.053 kilómetros de la Tierra; en los apogeos de los dos "Sputniks" se alcanzaron 962 y 1.623 kilómetros, respectivamente, y en el "Explorador I", 2.531 kilómetros.

En el perigeo o punto más cercano a la superficie, "Beta 1958" alcanza una altura de 655 kilómetros, en tanto que los satélites artificiales soviéticos logran sólo 221 y 212 kilómetros; "Explorador I" obtuvo los 360 kilómetros.

El jefe del Programa de Satélites de la Comisión norteamericana para el Año Geofísico Internacional ha adoptado un criterio ecléptico al declarar que el "Vanguard I" podrá mantenerse durante bastante más de diez años; añadió que aún es preciso esperar cálculos más detenidos de su órbita para poder fijar con cierta probabilidad ese período de tiempo.

El Laboratorio de Investigación Naval ha seguido el rastro del satélite y ha podido comuni-



Veinte segundos antes del lanzamiento: los encargados de la prueba observan tensos las pantallas de TV en el blocao

car los resultados obtenidos durante sus primeras vueltas en torno de la Tierra. El tiempo que tarda en describir su órbita es precisamente el calculado por los técnicos antes de su lanzamiento: 135 minutos.

Invierte más tiempo que los anteriores satélites artificiales, ya que la órbita de éstos es mucho menos elevada y, por lo tanto, más reducida. Los dos primeros "Sputniks", primero y segundo, empleaban, respectivamente, 96 y 100 minutos. El "Explorador I" tarda 114.

La velocidad de "Beta 1958" oscila también en razón a la diferencia de alturas. En el punto más cercano a la superficie se mueve a la velocidad de unos 30.000 kilómetros por hora; en el apogeo disminuye hasta los 20.000. Por término medio, y durante la mayor parte de su trayectoria, la velocidad es de unos 28.900 kilómetros por hora.

UNA CARRERA BAJO CERO

Tras los dos anteriores fallos, que fueron precedidos de varios retrasos, el "Vanguard" ha logrado poner en órbita a "Beta 1958". Este tipo de proyectil se ha revelado como el más perfeccionado que poseen hoy los

Estados Unidos, y probablemente es también muy superior a los actuales modelos rusos.

Once toneladas de peso, 22 metros de longitud; he ahí, en dos cifras la descripción del proyectil que ha triunfado.

El "Vanguard" es un cohete de tres pisos, dotado de mecanismos extraordinariamente sensibles; es un instrumento de experimentación del que el propio doctor Hagen ha dicho que puede tener en su funcionamiento más de 10.000 averías de distinta clase.

Un sistema giroscópico muy complejo controla todos los movimientos del "Vanguard". Cualquier desviación de la ruta puede ser corregida también gracias a la utilización de diminutos cohetes auxiliares que rectifican o mantengan la trayectoria. A las velocidades que desarrollan estos proyectiles serían totalmente ineficaces los habituales alerones de dirección.

El "Vanguard" se eleva en trayectoria vertical, impulsado por los motores de la sección inferior; ésta es, en realidad, un "Viking", notablemente mejorado. Los antiguos cohetes de este tipo, obtuvieron la marca mundial de altura para proyectiles

Tras el lanzamiento, los técnicos sonríen, aliviados



EL AULA Y LA FABRICA

La expansión industrial de un país, tal como hoy se concibe, no puede ser fruto de la improvisación ni obra dejada en manos del azar. Posiblemente fué una de las causas más importantes del escaso e irregular desarrollo del primer industrialismo europeo su afán de improvisar y su falta de sometimiento a normas metodológicas y científicas. La industrialización ha de ser, hoy más que nunca, consecuencia de un previo planteamiento racionalizado y de un estudio minucioso, más alejado de consideraciones abstractas que de detalles menisibles.

En la tarde del día 15 de este mes Bilbao inauguraba su nueva Escuela de Ingenieros Industriales. En su inauguración el Ministro de Educación Nacional pronunció un importante discurso. El mismo día que la Escuela se inauguraban también en Bilbao los laboratorios de ensayos e investigación industrial. «Desde el ángulo que me corresponde servir y vigilar como Ministro de Educación Nacional, confío mucho en que la industria vizcaína, por tradición dinámica y alerta, se percate de que en una inmensa proporción su suerte futura está ligada a la suerte de la investigación y de la ciencia; comprenda, en suma, que las fábricas prosperarán en la exacta medida en que prosperan también los laboratorios y las aulas.»

Esta es la gran verdad y la gran lección que hoy tiene que aprender y no olvidar el marchamo de la moderna industrialización. En tanto en cuanto la Nación, la sociedad, desestime y se desentienda de los problemas que la investigación trae consigo; mientras no llegue a comprender que los laboratorios, los tubos de ensayo, los pupitres de las aulas, las horas de siledad del investigador son más necesarias o, al menos, tan necesarias como las fábricas humeantes, el taller o la mi-

na, nada se habrá aventajado en el progreso industrial. La fábrica tendrá que ir al compás de las aulas, y las aulas y los laboratorios son los que medirán, como termómetros, la temperatura de nuestra industria.

La ley de julio del año pasado sobre la ordenación de las Enseñanzas Técnicas significó en España un avance formal y de grandes dimensiones en la comprensión de estos problemas. Hoy el Ministro de Educación Nacional acaba de anunciar desde la cátedra de la nueva Escuela de Bilbao un proyecto de ley, ya en las Cortes, en el que se prevé la multiplicación por tres del presupuesto que el Ministerio de Educación venía dedicando a estos fines antes de la reforma, presupuesto que, en una parte, viene a mejorar las remuneraciones de los profesores, y en otra a un primer aumento de las plantillas de catedráticos, profesores y maestros de taller. Se proyecta también duplicar en el presente ejercicio la cantidad hasta hoy asignada para los gastos de funcionamiento de las Escuelas, con objeto de que queden debidamente atendidas las necesidades que plantea su mayor actividad y puedan intensificarse las prácticas en laboratorios y talleres, de acuerdo con las actuales directrices y con los imperativos que los nuevos tiempos imponen.

La docencia y la empresa, la fábrica y el aula han de corresponder a este constante espíritu de superación que el Estado viene poniendo en práctica. Bilbao —su nueva Escuela y sus laboratorios nuevos— es un ejemplo. La segunda revolución industrial, marcada por el átomo y su energía, podría ser para el espíritu dinámico, progresivo y resuelto del Bilbao de hoy lo que para el pequeño Bilbao del «puente colgante» supuso, hace ahora un siglo, la aventura del acero y del hierro.

de un solo bloque, alcanzando los 254 kilómetros.

El "Viking" soporta los más duros obstáculos. El es quien tiene que impulsar todo el proyectil a través de las capas más densas de la atmósfera, precisamente las más próximas a la superficie terrestre.

La troposfera, una zona de bajas temperaturas, es atravesada en 140 segundos. Después el "Vanguard" alcanza ya la estratosfera, entre los 19 y los 24 kilómetros de altura. La temperatura exterior ha descendido hasta los 80 grados bajo cero para

subir poco después otra vez a los cero grados, cuando el "Vanguard" llega a la ozonosfera. Después, en la ionosfera se registra otro brusco descenso de temperatura.

A los 57 kilómetros de altura el "Viking", primer piso del "Vanguard", ha cumplido su misión; el combustible ha sido ya consumido y el proyectil asciende a la velocidad de 6.000 kilómetros por hora. Es entonces cuando se desprende el primer piso del proyectil y entra en funcionamiento el segundo. Si los cálculos previstos se han cum-

plido exactamente, el "Viking", describiendo una trayectoria balística, debe haber caído al mar a unos 350 kilómetros de la península de Florida.

El "Vanguard" abandona la dirección vertical; al principio el cambio es totalmente inapreciable, pero poco a poco el proyectil se inclina en su trayectoria. El cerebro electrónico alojado dentro del segundo piso ha trazado el nuevo rumbo.

A partir de la separación de la primera sección el gran proyectil ha disminuido en peso y longitud, pero ha ganado en velocidad; ahora alcanza ya una velocidad de 17.600 kilómetros por hora. Mientras, los motores consumen vorazmente el combustible; a los 200 kilómetros de altura dejan de funcionar. La inercia obliga al gran artefacto a remontarse más alto, hasta los 480 kilómetros; es entonces cuando el segundo piso cae a tierra; con él desaparecen casi todos los instrumentos que habían vigilado la marcha del "Vanguard".

La velocidad ha disminuido durante la última etapa del camino, pero ahora, al ponerse en marcha el tercer cohete, vuelve a aumentar hasta llegar a los 28.800 kilómetros necesarios para que el satélite artificial alcance su órbita. El tercer cohete asciende en la etapa más peligrosa del viaje; el cerebro electrónico se ha quedado ya atrás y las averías son mucho más probables. Fué precisamente el último cohete del "Júpiter-C" el que falló recientemente en el intento de poner en órbita al que hubiera debido llamarse "Explorador II". Cuando el carburante sólido del último cohete se agota, salta al espacio automáticamente la pequeña bola que ahora rueda en torno de la tierra. El proyectil ha cumplido su misión.

EL BALON Y LA FOCA

El doctor Hagen ha comparado al "Vanguard" con una inmensa y al mismo tiempo delicada foca que mantuviera sobre su nariz un balón siempre a punto de caer. Tras esta afirmación se escondía el constante temor en el comportamiento de los delicados controles. "El "Vanguard", proyectil de nuevo cuño, ha demostrado ampliamente su superioridad.

Todo el complicado proceso de la colocación en la órbita del satélite artificial no ha requerido nada más que diez minutos, contados a partir del momento en que el gran proyectil se separó de la plataforma.

Cerca de la órbita de "Beta 1958" se mueve también otro cuerpo mucho mayor; es un largo cilindro de unos 23 kilos de peso, que gira en una órbita propia. El tercer piso del proyectil "Vanguard" se ha convertido ahora en un satélite, después de expulsar de sí seno al auténtico. Otro tanto ocurrió en el lanzamiento del segundo "Sputnik". Sin embargo, y a semejanza del caso citado, el tercer piso del proyectil "Vanguard" no permanecerá mucho tiempo en el espacio. Caerá pronto a tierra y probablemente se desintegrará

antes de alcanzar la superficie.

SEIS VENTANAS EN UNA BOLA

De todos los satélites artificiales que ahora giran en torno de la tierra, "Beta 1958" es el único que "habla", emitiendo señales de radio para la transmisión de observaciones. Todos sus antecesores enmudecieron al poco tiempo de hallarse en órbita. Los transmisores de radio se alimentaban de la energía suministrada por unas pilas que se agotaron prontamente a causa de que habían sido construidas en tamaño muy reducido para poder ser transportadas en el interior del satélite.

"Beta 1958" aporta una innovación que significa un trascendental avance en la técnica de los satélites artificiales. Según ha declarado Von Braun, en la actualidad director de Operaciones de la Agencia de Projectiles Balísticos del Ejército, "Beta 1958" ha sido equipado con una pila solar. A través de seis aberturas o ventanas, los rayos de nuestra estrella penetran en el interior de la reducida bola de aluminio y llegan a la pila, donde se transforman en energía apta para el funcionamiento de los dos transmisores de radio.

De una manera teórica las radiaciones de datos se prolongarán indefinidamente hasta que se desintegre algún día el satélite artificial. En la práctica es preciso tener en cuenta las posibles aunque improbables averías de la pila. Este sistema se hacía necesario para lograr la eficacia de "Beta 1958". El nuevo satélite artificial que girará durante varios años no podía llevar en su interior pilas que suministraran energía propia durante todo ese espacio de tiempo. Si, por otra parte, cesara de emitir tras el agotamiento de las pilas, perdería toda utilidad la prueba y el lanzamiento habría sido infructuoso o escasamente interesante desde el punto de vista científico. Con el procedimiento que ha solucionado este problema, "Beta 1958" tiene garantizado el funcionamiento de sus transmisores durante todos los años que dure su camino elíptico en torno de nuestro planeta.

La construcción de los diminutos satélites artificiales representa un gran éxito para la industria americana. En el reducido espacio interior de un satélite se albergan los instrumentos para el estudio de las radiaciones, la intensidad de la lluvia de meteoros, los termómetros y las pilas empujadas hasta extremos hasta hoy inconcebibles.

Superados todos los obstáculos del lanzamiento del proyectil y de la colocación en órbita del satélite artificial, sólo un grave peligro puede amenazar a "Beta 1958": los aerolitos.

Hasta las zonas en donde se mueve el satélite llegan, procedentes de los espacios interplanetarios, los fragmentos de minerales que vagan por el espacio y son atraídos por la Tierra. Sólo muy pocos y con una masa considerablemente reducida al-

canzan la superficie de nuestro planeta. La mayoría se desintegran en el roce con las capas de aire de la atmósfera. Sin embargo, en esas regiones penetran sin sufrir todavía disminución apreciable y pueden significar una seria amenaza para la integridad del "Vanguard I". Un choque con un aerolito de cierto tamaño podría destruir instantáneamente el satélite artificial.

Radio Moscú ha dado la noticia, comunicada desde Washington y Nueva York, pero es probable que antes de recibirla por intermedio de la Agencia Tass, los científicos rusos estuvieran ya informados de la marcha del satélite. Ahora disponen de un nuevo instrumento para la localización de los cuerpos en el espacio, construido por el Instituto de Astronomía de Moscú. Cuando el satélite artificial pasa por un determinado punto, el aparato registra sus vibraciones y recibe al mismo tiempo las señales eléctricas de un reloj astronómico; con estos datos los instrumentos del localizador pueden fijar con exactitud las coordenadas en que se halla el satélite artificial.

Por su parte, los americanos disponen ya de un nuevo instrumento que ha sido designado como "Memoria magnética". Este instrumento recoge en su recorrido diversos datos sobre las radiaciones magnéticas. A su paso por el territorio americano recibe una señal enviada desde Tierra, y entonces comienza a radiar toda la información que había acumulado en un magnetófono. Pese a su extraordinaria complejidad, el nuevo aparato pesa tan sólo 225 gramos.

TREINTA Y CINCO BILLONES DE PESETAS

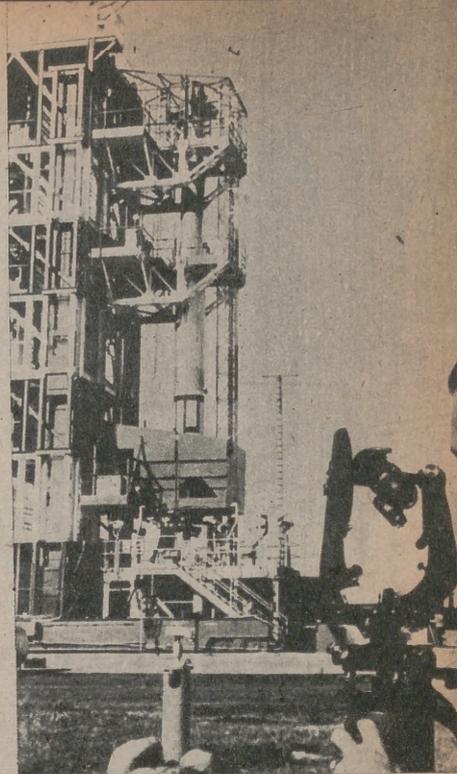
El éxito del "Proyecto Vanguard" ha permitido desvelar un poco algunos de los planes sobre lanzamiento de nuevos satélites artificiales americanos.

El doctor John P. Hagen se ha mostrado partidario de lanzar varios satélites cuyas órbitas, a diferentes alturas, estuvieran trazadas en torno de la Luna. Los satélites de nuestro satélite podrían estar listos para su lanzamiento dentro de año y medio. Desde allí informarían ampliamente acerca del campo magnético lunar y sobre la atmósfera residual que según algunos investigadores parece existir, aunque es hoy imperceptible.

Con un satélite artificial dotado de una cámara fotográfica se podría llegar a conocer el aspecto de la zona siempre oculta de la Luna.

"Todo depende de la rapidez con que los Estados Unidos deseen que se siga adelante en el proyecto." Con estas manifestaciones ante los periodistas, Hagen ha aludido a los posibles retrasos por causa del elevado coste del programa.

Según cifras de los técnicos, en julio de 1957 el coste total de la operación "Vanguard" fue calculado en unos 5.000 millones de pesetas; con los trece satélites cuyo lanzamiento había sido



Ahora se comprueba la verticalidad del segundo piso del "Vanguard"

previsto en el primer proyecto, el coste por kilo elevado hasta su órbita era de unos dieciocho a veinte millones de pesetas. El programa de lanzamientos con el "Júpiter-C" es mucho más modesto, ya que su coste por kilo es solamente de unos ocho a diez millones de pesetas.

Según las opiniones de muchos expertos norteamericanos, el coste total de un programa mínimo de realizaciones en el campo de los proyectiles dirigidos y los satélites artificiales alcanza hoy una cantidad equivalente a treinta y cinco billones de pesetas.

Según algunas informaciones, el Ejército prepara el año actual el lanzamiento de unos 20 satélites, cuyo peso se irá incrementando progresivamente hasta alcanzar los 300 kilos de peso.

De acuerdo con los proyectos elaborados, el "Explorador II" irá provisto de una cámara de televisión, que sólo entrará en funcionamiento durante el período de iluminación solar. El satélite que le siga irá posiblemente provisto de material fotográfico y electrónico, que recoja los datos más esenciales encaminados a la redacción definitiva del proyecto de una estación espacial desde la que sea posible algún día realizar el salto hacia otros planetas.

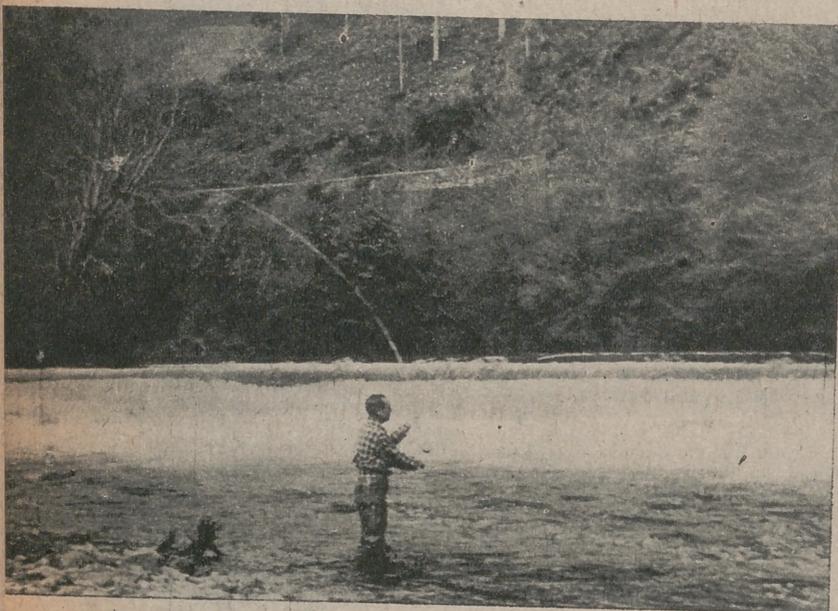
El plan de la Marina comprende el lanzamiento durante el año de una cifra total de ocho satélites. Los últimos éxitos del Ejército y la Armada parecen haber inducido a ampliar el programa previsto en el Año Geofísico Internacional, y quizá antes de que concluya 1958 los Estados Unidos habrán enviado un cohete a la Luna.

Guillermo SOLANA

PACIENCIA, DESTREZA Y UNA CAÑA

HA EMPEZADO LA TEMPORADA DE PESCA DEL SALMON Y LA TRUCHA

DE LA MONTAÑA AL MAR Y DEL MAR A LA MONTAÑA



HA dado comienzo la nueva temporada de pesca de salmones y truchas. La veda de esta pesca continental—de tierra adentro—fué levantada el pasado día 9, un domingo de clima desapacible y poco propicio a los madrugadores de la caña, pero la temporada se ha arrancado con más afición aún que en los años anteriores.

Muy lentamente se ticían aún los neveros, y ya está por ahí la estampa romántica del pescador de caña, excursionista y un poco montañero, siempre que se trata de aprehender en el anzuelo los grandes peces de los pequeños ríos de sierra y las lagunas del deshielo y el glaciar.

En el desfiladero, entre montañas, una carretera serpenteante y arrimada a las rocas. Un ruidoso torrente, río casi recién nacido, y en un recodo, de pronto, el pescador con sus altas botas de goma plantado en medio del agua, quizá arqueada la caña por un salmón trabado que lucha por liberarse en ese forcejeo entre el hombre y el pez, el tira

y afloja del carrete y el hilo, que constituye la más fuerte emoción del maravilloso y paciente deporte de la pesca con caña.

Mil pesetas vale un mediano salmón, y cualquier mortal que ve un billete de los grandes navegando en un pequeño río lo más probable es que intente capturarlo, pero no es el afán de lucro lo que lleva a esos deportistas a los ríos salmoneros, sino la afición a los grandes peces de plata, a la belleza de los ríos de aguas jóvenes y de aguas limpias, al eco de los sombríos barrancos de verde y azul intensos, a las aguas de variante luz; a la Naturaleza de las altas montañas y los congostos concretada también en la belleza del salto de las aguas contrapuesto al salto del salmón contrarrompente y esforzado.

REY DE LOS PECES DE AGUA DULCE

Y todo ese amor tiene un premio, no como precio, sino como añadidura. Los grandes e incre-

bles peces, el sorprendente tamaño de los salmones y las truchas, tan fuera de proporción con el bullicioso y espumante medio en que han sido capturados, hasta el punto que parece que cuanto más pequeño y sin hacer es el río mayores son las piezas que en él se pueden cobrar.

El salmón es oro con escamas por lo elevado de su precio y por la estima que se tiene para ese pez cuando, pescado, se sirve en las mejores mesas. No sólo es el rey de los peces de agua dulce, sino también una mercancía de coste tan elevado que, por encima de 100 ptas. el kilo, nacen de cada pieza un auténtico botín. De ahí el peligro y la tentación de las redes, butrones, explosivos y otros métodos poco escrupulosos que se les ocurren a veces a las mentes sin paciencia de algunos pescadores furtivos y la necesidad de los guardas piscícolas, carabina al hombro y listos los prismáticos, porque si la carga explosiva se oye y retumba en la montaña, la red es silen-

ciosa y taimada por su esencia misma, ingenio invisible ése de la red, al que hay que adivinar más por los movimientos que haga el pescador dentro del agua que por la localización concreta y a distancia de su tendido de un lado a otro de torrente.

LOS TRESCIENTOS DE LA CARABINA

La guardería piscícola, los guardas del pez, forman un cuerpo constituido por unos trescientos hombres en toda España, que está dividida en siete regiones piscícolas.

Las jefaturas regionales de pesca están situadas, la primera en San Sebastián; la segunda, en Pontevedra; la tercera, en Burgos; la cuarta, en Madrid; la quinta, en Sevilla; la sexta, en Valencia, y la séptima, en Barcelona. Existen también dos Delegaciones especiales en Oviedo y en Santander. En las restantes capitales de provincia, los Distritos Forestales actúan como delegados del Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza.

Los trescientos guardas que existen para la vigilancia de la pesca continental, la mayoría son guardas piscícolas con cargo al presupuesto autónomo del Servicio Nacional de Pesca Fluvial, pero también los hay que dependen de la Dirección General de Montes.

La distribución de estos guardas es muy desigual, ya que la mayor parte de ellos están en las provincias cantábricas y atlánticas del Norte, mientras hay comarcas bastante ricas en pesca e rías que los guardas piscícolas son una ave rarísima.

Esta aparente anomalía se explica por la necesidad de concentrar los esfuerzos de vigilancia en las zonas salmoneras, en los cotos nacionales ya establecidos, lugares que requieren una mayor vigilancia.

POR CUENCAS COM- PLETAS

Para empezar, las tareas de organización piscícola se han hecho por cuencas fluviales com-

Dos estampas corrientes en nuestros ríos. El lanzamiento del anzuelo y la paciente espera

pletas, que en el caso de los salmonidos constituyen una gran riqueza que hay que vigilar celosamente. No han sido soltados millares de alevines de salmón para que cualquier desaprensivo los vuele con dinamita, y es natural que estos ríos de montaña, que han sido plateados de riqueza gracias a la ayuda oficial, se consideren como zonas especialmente vedadas a la codicia de las artes prohibidas.

La necesidad de la conservación de la riqueza piscícola ha sido reconocida por una legislación de carácter eminentemente protector. El decreto del Ministerio de Agricultura de 13 de mayo de 1953 dicta normas que vedan la instalación de artes, industrias o aprovechamientos que puedan afectar al estado físico, químico, biológico o dinámico de las aguas fluviales de determinadas zonas del territorio nacional. Además, por los decretos com-

LA HISTORIA NO SE INVENTA

COMENZADO ya el mes de marzo, el ministro marroquí del Interior, Sidi Dris Meharume, acompañado del alto personal de su Gabinete, hizo un breve recorrido de dos días por la provincia de Agadir. A su regreso, el ministro reunió a los corresponsales de Prensa extranjera acreditados en Rabat y les hizo algunas declaraciones. Estas declaraciones, antes que en parte alguna, salieron publicadas, al día siguiente y a grandes titulares, en los periódicos marroquíes. Expuso en su conferencia Sidi Dris Meharume la existencia en la provincia de Agadir de 3.300 refugiados procedentes de la región de Tarfaya y de otras zonas dependientes de España y de Francia que se habían visto obligados a abandonar sus tierras «para venir, en unión de sus gobernadores, a expresar su adhesión natural a Marruecos y al Tronón».

La primera intención de estas declaraciones es muy fácil averiguarla: se trata sencillamente, de presentar a este posible número de refugiados como personajes importantes unidos a Marruecos por trascendentes lazos de amistad y proclamar su inquebrantable adhesión al Rey y al Gobierno central. Se trata de dar a estos refugiados un carácter eminentemente político. Hecha esta afirmación, se pretendió establecer, en aquella conferencia de Prensa, que la soberanía de Marruecos sobre los territorios del Sahara no ha sido negada más que en los últimos años. Incluso se habló de hipotéticas embajadas de los nativos del Sahara llegadas hasta los Monarcas marroquíes y de las visitas que aquellos recibieron de éstos. Ni de lo primero ni de lo último ha quedado constancia alguna en la Historia porque la Historia (con mayúscula) no suele inventarse los hechos.

La Dirección General de Prensa y la Dirección General de Plazas y Provincias Africanas han salido al paso de conceptos totalmente ajenos de la realidad. Sabe el mundo, y esto es que la Historia no lo ignora, porque ha quedado grabado en los testimonios gráficos de las cartas geográficas, que la autoridad de los Sultanes marroquíes no llegó nunca

más allá de las estribaciones del Atlas, y que únicamente, y precario, pudo llegar alguna vez a las inmediaciones del Draa, aceptado internacionalmente como su límite geográfico.

Si en Agadir hoy se encuentran miles de refugiados huidos de la zona de combate, la responsabilidad de este estado no es de Francia ni de España; la responsabilidad de los hechos afecta naturalmente a aquellos que fueron causa, activa o pasiva, de que los hechos se produjesen. En este caso, la responsabilidad cae única y absolutamente en quienes permitieron que se organizaran unas bandas armadas irregulares para que atacasen a tierras que no eran suyas, no en quienes, basados en un legítimo derecho de posesión, tuvieron que defenderlas heroicamente.

En cuanto a la histórica y legítima posesión de Ifni por parte de España ha quedado ya suficientemente demostrada ante la Historia y ante el Derecho. Los derechos de España derivan del establecimiento, repetido a través de cuatro siglos, en aquella costa y una situación de derecho reconocida en el Tratado de 1860 entre España y Marruecos, que, por falta de autoridad de los Sultanes sobre aquellos territorios, se dilató su delimitación hasta el año 1912, en que fué delimitado por el convenio hispanofrancés del mismo año. Y fué aquel Dahir que confirmaba el convenio el mismo que Mohamed V se comprometió a respetar el día en que se firmaba el Tratado de Independencia de Marruecos, tan generosamente concedida por España. A continuación de la proclamación de esta independencia es precisamente cuando comienza el período de desórdenes, de descontentos, de anarquía en la región de Agadir. Elementos del ultranacionalismo marroquí, mululantes por la provincia de Agadir, fueron quienes intertaron sembrar la agitación y la guerra en nuestro territorio de Ifni. Si ahora preguntásemos por los sujetos de responsabilidad, la respuesta estaría más clara. Siempre, naturalmente que una absurda ceguera no empañe los ojos para ver con la claridad que los hechos exigen.

das piscícolas. Ahora existen trescientos, pero para alcanzar una primera etapa de conservación y consolidación hacen falta unos quinientos guardas especializados en esa vigilancia en la mayor parte de los setenta y cinco mil kilómetros de cursos de agua permanentes en que se evalúan nuestros ríos.

Esto por lo que se refiere a la guardería estatal que debe ser siempre ayudada por los guardas de las sociedades de pesca deportiva, así como los organismos de carácter municipal, comarcal y provincial interesados en la conservación de la pesca de río. Un fuerte peligro para la conservación de esta riqueza piscícola lo constituyen las industrias e instalaciones que impurifican con detritus los cursos de los ríos.

El vertimiento masivo de sustancias químicas—esas aguas de río que bajan con fuerte espuma como de jabón—suele causar graves daños tanto a la población piscícola como a la microflora y microfauna que sirve de base a la alimentación de los peces. Un daño que no, es igual si el vertimiento se hace escalonadamente, en vez de hacerlo de repente en un abrir y cerrar de compuertas de fábrica. Tampoco es igual el perjuicio que se causa cuando las aguas llevan su curso normal y cuando el río está en un período de acentuado estiaje. En este último caso una fuerte cantidad de sustancias químicas vertidas de una sola vez en la corriente supone, de una manera fatal, el más completo afeitado biológico que se le puede dar a un río en el que los peces morirán por el simple efecto mecánico de la obstrucción branquial, los grandes ojos muy abiertos, mientras las branquias están obstruidas por una película extraña o por grumos de polvo químico.

CUANDO EL RIO SUFRA

Por la ley de 20 de febrero de 1942, que regula el fomento y conservación de la pesca fluvial, quedan obligadas las empresas industriales, que vierten a los ríos, a montar las instalaciones o dispositivos necesarios para aminsonar o anular los daños que a la riqueza piscícola pudieran causar sus industrias. Pero las instalaciones de decantación y de depuración suelen ser a veces muy costosas y están consideradas como cargas insoportables que la Administración les impone. A veces, con un simple estanque de decantación se corrigen los daños, pero en la mayoría de los casos el suprimir el daño supone casi el montaje de una pequeña estación depuradora, y las empresas prefieren acogerse al pago del canon por resarcimiento de daños y quedarse muy tranquilas, en la mano esa especie de patente para actuar con toda libertad de impurificación de aguas públicas.

Las industrias que hacen sonar al río, que son necesarias a la economía general, tienen esta contrapartida.

Pero este canon legal, al que todos procuran acogerse, sólo es aplicable en aquellos casos en

plementarios de 3 de julio y 11 de agosto de 1953 se declaran masas de aguas continentales sujetas a una especial protección ochenta ríos y lagunas, en las que no solamente están comprendidas aquellas zonas especialmente ricas en salmónidos o con capacidad de serlo, sino también lugares de reconocida riqueza en ciprínidos.

Se trata que de estos y otros lugares se extraiga anualmente un rédito que no ponga en peligro la permanencia de un capital piscícola que pertenece, no a cualquier aventurero del cartucho, sino a todo el país, a la renta nacional española.

SETENTA Y CINCO MIL KILOMETROS A VIGILAR

Por eso hacen falta más guar-

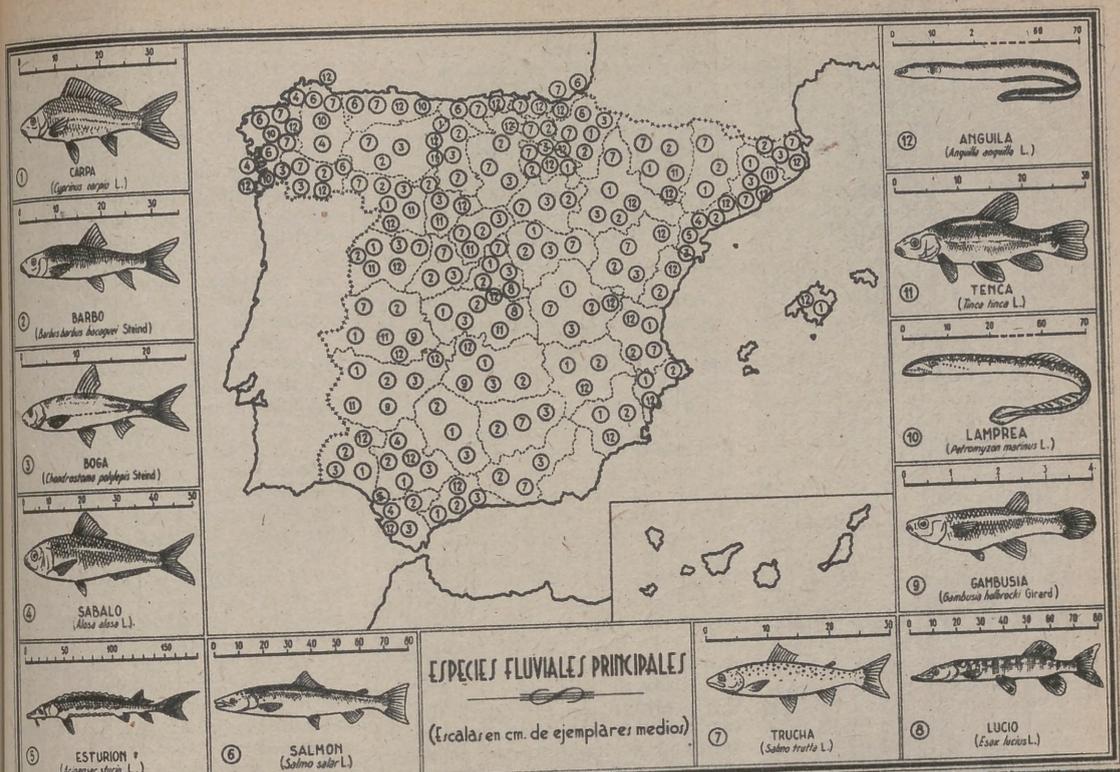


Gráfico en donde se aprecian las principales especies piscícolas que existen en nuestro país, bien repartidas por toda la geografía española.

que no es posible lograr una neutralización de la nocividad de los vertimientos en grado compatible con la población piscícola.

La doctrina es de que el agua pública, una vez utilizada, debe ser devuelta al río en el mismo estado en que se recibió para no perjudicar la riqueza piscícola existente e incluso la que pudiera crearse con la repoblación.

PASOS Y ESCALAS SALMONERAS

Determinadas modificaciones de carácter hidráulico perjudican también a la riqueza piscícola como la construcción de altas presas que impidan los ascensos y descensos periódicos o sea los ciclos biológicos de peces que, como el salmón, necesitan que el desove se realice en los recodos de aguas frías de montaña.

Al construirse una presa deben, por eso, dejarse en ellas las llamadas escalas salmoneras y los pasos que permitan a las especies migratorias remontar el curso del río. A veces una necesidad ineludible—antes es el pantano que el pez para la renta nacional—hace perder muchos kilómetros de río que antes aprovechaban las especies migratorias, pero el embalse de agua creado da la posibilidad de una fuerte repoblación piscícola con especies no migratorias. Lo que no pueden hacer las empresas concesionarias de aprovechamientos hidráulicos es desentenderse de sus ineludibles obligaciones piscícolas.

Otro problema es el creado por las tomas de agua para usos agrícolas e industriales por medio de canales, acequias y cav-

ces de derivación. En estos casos es obligatorio instalar compuertas de rejilla que impidan el paso de la población ictiológica a esas corrientes derivadas, manteniendo esas ejillas en estado de limpieza y sin boquetes ni fisuras que las inutilicen en su cometido.

LA BANDADA TOCA A FORMAR

Que el río quede libre a los peces y especialmente al salmón que es el rey de la pesca continental aunque no sea enteramente un pez de río. Ya explicaremos el por qué.

El salmón es un pez de río en la mayor parte de su ciclo biológico pero también, ese pez, se da una vuelta bastante larga por el mar.

Nace en la alta montaña el salmón cuando la puesta en un recodo tiene una determinada temperatura y no ha sido arrasada de entre los juncos y fango en que fué colocada. Entonces es cuando nacen miles y miles de peces. Alevines primero, como hilos plateados, "pintos" después, y luego "esguinos".

El verdadero pez de plata es el "esguino", por su bruñido y también porque deja en las manos que logran aprehenderlo múltiples escamitas brillantes y plateadas.

A principios de primavera—en primavera tenía que ser para que se exaltasen hasta los ánimos de los pececillos más fríos—en el mundo de los "esguinos" se toca a formar. La bandada se pone en orden y línea de viaje. Se da la orden de partida y, ordenadamente, la gran cuña de plata se pone en marcha aguas abajo hacia la gran aventura de la grandio-

sa extensión de agua salada. La amplitud gigantesca y libre de la mar.

HACIA EL AGUA SALADA

En la relampagueante y turbia visión subacuática los pequeños "esguinos", en marcha, van pasar las piedrecitas del fondo, los juntos de la orilla y las grandes rocas a veces en medio de la corriente. Los remolinos de agua y arriba, en la superficie, la hoja se a que viaja también como si intentarse dar sombra o servir incluso de guión a la alegre y aventurada marcha de los peces.

Por el movimiento de las aguas que se concentran, la bandada de pececillos nota la proximidad de un salto de agua y adelgaza y alarga su fila preparándose para el salto múltiple de muchas individualidades que entre la removida espuma organizarán después, el salto conseguido, el mismo orden, casi militar de la marcha.

El gran acontecimiento de la vida salmónida es la llegada al mar que es siempre un descubrimiento para los pequeños peces, misteriosamente instruidos por sus monitores de la alta montaña. El cambio de aguas, de dulce a salada, es para el salmón como el cambio de pellejo en las serpientes, como el reconocimiento de la virilidad para el muchacho zulu, como una investidura un cambio de estado definitivo. Viene a ser como el jurar bandera de su migración biológica. El mar es otra cosa y si allí hay más libertad de movimientos también existen en la mar los grandes peligros que entraña la voracidad de los peces marinos que, a veces, esperan a la bandada salmónida atrincherados

tras la barra de arena de su misma llegada al mar.

A LA SOMBRA DEL ICEBERG

Cuatro años dura esa especie de vida pública, viajera y arriesgada con muyúscula del ciclo de los salmones. Tiempo para ir, estar y volver de los mares glaciares a velocidad lenta y a gran profundidad, donde el agua es más fría y las oscuridades más protectoras de sorpresas. Un viaje muy peligroso en el que los flancos de las bandadas navegan con el ojo en el hombro, vigilantes unos a babor y otros a estribor de la bandada y todos prestos al aviso de cualquier peligro.

El instinto atávico impulsa a esos peces al mismo recorrido que hicieron sus antepasados. Hacia los mares gélidos del casquete polar, a vivir bajo la gran sombra del iceberg, lento barco de hielo, que a veces, lleva a bordo, escondido en el frío antillado de agua sólida, a un oso blanco como un bañista con abrigo.

Recibido el espaldarazo de la gran aventura, pasados los cuatro años de invernada en los mares del Norte, la bandada de salmones emprende el regreso a sus lugares de origen. Integran ahora la marcha unos peces fuertes y bien curtidos en las bajísimas temperaturas y los riesgos del mar. Una bandada de peces grandes, que con un instinto admirable, toman la ruta exacta que llevará a la gran cuña a la desembocadura de su río de origen.

Esta vuelta se realiza también en otra primavera y es mucho más rápida y potente que el tímido viaje de ida aunque también se realice ojo avizor.

COMO DELFINES DE CASCADA

Pero puede ocurrir que durante los cuatro años de ausencia el río natal haya sufrido modificaciones en su cauce o haya sido éste interceptado con barreras formadas por desprendimientos de tierras y roca, o por presas artificiales levantadas por el hombre y entonces es cuando el salmón—pez tesorero—toma toda la carrerilla de su empeño por sortear esos obstáculos, subir las escalas salmoneras de las presas, peldaño a peldaño, a grandes saltos, hacia los lugares más altos en los que cumplir la obligación biológica de la procreación.

El empeño por llegar a los viejos criaderos es la gran lucha de los salmones y el gran espectáculo de los ríos de alta montaña con los saltos de esa especie de delfines de cascada, que tiene suficientes agallas para sortear todos los obstáculos salvables hacia sus altísimos objetivos de cría.

A veces ocurre que el salto es tan difícil que sólo los salmones más fuertes y mejor dotados consiguen su propósito mientras los demás quedan extenuados y en malísimas condiciones para realizar su fin primordial ya que se ven precisados a realizar los desoves en lugares inadecuados y en tal estado de agotamiento que el resultado es la escasa o nula viabilidad de sus crías o porque

los huevos desaparezcan aguas abajo donde la cálida temperatura impedirá su nacimiento o porque el estado anormal de las hembras influya en éste de una manera negativa.

Este esfuerzo trágico y continuado por sortear un obstáculo imposible puede continuarse persistentemente durante siglos ya que cada generación de este noble pez lo repetirá de una manera tesonera y sin escarmiento.

LA TRUCHA SEDENTARIA

Así es el salmón para ejemplo de peces y de hombres. La historia se repite, cada año, en los veintinueve ríos salmoneros de nuestro país.

La trucha, el otro salmónido, se encuentra en todos los ríos españoles situados a más de mil metros de altura, pero por debajo de los mil metros la trucha ya no puede vivir, o sea que aun siendo de la misma familia y tan estrechamente emparentada con el salmón la vida de la trucha es más bien sedentaria y no tiene la belleza de aquel viaje al mar y la ida y vuelta a los glaciares para desovar y morir en los sitios de partida.

El salmón, no sólo es la belleza, sino también la esperanza económica, ya que con la repoblación piscícola que actualmente se realiza—el pasado ejercicio ha sido muy importante en la suelta de alevines—los salmones van a ser para la renta nacional una verdadera riqueza saltarina y con escamas. Los millones están ahí, no sólo por el salmón mismo, sino también por el atractivo que esta pesca de montaña supone para el turismo que acude, cada vez más, a los cotos nacionales de pesca.

DIEZ FABRICAS DE PECES

Diez piscifactorías y laboratorios piscícolas existen en España. Una muy buena piscifactoría existe en Aranjuez, y de ella salen anualmente muchos millares de alevines hacia los cotos de pesca. En el Valle de Iruelas (Ávila) hay otra importante piscifactoría, pero las hay también en El Veral, Infiesto, Irisasi, el Monasterio de Piedra, Mugaire, Quintanar de la Sierra, Quinto Real y Sarvisé.

Estas piscifactorías y laboratorios piscícolas son suficientes para el alevinaje que nuestro país necesita y que se lleva a efecto en etapas sucesivas. La red de piscifactorías y laboratorios ictiogénicos está tendida en nuestro país y lo que hace falta es que el esfuerzo que realizan estos establecimientos no lo destruya la red de los pescadores furtivos. Para ello se piensa ampliar la red de guardas piscícolas que haga cumplir la legislación, evite los daños y denuncie las infracciones.

Son millones los alevines de salmónidos vertidos cada año en los cotos nacionales de pesca, y a ellos hay que añadir los vertimientos de huevos embrionarios y los de especies exóticas. En

esos vertimientos se han batido todas las marcas en el pasado ejercicio, todas las marcas con la modernización de varias piscifactorías, alguna de ellas especializada en la cría de un mismo tipo de alevines.

ALEVINES AL COTO

Después de concienzudos estudios de aclimatación se ha ensayado ahora la repoblación de algunos ríos con la perca americana o "black-bass", cuyas crías han partido de la piscifactoría de Aranjuez para sus lugares de destino en la montaña.

Los cotos nacionales están establecidos por series que llevan el nombre del río y están numerados a lo largo del curso.

Los ríos de la franja cantábrica son casi todos salmoneros, y parece que establecen entre ellos una especie de campeonato cuyos resultados varían de un año para otro. He aquí una curiosa regata de traineras, la de la pesca de salmones en los ríos cántabros.

El Sella, el Asón, el Deva-Cares, el Narcea, el Navia, el Eo, el Ulla, el Nansa, el Pas..., todos en fila en ese campeonato emocionante. Hasta el Bidasoa está en línea y da un dós por ciento de todos los salmones capturados en nuestro país. Salmones de frontera, cuya pesca está muy bien reglamentada para evitar el contrabando de esa pesca en un río fronterizo.

Se calcula que después de unos pocos años, de continuar en esa repoblación piscícola, solamente los salmónidos pueden producir más de cien millones de pesetas anuales a la renta nacional.

UNA BUENA TEMPORADA

En cuanto a las truchas, tenemos los grandes criaderos de la provincia de León, los del Pirineo en sus ríos y lagunas situadas a más de mil metros de altura y en las otras sierras de nuestro país, a las que también acude la estampa de esos pescadores de caña que tienen siempre un aire de escalador con zurrón y botas de goma.

La temporada recién abierta se presenta buena, por el esfuerzo repoblador realizado en el pasado año y por la mayor vigilancia que se ha tenido en los cotos. Los turistas van a llegar también como refuerzo de la afición española, y todos se encontrarán en los lugares señalados para la pesca continental en esta temporada que para el salmón va a terminar exactamente el 18 de julio y para la trucha finalizará el 15 de agosto.

Hay, por tanto, tiempo de practicar ese deporte—el automóvil parado en un recodo de montaña—antes de que los turistas pescadores y los pescadores netos e indígenas se vayan a veranear al mar quizá imitando el ciclo biológico de los salmones, de la montaña al mar y de ahí otra vez a la montaña.

F. COSTA TORRO



SORAYA

EL DRAMA DE UNA MUJER

ULTIMO ANIVERSARIO DE
UN MATRIMONIO FELIZ

SORAYA está sentada en un butacón de cuero, en una sala de la Embajada del Irán. Sobre la ciudad de Colonia cae la nieve blandamente. Hace ya unos días que la Soberana no ha salido de aquel edificio; vigilado siempre por un grupo de fotógrafos.

Con la mirada triste y los ojos ligeramente enrojecidos, la Emperatriz parece pendiente de la pantalla del aparato de televisión. Un pianista interpreta la composición «Appassionata», de Beethoven. Los dedos del artista se mueven con agilidad y armonía sobre el teclado. Soraya no aparta la vista de las imágenes lumi-

nosas reproducidas por el televisor. De pronto suena el teléfono. El timbre metálico del aparato rompe la música de Beethoven. Soraya no se mueve de la butaca y permanece con la cabeza recostada en el respaldo del mueble. Es la madre de la Soberana quien se acerca al auricular.

A miles de kilómetros de allí el Sha está con el receptor en sus manos. Sus palabras son de esperanza. El Monarca hace todo lo posible para hallar una solución y aún cabe algún arreglo según las leyes del país.

Pero Soraya sabe que su destino no brinda margen a la esperanza. Han sido muchos los meses de sufrimiento y de ilusiones no realizadas. El arreglo legal que ahora se propone no es compatible con sus sentimientos de esposa. El futuro político de su país exige una decisión, y ella la tiene bien meditada.

A las pocas horas se anuncia la disolución del matrimonio entre el Sha y la Reina Soraya. En Teherán y Colonia se hace pública la noticia simultáneamente. Detrás del texto del comunicado alienta todo el drama íntimo de dos esposos, unidos por el amor, que se separan por el bien del Irán:

«Por el supremo bien de la nación iraní y para asegurar el futuro de la Monarquía hereditaria constitucional, y con el fin de evitar toda forma de ansiedad o caos en el futuro, se ha encontrado necesario tomar acción para el nombramiento de un heredero al Trono.»

Es el final de la vida en común de la pareja, un final inevitable, a pesar de todos los intentos para hallar otra solución. Hace ya tiempo, en octubre de 1956, los rumores de la separación corrían tan ligeros y constantes que la propia Soraya se vió en la necesidad de responder: «El Sha y yo no nos separaremos nunca.» Pero el destino quiso que ese «nunca» alcanzara sólo hasta el mes de marzo de 1958.

ANIVERSARIO DE BODA EN SOLEDAD

El último acto público al que asistieron juntos Soraya y el Sha tuvo lugar en el palacio real de Teherán, la víspera del 4 de febrero, fecha en que la Soberana dejaría el país para trasladarse a Suiza.

A la fiesta palaciega asisten la Corte los altos dignatarios y las personalidades más destacadas del país. El gran salón de mármol rosa está adornado con las primeras flores de Ispahán. Soraya lleva un traje de ceremonia de color azul pastel. En el cuello, un collar de perlas simétricas de un oriente vivo y fulgente. Sus ojos están alegres, y viéndolos nada podría descubrir los acontecimientos que se avecinaban.

No lejos de esa estancia se hallaba la mesa de plata maciza ante la que contrayeron matrimonio hace siete años. Sobre ella se depositó entonces el Corán, símbolo de la fe; un espejo, representación de la fidelidad, y un candelabro de oro, imagen de la luz.



Soraya y el Sha anuncian su compromiso matrimonial ante la Corte

La fiesta se prolonga un par de horas y Soraya se retira de la reunión. Al día siguiente, de mañana, sube al aparato de línea que habría de dejarla en Ginebra. Al pie de la escalerilla tiene lugar el último adiós de los esposos. Una despedida larga, en voz baja, mientras los mozos del campo de aviación cargan a bordo las 27 maletas de la Emperatriz.

A los pocos días, 12 de febrero, Soraya conmemoraba el aniversario de su matrimonio. Era ésta la primera vez desde la boda que Soraya estaba sola un día 12 de ese mes.

Se comentaba en Teherán que la Emperatriz había dicho al Sha desde tiempo atrás que no volvería a pasar con él ningún otro aniversario si antes no le daba un heredero. Pero a nadie en la capital se le ocurrió pensar que ese propósito tuviera efectividad jamás.

Por eso, cuando Soraya se dirigió al aeropuerto, camino de Suiza, ninguno sospechó que la Reina se iba definitivamente. La primavera era ya ese día una realidad y las nieves del monte Damavan, a cuyos pies se alza la capital, se estaban fundiendo. Las vendedoras de flores, vesti-

das de negro de los pies a la cabeza, exponían ese 4 de febrero su mercancía como anuncio de una primavera recién llegada. En Teherán, en esta estación, nadie cree en la posibilidad de ninguna desventura.

CONSULTAS EN EL PALACIO IMPERIAL

Desde la marcha de Soraya, el Sha evita en lo posible la asistencia a todo acto público. Se pasea durante largas y lentas horas por los jardines del palacio imperial, en los que se alzan las siluetas alargadas de los más hermosos y elegantes cipreses del Oriente Medio. Muchas noches el Soberano ha de ingerir somníferos para poder descansar.

El 16 de febrero se celebra una reunión consultiva en palacio. Asisten el Sha, el jefe del Gobierno, los presidentes de ambas Cámaras del Parlamento, el ministro de Asuntos Exteriores y otros estadistas. El tema que se somete a consulta es el de la sucesión del Trono. El resultado de este cambio de impresiones no es otro sino que el heredero ha de ser un descendiente directo e inmediato de la persona del Sha.

Cabe, según la ley musulmana,



Los Emperadores del Irán durante la ceremonia nupcial en Palacio



Año 1935. El matrimonio visita Londres

que el Rey tome una segunda esposa. Para Soraya esta solución es inaceptable. Es posible también que el Monarca abdique, renunciando a sus derechos; pero el bien supremo del país descarta este otro arreglo. El doctor Ayodi había admitido recientemente la posibilidad de una intervención quirúrgica con un relativo margen de esperanza; pero los médicos de Teherán consideran que el riesgo es grande para Soraya y muy remotas las posibilidades de éxito. Se cree, eso sí, que el tiempo actuaría favorablemente; pero es éste, precisamente, el que falta. No se estima garantía suficiente el hecho de que la madre de la Emperatriz haya tenido su primer hijo a los siete años de matrimonio. El Irán no puede esperar indefinidamente.

El primer día de marzo es estudiada de nuevo esta cuestión y se decide en Teherán el envío de un representante del Soberano para que dé a conocer a la Emperatriz el resultado de las consultas celebradas en el palacio imperial. Assad Bakhtiari, tío de Soraya, va y viene, multiplica las entrevistas con ella e intenta que la Emperatriz regrese al

Irán hasta que se halle la solución definitiva. Pero el representante del Sha sólo puede llevar al Rey las palabras de Soraya aceptando sencillamente cualquier sacrificio por el bien de la nación y para asegurar el futuro de la Monarquía iraní.

SORAYA: EMPERATRIZ SIN CORONA

Mientras tanto, desde St. Moritz, Soraya se traslada a Colonia, donde viven sus padres, embajadores del Irán en Alemania. Van a ser estos días de retiro, de soslayar a los periodistas, de ocultar aún los trámites que se llevan a cabo.

La Emperatriz sale poco del blanco chalet que habitan los Esfandiari en el número 29 de la Uferstrasse. Se levanta de mañana y es ella quien coloca las flores; igual que lo haría una «gretchen» sentimental. Una mañana va a una peluquería de Colonia, y mientras arreglan sus cabellos, que han sostenido el peso de una corona imperial, pide una botella de cerveza y unas salchichas alemanas.

Una tarde, en el «Mercedes 180» de su hermano, y con él, estu-

dante de la Universidad, entra en un cinematógrafo para ver la película «La puerta de las Lilas». Otras veces se pasea por las orillas del Rhin y por el Volksgarden, el parque de Colonia. Su perrillo «Tony» persigue a los cisnes, y Soraya sonríe como si en esos instantes su futuro de buena esposa no estuviera en juego.

En Teherán se celebra una tercera reunión consultiva el 10 de marzo. En ella habla el Sha para hacer constar que la Reina Soraya, durante el tiempo que fué su esposa, nunca se había negado a realizar ningún servicio a la nación iraní; que en todo momento Soraya había demostrado su bondad y buena voluntad por el bien del país. El Sha anuncia también que ella aceptaría cualquier resolución adoptada por él.

El final es bien conocido. El comunicado lo expresó en estas palabras: «Los puntos de vista y los dictámenes del Consejo Consultivo han sido aceptados por la Reina Soraya quien, sacrificando sus sentimientos personales al bienestar de la nación, se ha decidido por la separación.»

En Colonia, la Emperatriz, sin corona ya, se limita a decir: —Considerando necesario para



Soraya con el Sha, en una excursión por su país.

la continuación de la Monarquía constitucional del Irán que exista un heredero al Trono en línea directa masculina de Su Majestad el Sha Mohamed Reza Pahlevi, acepto, con mi más profundo pesar, y en interés del futuro del Estado y por el bien del pueblo, el deseo de Su Majestad, y sacrificaré mi felicidad declarando mi disposición a separarme del Rey.

Para Soraya se inicia ya una vida nueva, de recuerdos, de grandezas perdidas y de esperanzas rotas. Para Soraya, cuyo nombre significa poéticamente «Las Siete Luces», ese acontecimiento significa, en definitiva renunciar al marido y a la felicidad.

EN EL PARQUE DE COLONIA

Pocas veces a una mujer le han sido dedicados tantos madrigales como a Soraya. Las linotipias de todos los diarios del mundo, generalmente tan parcas a la hora del calificativo sentimental, han vertido muchos kilogramos de plomo para cantar la belleza de la Emperatriz del Irán, la dulzura de sus ojos verdes y su distinción. Sólo les faltaba cantar a su serenidad y en estos momentos de infortunio, Soraya ha sido la estampa de la resignación.

La víspera del día que iba a llegar a los cinco continentes la noticia de la separación, Soraya escondía su amargura ante los demás. A las nueve y media de la mañana estaba ya en pie. Como si nada ocurriese, tomó su desayuno habitual: café con leche, tres tostadas de pan negro con

mermelada de naranja y mantequilla y un huevo pasado por agua. Poco después salió a pasear a su perro «Tony», de pelo gris oscuro y tan escandaloso, que ladra a todos y a todas las cosas. Por las riberas del Rhin, Soraya caminaba lentamente, su mirada perdida en las numerosas embarcaciones que seguían arriba y abajo el curso del río.

A la una regresa y se sienta a la mesa para almorzar con sus padres y su hermano, el estudiante de la Universidad. Poco después, a las tres y cuarto, sale nuevamente en el «Mercedes», acompañada de su madre y de su hermano. Van a ir al parque de Co-

Son los días de Colonia, anunciada ya la separación



lonia, que se halla al Oeste de la ciudad. Esta vez, Soraya no hace ningún intento de escapar al asedio de los periodistas.

Va vestida con un abrigo de martas cebellinas, que recibió como regalo de boda y que fué valorado en unos diez millones de pesetas. Al brazo lleva un gran bolso cuadrado, de color rojo. En sus manos tiene guantes negros. Se ha perfumado ligeramente con «Diorissimo».

El coche avanza veloz y va seguido por los vehículos de los informadores gráficos. Cuando alcanza las melancólicas avenidas del parque, sus ocupantes descienden. Entonces la madre de la Emperatriz se dirige resignadamente a los periodistas y les habla en francés.

—Hagan ustedes todas las fotografías que deseen, pero luego queremos estar solos. Por favor, de-seamos un paseo tranquilo.

Media hora caminan por el parque. Dos veces sonríe Soraya. Una vez al caerse un fotógrafo al suelo, intentando impresionar una placa. La segunda, cuando a instancias de los periodistas Soraya tiene que improvisar otra sonrisa. Y en una ocasión la Emperatriz está a punto de llorar: es en el momento en que se cruza un cochecillo de niño, con un pequeño rubio y rollizo como esos angelotes traviesos que pintaba Rubens. En este instante, Soraya no puede ocultar su drama.

TRES CLAVELES BLANCOS PARA SORAYA

Durante los días de incertidumbre en que el destino de Soraya se estaba decidiendo en Teherán,

Para la Emperatriz sin corona, co-
nencia de hecho una vida sin el
palacio imperial, sin la corte y sin
las prerrogativas de su rango.
Aunque con unos pocos años de
matrimonio, el testamento del padre
del Sha se había cumplido.

Poco antes de morir el progeni-
tor del actual soberano, dictó un
principio de obligatorio cumpli-
miento para todos sus descendien-
tos: «Si transcurridos cinco años
del matrimonio, la esposa del Sha
no le da ningún hijo varón, tiene
aquél el derecho y el deber de re-
sponder». Esta vez, la dicha de un
hijo feliz había logrado aplazar
la aplicación de esa rigurosa cláu-
sula por poco más de dos años.

Este precepto es el mismo que
se invocó para el divorcio del Sha
con su primera esposa, la princesa
Fawzia, hija del rey de Egipto. A
los veinte años de edad, el soberano
del Irán se había casado con
ella después de haber dado su con-
sentimiento para la boda cono-
ciendo a su futura mujer tan sólo
por fotografía. Las razones políti-
cas pesaban más que cualquier
otra consideración. De esa unión
nacieron una hija: la princesa Sha-
naz. Pero en 1948 es el divorcio
por no venir el heredero varón
que el país y la monarquía recla-
maban.

Años más tarde, en marzo de
1958, idéntica norma constitu-
cional entraba en juego, debido a las
mismas poderosas razones. Por
ellas, Soraya tenía que dejar el es-
plendor del palacio imperial de
Teherán, con un protocolo hereda-
do de las más antiguas tradicio-
nes legendarias del Oriente.

Para Soraya queda ya muy le-
jos la fecha del 12 de febrero de
1961, en que ascendía muy pálida
y con sus diecinueve años, por las
escaleras del palacio Gulestan, al-
combradas de rosas para contraer
matrimonio. Sonreía Soraya en-
tonces con el vestido diseñado es-
pecialmente por Christian Dior y
confeccionado con 35 metros de te-
jido de plata, con más de un mil-
lón de lentejuelas de oro y siete
mil brillantes. Mientras el imán
pronunciaba las fórmulas de rito-
tual, Soraya tenía en esos momen-
tos sus ojos verdes clavados en el
Sha, ajena a cuanto la rodeaba,
un poco aturdida por el aroma de
miles de jazmines, de rosas y de
claveles.

Todo es ya un solo recuerdo en
estos días fríos y brumosos de Co-
lonia. Unos recuerdos que corres-
ponden a los pasados años felices
de Soraya. Su renuncia la ha aparta-
do ahora de un trono, pero no
del cariño de su pueblo y de los
pueblos de los demás países. A po-
co de hacerse pública la noticia
oficial de la separación, una hu-
milde mujer llamaba a las puer-
tas de la Embajada del Irán en
Colonia para entregar tres clave-
les blancos dedicados a la Empe-
ratriz sin esposo. Entre todos los
regalos recibidos ninguno habrá
sido tan entrañable para Soraya
como esta ofrenda de una mujer
anónima a otra mujer desdicha-
da. Para los españoles, que tanta
simpatía demostraron hacia el ma-
trimonio real, cuando éste nos vi-
sité, el hecho es doloroso, aunque
comprensible por las razones que
lo motivaron: el bienestar del
Irán.

Alfonso BARRA



La Emperatriz Soraya con su marido presencia en el Parque de los Príncipes el encuentro de fútbol Real Madrid-Vasco de Gama



La madre de Soraya y la Emperatriz en una cervecería de Baviera



En compañía de su madre y hermano, Soraya se dirige al coche después de asistir a un espectáculo en Colonia

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



SORAYA

EL DRAMA DE
UNA MUJER

QUINTO ANIVERSARIO DE UN MATRIMONIO FELIZ